

Metodologías en investigación feminista



Mónica R. Aguilar Mendizábal
(Editora)

Mónica R. Aguilar Mendizábal
(Editora)

Metodologías en investigación feminista



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

305.42

M47

Metodologías en investigación feminista / editora, Mónica R. Aguilar Mendizábal – 1a. Ed. – San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 2023.

241 páginas; 14x21 centímetros.

ISBN: 978-607-543-210-6.

1. Feminismo – Investigación metodológica.

2. Intervención feminista

I. Aguilar Mendizábal, Mónica Rosalba, autora. II. Arteaga Pertuz, Marcia, autora. III. Cruz Hernández, Delmy Tania, autora. IV. Fernández Camacho, Marcela, autora. V. Garzón Martínez, María Teresa, autora. VI. Morales Vargas, María de Lourdes, autora. VII. Somosa Ibarra, Karla Lizbeth, autora.

Primera edición: Diciembre de 2023

D.R. © 2023, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1 Av. Sur Poniente 1460, 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

www.unicach.edu.mx

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

Calle Bugambilia 30, Fracc. La Buena Esperanza

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 29243, México

Tel. y fax: (967) 6786921, ext. 106

editorial.cesmecha@unicach.mx

Impreso en México / Reservados los derechos

Libro dictaminado por pares académicos

Imagen de portada: *De mi boca brotarán colibríes (Imagen creada con IA e intervenida con programas de diseño gráfico), 2023*

Diseño de portada: María de Lourdes Morales Vargas

Diseño y diagramación: María de Lourdes Morales Vargas

CONTENIDO



Introducción	7
Escenarios metodológicos desde los feminismos en Chiapas <i>Mónica R. Aguilar Mendizábal</i>	17
Una tarea doble: Tejer organización feminista y construir puentes en las academias. Una experiencia desde el sureste de México <i>Delmy Tania Cruz Hernández</i>	47
Feminicidios: el perpetuo pesar de una estructura de larga duración <i>Karla Lizbeth Somosa Ibarra</i>	79
Alcances de una forma de investigación feminista militante en Chiapas <i>Marcela Fernández Camacho</i>	107
Sin título... por ahora. Confesiones muy íntimas del hacer investigación feminista en la geografía <i>Marcia A. Pertuz</i>	133

Rutas para navegar por la autoetnografía
y el relato autobiográfico.

Caminar *en y por* la academia

María de Lourdes Morales Vargas 169

Blanquitud. O sobre cómo investigar
un color sin color

María Teresa Garzón Martínez 207

Sobre las autoras 237



INTRODUCCIÓN

Desde hace mucho tiempo la epistemología feminista enunciada, por ahora en singular, va hilando poco a poco un enorme tejido de voces y experiencias; un tejido que se desborda entre la academia ortodoxa y los mundos de las vidas cotidianas; un tejido entre lo que se representa como conocimiento científico y los saberes de las colectividades organizadas y en resistencia; un tejido de hilos feministas que nos guía en el laberinto que configuran las apuestas de leer, comprender y vivir el mundo en clave violeta. Este tejido fino, preciso y multicolor ha encontrado en todas las formas de creación artística; en los conocimientos, espiritualidades y sabidurías ancestrales; en la defensa de las justicias que sean justicias, del cuerpo y del territorio; en los debates más fuertes sobre los sentidos de la investigación y sus cómo; en las disputas de los espacios académicos y en la defensa de las militancias feministas, una inmensidad de encuentros para indagar, escudriñar y entrar en lo más profundo y subjetivo de la vida de las mujeres sin descuidar, por supuesto, el ámbito estructural y sistémico constituido por las relaciones de poder que gobiernan las realidades de cada cual y sus posibilidades de transformación.

En las últimas décadas, principalmente desde la segunda mitad del siglo XX, este tejido de la epistemología feminista no sólo ha explorado, cuestionado y deconstruido los postulados teórico-metodológicos de la ciencia positivista, que es a la vez patriarcal y colonial, sino que ha irrumpido creativamente en los, ahora, transdisciplinarios campos de las ciencias sociales y las humanidades, abriendo brecha tanto en el propio campo del feminismo “hegemónico”, como en otros campos de producción de conocimiento que empiezan a usar, no sin reparo, las herramientas provistas por la epistemología feminista. Esta es una historia vieja que no deseamos replicar, sino resumir muy brevemente en tanto que representa el contexto del libro que presentamos a continuación. Al respecto, conviene preguntar por qué, si la reflexión epistemológica desde los feminismos es de larga data y se ha producido ya en ciertos circuitos académicos sigue siendo éste un tema presente y recurrente.

Nuestra respuesta está situada en el concepto mismo de feminismos. Por ello, queremos referir a la experiencia conjunta como investigadoras del Posgrado en Estudios e Intervención Feministas del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (Cesmeca) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Cada una de nosotras ha llegado al Posgrado en circunstancias y tiempos diferentes, pero todas compartimos preguntas similares sobre nuestros lugares de privilegio, nuestro hacer político dentro y fuera de la universidad y los contenidos que estamos enseñando como docentes. Y ahí se instala la reflexión sobre la epistemología feminista: sus porqués, sus paraqués, sus cómo, y más si pensamos que una

de las herencias deseadas con las que tenemos que lidiar es con la palabreja *intervención* que más que acción política transformadora, hace referencia a procesos colonizadores.

Es pues que motivadas por estas cuestiones y pensando desde la experiencia, las victorias y derrotas que supone hacer feminismos en el antiguo y estrecho constructo de la academia; amparadas por las ricas, emocionantes y siempre esperanzadoras conversaciones con estudiantes de tres generaciones diferentes, y en pie de lucha frente a los ecos añejos que aún resuenan con fuerza diciendo que producir conocimiento desde perspectivas feministas no es investigación —esta vez desde la voz de aquellos que deberían proteger los avances en términos de educación en un momento histórico denominado: *el tiempo de las mujeres*—, quienes escribimos decidimos articular nuestras voces y dar cuenta, en primera persona, tanto del singular como del plural, muchas veces desde el dolor o la incertidumbre, pero siempre de la manera más honesta, desde el qué, por qué y cómo de nuestro quehacer. En este punto de la aventura se sumó Marcia A. Pertuz, investigadora colombiana, quien se encuentra haciendo una estancia de investigación en el Cesmeca, y quien, de manera valiente, compartió con nosotras también sus huellas en el camino de la investigación.

El trabajo no ha sido una tarea fácil, ya que pensar sobre el propio quehacer implica un ejercicio fuerte de reflexividad donde los tiempos, siempre los tiempos, juegan en contra. Todas nosotras somos algo más que académicas: somos madres, cuidadoras, activistas, mujeres que asumimos múltiples tareas y varias jornadas de trabajo en la vida. Muchas veces deseába-

mos, al unísono, que llegara el domingo para poder adelantar un párrafo. En el inter, Marcia nos acompañó con un pie lastimado que no le permitió moverse con facilidad por un tiempo. No es una historia nueva, sabemos de las dolencias físicas, mentales y subjetivas que las mujeres experimentamos cada vez en mayor medida en este trabajo. Por ello, los ensayos que componen este volumen tienen ese matiz: el de corazonar, sentipensar y escribir en medio de la celeridad de la vida.

En suma, aquí hablamos de la experiencia investigativa, de la trayectoria académica y/o militante, de la experiencia en la docencia y en el acompañamiento de las investigaciones que conforman la, ahora, historia joven, pero comprometida, audaz e innovadora de los Posgrados en Estudios e Intervención Feministas; una que pretende abrir un espacio de reflexión hacia lo que las metodologías feministas han aportado y están aportando en este mismo Posgrado. De esta forma, deseamos abonar más hilos al tejido de la epistemología feminista y a nuestras propias reflexiones, pensando el feminismo en Chiapas junto a los retos de hacer investigación corazonada y comprometida, con mujeres organizadas en el sureste mexicano. Nos interesa pensar en los desafíos de actualizar los andamiajes conceptuales y de datos para el observatorio de violencia contra las mujeres en el Estado, junto a las heridas que deja vivir la experiencia de construir una metodología militante feminista. Asimismo, nos interesa reflexionar sobre los caminos seguidos en la investigación feminista, sean éstos geopolíticos, subjetivos, de método o todos al mismo tiempo.

Mónica R. Aguilar Mendizábal, en su ensayo titulado: “Escenarios metodológicos desde los feminismos en Chiapas”,

expone, desde una perspectiva autorreferenciada y en retrospectiva, algunas de las perspectivas metodológicas que han protagonizado la escena feminista en Chiapas y que, hoy por hoy, son parte de una historia latinoamericana compartida. Esta historia es compartida porque estos escenarios se han nutrido de una multiplicidad de actoras –académicas, mestizas, indígenas, integrantes de organizaciones, mujeres de base–, que han aportado a lo largo de más de cuatro décadas. Es compartida, porque ha dialogado y dialoga con feminismos de otras latitudes, desde sus propias genealogías; esto, ha conformado un camino conjunto.

Delmy Tania Cruz Hernández, en su ensayo “Una tarea doble: Tejer organización feminista y construir puentes en las academias. Una experiencia desde el sureste de México” plantea una pregunta crucial: ¿Será posible construir una organización para la lucha social y hacer investigación entre mujeres con heterogeneidades múltiples? Desde su experiencia, abona a la reflexión sobre el significado del doble trabajo que es participar y ser parte de una organización feminista y habitar la academia. Contextualiza el lugar en donde se organiza e investiga para narrar los haceres y retos organizativos feministas y adentrarnos a los quehaceres académicos. Desde esta cavilación propone categorizar el significado de *teoría encarnada* y, a partir de ello, dar pistas para crear metodologías feministas que nos acompañen a sentipensar cómo se podría habitar otras academias y otras formas de organizarnos entre nosotras

Karla Somosa, en su ensayo “Feminicidios: El perpetuo pesar de una estructura de larga duración” presenta la evolución y el complejo teórico-metodológico del feminicidio. La tras-

endencia del capítulo radica en una aportación al debate conceptual del feminicidio, a través de la incorporación de nuevos elementos como la noción de los tiempos históricos; de esta manera, se abre la categoría de feminicidio y se complejiza para entender al fenómeno desde una dimensión temporal y espacial. Como conclusión, Karla propone dos grandes modalidades de feminicidio que permiten sistematizar su aparición en Chiapas, fuertemente vinculadas con la fragmentación del Estado y las relaciones culturales e históricas entre los sexos.

Marcela Fernández Camacho, en su ensayo “Alcances de una forma de investigación feminista militante en Chiapas” interpreta los alcances de una forma de investigación militante con la que logra comprender, participativamente, percepciones, contextos y lógicas de familias acompañadas —relacionadas con experiencias de violaciones a derechos humanos— por una agrupación feminista en Chiapas. El método utilizado por Marcela es la autoetnografía, por la cual concluye que investigar/militar implica un desgaste físico y emocional que se trata como externalidad por parte de la militante/investigadora, por las situaciones límite y en una agrupación de militancia que prioriza la lucha social.

Marcia A. Pertuz, en su ensayo “Sin título... por ahora. Confesiones muy íntimas del hacer investigación feminista en la geografía”, escrito en un tono personal, relata lo que no se quiere confesar y de lo que no se permite hablar, como rupturas, malestares, pérdidas, alegrías, lazos que atraviesan las vivencias de Marcia y su camino investigativo de cinco años en Brasil, mientras cursaba sus estudios de maestría y doctorado. Marcia realiza giros rotundos y vive el malestar

de llevar sobre sí las cargas de un medio académico androcéntrico, racista, colonialista y patriarcal. De estos cambios radicales, concluye Marcia, surgen desplazamientos, con los cuales se transforman los rumbos y ritmos de las investigaciones y que, en su caso particular, la llevaron al encuentro con una geografía feminista.

María de Lourdes Morales Vargas, en su ensayo “Rutas para navegar por la autoetnografía y el relato autobiográfico. Caminar en y por la academia” reflexiona sobre las experiencias y desafíos de una mujer académica e investigadora en el contexto latinoamericano. La autora utiliza la autoetnografía feminista como una herramienta para explorar y transformar su trayectoria profesional y personal, así como cuestionar las desigualdades de género y las estructuras de poder que se presentan en el ámbito académico. El texto presenta a algunas autoras y obras que han contribuido al desarrollo de la autoetnografía feminista como una metodología de investigación crítica, reflexiva y creativa. Su propósito es mostrar la relevancia de la autoetnografía feminista para comprender y visibilizar las experiencias de las mujeres en contextos de opresión y resistencia.

María Teresa Garzón Martínez, en su ensayo “Blanquitud. O cómo investigar un color sin color” revisa su trayectoria política-intelectual al investigar un tema que cada vez recibe más atención en Latinoamérica: la blanquitud. A través de la clave biográfica, la cultura popular, el mundo de los textos académicos feministas y descoloniales, pone en el centro a la literatura escrita por mujeres, la genealogía de la experiencia y los fantasmas. De esta manera, Tere construye sus metodo-

logías y consecuencias, pensando siempre que como una feminista blanca ella forma parte de su propio *objeto* de investigación, al tiempo que reflexiona sobre el fracaso al investigar y la necesidad de reconstruir, de manera radical, las maneras de investigación desde la epistemología feminista.

Esperamos que este volumen sea del agrado de las lectoras y de utilidad para todas aquellas que seguimos apostando a la investigación feminista rotunda, radical, contundente, pertinente, corazonada y siempre sentipensada.

Mónica R. Aguilar Mendizábal

María Teresa Garzón Martínez

San Cristóbal de Las Casas, 25 de septiembre de 2023



ESCENARIOS METODOLÓGICOS DESDE
LOS FEMINISMOS EN CHIAPAS



ESCENARIOS METODOLÓGICOS DESDE LOS FEMINISMOS EN CHIAPAS

Mónica R. Aguilar Mendizábal

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

UNICACH

Introducción

Una parte importante de la genealogía de los feminismos latinoamericanos se ha desarrollado en Chiapas. Si pretendiéramos mostrar cartográficamente esa genealogía, este estado del sur de México aparecería con marcas multicolor, por la referencia física a los lugares que funcionan como testigos de acciones que han impulsado lo que podemos reconocer como un Movimiento feminista que se gestó desde los años ochenta, configurándose paulatinamente hasta lograr una presencia que, a lo largo de varias décadas, ha confluído con otros movimientos sociales (Aguilar, 2022; Garza Caligaris, 2000; Tuñón, 1997).

El estado de Chiapas se ha convertido en una suerte de *locus* simbólico, representación y referente de un entramado político, histórico, cultural y social. Es en esta geografía donde se denotan reflexiones, experiencias y acciones gestadas a partir de

diversos ámbitos. En su momento la sociedad civil, las instancias gubernamentales, la academia, los pueblos organizados, las iglesias, y el Zapatismo se convirtieron en actores políticos y sociales. En el caso específico de los feminismos, Chiapas, por más de cuatro décadas, se ha proyectado como un espacio de encuentro para la reflexión, teorización y acción con el objetivo de transformar las desigualdades sociales fincadas en el género. Dentro del Movimiento feminista en Chiapas, cada acción, palabra, marcha, texto y compartición del pensamiento del sentir y el comprender seguirá sumando a los objetivos por alcanzar la equidad en potente presencia. El acontecer feminista al que me refiero se ha construido a diferentes rítmicas, a veces aceleradas y convulsas; otras, más a fuego lento, pero siempre como reflejo de realidades vibrantes y contundentes.

El propósito de este capítulo es dibujar reflexiones en torno a algunos de los escenarios que desde el feminismo han propiciado cierta experiencia metodológica. Estas experiencias o escenarios metodológicos que traigo a colación se generaron principalmente desde feministas académicas, pero en relación con las mujeres, sus realidades, anhelos y búsquedas. A partir de la investigación feminista y con la perspectiva de género indago la forma de elaboración y producción en el acercamiento a los temas que nos preocupan desde el feminismo. Para construir este texto recurro a mi propia experiencia en Chiapas, que inició a finales de los noventa con mi incursión como estudiante de antropología social, para realizar mi investigación de grado y mi incursión en el Movimiento Independiente de Mujeres¹ (MIM),

¹Para una historia del Movimiento Independiente de Mujeres, puede consultarse Aguilar, 2002.

como se llamaba en aquel momento a una entidad fluctuante de agrupaciones feministas, o no, pero involucradas con la agenda de las mujeres y por las mujeres.

El desarrollo de estas reflexiones no pretende ofrecer de manera exhaustiva una genealogía de la amplia gama de perspectivas metodológicas. Este trabajo pretende considerar un paseo por ciertos escenarios metodológicos o formas de investigar que nos permitan reconocer (nos) en esta historia y ver hacia adelante en un sentido reflexivo, crítico, propositivo para continuar caminando. Por último, he de mencionar que parten de una visión propia, totalmente parcial y situada. Me valgo de una reconstrucción autorreferencial principalmente en el primer y segundo escenario, donde compilo la perspectiva de feministas académicas con quienes he estado personalmente, sobre todo a partir de su obra política e investigativa. Con este trabajo me sumo a reflexiones que han estado latentes en torno a la relación del feminismo llamado blanco, académico y con privilegios; y las muy diversas realidades de las mujeres indígenas y no indígenas con quienes este feminismo comenzó a acercarse. En trabajos como el de Hernández Castillo (2001) los acercamientos desde el feminismo académico han derivado en formas más dialógicas de relación, desde un cuestionamiento al etnocentrismo académico. Cada vez se cuestiona más la visión asistencialista, esencialista y victimizadora, se ha transformado por visibilizar la agencia, la determinación de las mujeres, reconociendo la diversidad, la multiplicidad de interseccionalidades que recorren nuestras vidas, al mismo tiempo que nos reconocemos o podemos reconocernos dentro de una condición que nos ha colocado

en desventaja en el interior de un orden patriarcal. También, aunque no es objeto de este trabajo, es necesario reconocer que el movimiento feminista ha incluido el reconocimiento hacia otras diversidades como el movimiento LGBTQ+.

Primer escenario metodológico: esbozo experiencial de una estudiante de antropología

Corría el año 1994 cuando el asombro de un estallido social en Chiapas nos despertó de un cierto letargo. El estado más al sur de México amaneció con un ejército que hizo presencia en algunas cabeceras municipales y en la colonial ciudad de San Cristóbal de Las Casas —ya referente para aquél entonces—, como centro del quehacer investigativo, donde también se encontraban trabajando varias iniciativas de la sociedad civil y, para el tema que nos interesa, las experiencias organizativas de colectivos de mujeres iniciados en los años 80 ya cobraban un espacio central (Aguilar, 2002).

Pocos meses después, llegó a mis manos un desplegado de doble página del periódico *La Jornada*, escrito que mostraba a las mujeres indígenas de Chiapas como actrices políticas en un lugar preponderante. La autora de la publicación las colocaba en el centro de la mirada. Para mí ese texto fue revelador de una realidad que lejanamente conocía, pero que había sido de mucho interés desde años atrás cuando viajé a Chiapas, a mediados de los ochenta. Atraída por conocer y estar cerca de las realidades indígenas, sin duda, aquel texto fue un detonante para tomar una decisión que hasta el día de hoy es de las más importantes.

Unos meses después, en noviembre de 1996, me mudé a San Cristóbal de Las Casas con una maleta llena de inquietudes y dispuesta a realizar un largo viaje: iniciar la carrera de antropología. Como estudiante, el trabajo de campo me parecía fascinante y el ambiente político, impregnado aún del reciente levantamiento zapatista, resultaban para mí muchas posibilidades de estar en el centro de un movimiento social único para México y para el mundo.

Hacia el tercer año de la carrera, inicié un seminario de investigación en género, dirigido por la Dra. Mercedes Olivera, quien era profesora en ese momento y se encontraba conformando un grupo de estudiantes donde nos formaríamos en los estudios de género y feministas para desarrollar un amplio proyecto. Nuestras investigaciones de grado serían parte de dicho proyecto, donde tocábamos diferentes temáticas, siempre en torno a las desigualdades de género, incluso un par de compañeros indagaban sobre las masculinidades.

A partir de esa oportunidad pude acercarme, desde el activismo y la academia, a diversas organizaciones y mujeres independientes que participaban en el Movimiento Independiente de Mujeres (MIM). Como mujer, estudiante y aprendiz de antropóloga social, me acerqué a diversas facetas de ese movimiento. Desde entonces, me interesé por mostrar, de manera crítica, la visión victimizante de las mujeres que se les colocaba como sumisas e incapaces de constituirse autodeterminadas. Pude observar que la multiplicidad de experiencias de las mujeres les permitía, desde el ejercicio de una agencia, tomar decisiones sobre sus propias vidas, muchas veces en rebeldía hacia el *statu quo*. Era claro que se trataba

de procesos muy diversos, podían reconocerse experiencias que mostraban esta posibilidad transformadora, y también prevalecían las desigualdades que dificultaban dichos cambios. No obstante, para mí fue un incentivo y un interés enorme poder participar de esas transformaciones, muchas de ellas promovidas por feministas que participaban desde diferentes espacios y que confluían en el MIM.

En Chiapas la presencia de organizaciones que reivindicaban los derechos de las mujeres indígenas se hacen más visibles a principios de 1980, sin que esto demerite la participación años atrás de antropólogas, maestras, líderes que participaban principalmente desde las luchas agrarias o campesinas. Ciudades como Comitán y San Cristóbal de Las Casas fueron la sede de organizaciones de mujeres y primeros colectivos de estudiantes y maestras que exigían igualdad de derechos para las mujeres y contra la violencia. De igual manera, una demanda, que se hacía una voz común, era la despenalización del aborto. En esos momentos, la gran mayoría de las mujeres que encabezaban las luchas y dirigían las organizaciones eran mestizas, provenientes de diferentes ámbitos profesionales, tanto chiapanecas como originarias de otros estados de la república. Hasta ese momento, como mencioné, la relación establecida con las mujeres tenía un tinte asistencialista, aunque marcado por las mejores intenciones de generar cambios.

En los años noventa existió una retroalimentación entre feminismo y mujeres indígenas, aunque las mujeres indígenas no identificaban que sus demandas pudieran ser feministas (Hernández Castillo, 2001), al mismo tiempo las mujeres mestizas, o *caxlan*, veían en las mujeres indígenas

sujetas de cambio, cuyas vidas eran necesarias transformar. Así lo refiere Hernández Castillo:

quienes desde la década de los ochenta veníamos trabajando con mujeres indígenas en zonas rurales, lo habíamos hecho desde nuestra propia agenda feminista y desde definiciones de género y de autoestima que partían de nuestra propia experiencia...”, y como metodologías influyeron, “las propuestas de educación popular e investigación participativa popularizadas en el Cono Sur (p. 213).

Esta diversidad de frentes de lucha se incluyó desde la Iglesia católica, una coyuntura que favoreció cierto vínculo con las demandas de las mujeres. La Diócesis de San Cristóbal, presidida por Samuel Ruiz García, seguía y construía una agenda orientada por la teología de la liberación. Esta opción, de alguna manera, abrió la puerta para que las visiones de religiosas que conformaban la Coordinadora Diocesana de Mujeres (CODIMUJ) trabajaran como un importante bastión dentro de la estructura institucional católica. Si bien este grupo no se autonabraba feminista, la consigna de una hermenéutica y la vivencia de las sagradas escrituras “con ojos y corazón de mujer”, rompían con los esquemas de la iglesia patriarcal (Santana, 2006).

Desde mi visión inquieta y asombrada de aprendiz de antropóloga, comencé a acercarme a ese mundo participando en apoyo a la realización de talleres, transcripción de grabaciones, apoyo logístico, lo que fuera, además de la avidez por leer más sobre teoría de género y feminista. Las causas comunes

se aglutinaban con otras demandas más específicas y, como agenda común, también se apostaba mantener los momentos de formación y estudio a la par de la preparación de marchas y mítines, pronunciamientos y compra de alimentos para los encuentros con mujeres.

Un espacio importante fue el *Feminario*: sesiones de encuentro para la formación teórico-metodológica donde participábamos, particularmente, las mujeres mestizas. Este espacio de preparación feminista confluía un lugar de disfrute y de desfogue de nuestras inquietudes, para formarnos dentro del feminismo y aprender de las maestras. Muchas de nosotras nos autonombrábamos *feminista en construcción*, colocándonos en ese anhelo de algún día llegar a ser como aquellas mujeres que admirábamos. Quizá no era frecuente pensar que podríamos tener una posición crítica frente a algunas formas de actuar como feministas, con relación a las mujeres y a todas con quienes interactuamos; me refiero a que algunas de nosotras empezábamos a identificar que podrían establecerse formas distintas de relación, y de colocarnos en posiciones de mayor horizontalidad.

El acercamiento metodológico estaba permeado, en su mayoría, por una visión de acompañamiento hacia las mujeres, eran principalmente mujeres mestizas o con cierto grado y experiencia en formación quienes proponían un trabajo de orden político que consistía en hacerles ver a las mujeres que la situación desigual que vivían en todos los niveles de la vida eran el resultado de un orden patriarcal que permea desde el espacio familiar, hasta el comunitario, el de la organización, la asamblea y el institucional. Desde las organizaciones deman-

daban importantes propuestas para mejorar las condiciones educativas, de salud, económicas, en el estudio o de la metodología de *análisis de la realidad*, que pretendían mostrar a las mujeres el contexto más amplio en el que vivían la triple opresión: por ser indígenas, por ser mujeres y por ser pobres (Olivera M., 1979). Podemos decir a *grosso modo* que la perspectiva común era generar una nueva conciencia en las mujeres, o en términos marxistas, liberarlas de una *falsa conciencia* (Hernández Castillo, 2001, p. 214). Al trabajar con las mujeres, se buscaba que lograran el cambio en su posición subordinada al ganar autodeterminación en todos los ámbitos de su vida. No obstante, algunas de nosotras veíamos que nuestra posición, aún como aprendices, era una relación también fincada en ciertos privilegios, donde las mujeres eran vistas desde la *otredad*, y no desde una relación de alteridad, en la que todas nos colocáramos desde la horizontalidad (Aguilar Rivero, 2005). De alguna manera, las mestizas asegurábamos tener la verdad, a pesar del conocimiento y las loables intenciones, se esperaba que las mujeres indígenas, con quienes se tenía un acercamiento y una agenda de trabajo, cambiaran radicalmente sus formas de vida. Con el tiempo, esta aprendiz de antropóloga aprendió que es necesaria la comprensión profunda de la complejidad social en la que vivimos todas las mujeres, pero también es necesario comprender las particularidades culturales y subjetivas que se viven desde el sujeto cuerpo que somos.

Segundo escenario metodológico: reconocimiento de la diversidad, feminismo interseccional y la apertura hacia los feminismos indígena y comunitario

Con el reconocimiento de las mujeres como *actoras políticas* y *constructoras de su propia historia* se da un salto enorme en la concepción teórica y metodológica, pero también en el acercamiento hacia mujeres y entre mujeres.

El género es reconocido como una *categoría multidimensional* (Hernández Castillo, 2001, p. 2015), es decir, se reconocía la necesidad de análisis complejos. Considero que esto tuvo una repercusión muy importante en la posición de las mujeres en el campo social de la construcción de sus identidades (Aguilar, M.R. 2004), ya que derivó un proceso de autorreconocimiento que, como decía, provocó nuevas formas de relación, principalmente en el interior de las organizaciones de mujeres.

Las feministas, que hasta ese momento se encontraban “en los márgenes” en perspectiva a los feminismos blancos, anglosajones, occidentales, fueron las que provocaron reflexiones todavía más complejas que provenían del feminismo popular, el feminismo negro, el feminismo chicano, el feminismo lésbico o autónomo, reclamaban un lugar de enunciación, para cuestionar el concepto de género o de mujer. A partir de aquí, otras dimensiones como la raza –en tanto orden histórico-social y político que ha colocado desigualdades por diferencias raciales o culturales– representó ver más allá de la identificación étnica, la condición mestiza o de identificaciones híbridas provocadas en parte por las generaciones inmigrantes o vivencias binacionales; la posición en una escala social, no sola-

mente por la condición económica, sino desde las bases sociales, pero también por la pobreza extrema. Todos estos elementos debían visibilizarse y considerarse en los análisis en pro de generar teoría y método y, nuevamente, abrir otras posibilidades de relación con mujeres y entre mujeres.

He podido observar estos cambios: es el caso de organizaciones mixtas, por su integración de mujeres mestizas e indígenas. Las relaciones en el propio trabajo: diseño de estrategias, proyectos y planes de acción, así como de su ejecución, cuentan con la participación en mayor parte de compañeras indígenas quienes gestionan en sus propios idiomas: tsotsil, tzeltal. En otro momento, debido al alto grado de monolingüismo de las participantes, se procuraba hacer la traducción de los discursos de la facilitadora mestiza que eran en español o *castilla*. Esta diferencia, en el manejo de idiomas, es un cambio trascendente, resultado de los nuevos capitales que las mujeres indígenas han logrado, pero, ante todo, es una transformación en la relación entre mujeres, en los procesos que establecen nuevas formas comunicativas y de toma de decisiones, por ende, esas nuevas formas, aportan resultados también significativos. Sin embargo, es importante reconocer que esta manera de trabajo todavía presenta dificultades, pues las mestizas suelen ser quienes cuentan con mayores capitales profesionales. Pese a ello, sin duda, denota un devenir diferente sobre todo para las nuevas generaciones de mujeres indígenas que han accedido a procesos educativos, de formación de todo tipo y a la experiencia de quienes las han antecedido.

Desde el ámbito de participación de las mujeres indígenas zapatistas, es indudable que se abrió una brecha de gran al-

cance para las transformaciones culturales impulsadas por la *Ley Revolucionaria de Mujeres*. Esta ley fue construyéndose entre las bases de apoyo y luego se extendió no sólo dentro de las mujeres zapatistas, sino a nivel nacional, para poner en tela de juicio los llamados *usos y costumbres* que rigen muchos grupos originarios. En aquellos años de la aparición de dicha ley, las mujeres zapatistas no contaban con igualdad plena de condiciones y la ley no se había territorializado por completo, pero era sumamente importante que, dentro de un movimiento como este, las mujeres y sus demandas tuvieran un lugar cardinal, más cuando podemos reconocer que el zapatismo marcó cambios relevantes, principalmente para las generaciones venideras².

Como lo constata la académica feminista *ch'ol*, Georgina Méndez, a la luz de más de dos décadas de conocer sus demandas, las mujeres zapatistas son reconocidas como:

un referente de lucha para otras mujeres indígenas de México, lo que ha llevado en distintos eventos a analizar su situación como mujeres, a abrir las puertas para el cuestionamiento de las costumbres en los pueblos indígenas y a la propuesta de cambios a las formas de vida que impidan su realización plena (2009, p. 57).

² Me refiero a que en un encuentro con mujeres, realizado en 1999, en uno de los entonces llamados municipios autónomos, hoy Caracoles, las mujeres participantes mencionaron no conocer el contenido específico de la ley, lo que muestra el enorme reto de hacer llegar y que se asimilen iniciativas tan importantes como en cada uno de los grupos y sectores que participaron en ese momento (Aguilar, M. R. 2002, trabajo de campo).

Hasta aquí se puede observar ciertos pasos recorridos que los acercamientos teórico-metodológicos en diálogo con un sustento en las realidades que vivimos las mujeres generan nuevos escenarios en un espiral de transformaciones.

Feminismo indígena y comunitario

Con lo anterior se puede evidenciar la construcción de un camino no lineal, desigual, escarpado, con muchas veredas y aparejos que, de pronto, estos caminos se bifurcan, para multiplicar las rutas. Así ha sido parte el camino del feminismo en Chiapas.

Recapitulando, podemos decir que el feminismo blanco, occidentalizado, profesional y académico, proporcionó cimientos que han sido reelaborados, discutidos, resignificados y hechos a su manera por las mujeres indígenas y viceversa. Podemos situar las experiencias previas a la conformación de un feminismo indígena en Chiapas, a lo que Hernández Castillo reconoció como,

Un grupo aún minoritario de mujeres indígenas, procedentes de diversas regiones del país y con distintas historias organizativas [que] ha venido articulando sus luchas a partir del levantamiento zapatista, iniciado el 1 de enero de 1994, con una agenda política en la que combinan sus demandas específicas de género con las demandas autonómicas de sus pueblos. Se trata de una lucha en muchos frentes. Por un lado, las mujeres indígenas organizadas han unido sus voces al movimiento indígena nacional para denunciar la opresión económica y el racismo

que marca la inserción de los pueblos indios en el proyecto nacional. Paralelamente estas mujeres están desarrollando un discurso y una práctica política propia a partir de una perspectiva de género situada culturalmente, que viene a cuestionar tanto el sexismo y el esencialismo de las organizaciones indígenas, como el etnocentrismo del feminismo hegemónico (2001, p. 207).

Podemos hablar dentro de los feminismos, de feminismo indígena y feminismo comunitario, los cuales se han gestado desde las mujeres mayas, cakchiqueles y aymara. Estas perspectivas, al surgir de la reflexión y acción de las mujeres de la pluralidad étnica han formulado formas otras de feminismo para repensar su condición de mujeres y el malestar que les causa su cultura, rescatando aquello que les es útil para la defensa de la vida y los territorios y para luchar por la transformación de aquello que les oprime. Por ejemplo, se valoran aspectos comunitarios, se exige que la cultura las reconozca su aporte en sus unidades domésticas, sus localidades, sus colectividades, sus derechos como mujeres dentro de su cultura específica y como defensoras de los territorios.

En estos feminismos hay una reflexividad y un cuestionamiento desde su ser indígena, un convencimiento sobre no convertirse en otras, blanquearse y occidentalizarse, a través de la ruta que les permite exigir otras condiciones de vida. Ruta que continúan caminando mujeres jóvenes, en la que acceden a estudios universitarios y postuniversitarios, se han formado tanto en la academia como en la vida, son parte

activa del movimiento de mujeres en varias vías de accionar feminista no solo local o regional, sino del mundo.

El intercambio con el centro y sur del continente ha sido fundamental para lograr ecos de los feminismos indígenas y comunitarios en Chiapas. En este intercambio han estado presentes mujeres de Guatemala, como Aura Cumes, Emma Chirix, de Bolivia y Ecuador, principalmente. En una dimensión teórica, los feminismos indígena y comunitario han tenido importantes resonancias en el trabajo teórico, primordialmente el académico, en particular, en el Posgrado de Estudios e Intervención Feminista (Cesmeca-Unicach). No obstante, me atrevo a decir que aún está en proceso, la creación de bases locales, en donde las reflexiones e intercambios generen formas de acción y metodologías tanto de trabajo, como de vida.

En suma, actualmente podemos decir que el feminismo indígena se asienta sobre las bases de esa historia y muchas mujeres indígenas, jóvenes principalmente, dan muestra de que es posible un feminismo culturalmente situado. Como lo propuso Hernández Castillo:

La reivindicación de un ‘feminismo indígena’ sólo será posible en la medida en que las mujeres indígenas le den un contenido propio al concepto de ‘feminismo’ y lo sientan útil para crear alianzas con otras mujeres organizadas (2001 p. 218).

Tercer escenario metodológico: feminismo decolonial, metodologías militantes, y el feminismo-cuerpo territorio

La relación entre el pensamiento decolonial y el feminismo dio un vuelco de ciento ochenta grados al entendimiento de las etnicidades, la raza y sus efectos de poder: el racismo. Desde esta perspectiva, se cuestiona el orden colonial que se instaló hace más de 500 años en los territorios otrora con gobiernos y estructuras consolidadas. Desde una lógica de colonialidad del poder político, económico, institucional en el nivel más amplio, estos asentamientos y culturas originarias, también plurales y diversas, pasaron a ser parte, y no protagonistas, de su acontecer histórico.

Dentro de este cuestionamiento se evidencia que dicho orden colonial impuso una visión sobre otros órdenes, sistemas de pensamiento, de ser, de hacer y de sentir que han vivido negados o suplantados y, por lo tanto, limitados a ser lo que los sistemas coloniales, y después los sistemas estado-nación, crearon en su interior. En ese orden, las mujeres se mantuvieron dentro de un segundo plano, pero en el sentido de que esta condición es parte de un orden más amplio y, como lo asegura Rita Segato, este orden patriarcal de alta intensidad se fincó sobre uno previo al colonial, llamado por ella orden de baja intensidad (2014).

Desde esta base general y, que coloco aquí de manera muy reducida, se asienta el feminismo decolonial. Este tiene varias líneas desarrolladas por teóricas del feminismo como María Lugones, Ochy Curiel, Yuderkys Espinosa, Breny Mendoza, Karina Ochoa, Karina Bidaseca, Mara Viveros, la misma Segato

adoptó el pensamiento decolonial latinoamericano para centrar sus reflexiones en el cruce de este orden colonial y el feminismo. En Chiapas, este pensamiento ha tenido resonancias muy importantes, que parten, como mencioné, de representantes del feminismo indígena, como alude Méndez:

Las reflexiones plasmadas en este texto nacen de la inquietud que he tenido en los 14 años que llevo en mi redescubrimiento como mujer, en repensar mi identidad y mi sentir como parte de un pueblo, de los pueblos del Abya Yala. En ese proceso, he puesto mis dudas y mis cuestionamientos desde mi ser mujer ch'ól ahora, en el presente. En mi historia y trayectoria he contado con muchas mujeres que me apoyaron y abonaron a la reflexión, así como también de organizaciones y movimientos de los que aprendí. Me considero un híbrido de múltiples experiencias y vivencias. Durante mi formación profesional no sabíamos qué era esa cosa llamada descolonización, no lo llamábamos así, pero justamente lo estábamos haciendo. Por ahí de 1997 reflexionábamos sobre nuestro lugar en el mundo y pensando qué papel queríamos jugar; qué estábamos haciendo para cambiar nuestras realidades cotidianas, cambiar nosotras, pensar en nuestro posicionamiento, algunos le llamaban conciencia o compromiso político. Es justamente por lo vivido que parte de mis inquietudes fue conocer los procesos de mujeres indígenas que han estado dando su lucha –nuestra lucha– por otras realidades para nosotras y de las organizaciones. Existen cientos de mujeres indígenas que están discutiendo,

analizando, proponiendo estrategias organizativas en donde el centro de lucha sea la vida, la vida no sólo humana, sino la vida del universo, además de discutir la situación de las mujeres en los movimientos. Por ello, en este trabajo muestro las múltiples estrategias que las mujeres vienen haciendo para cambiar las realidades de opresión de las mujeres... (2013, pp. 27-28).

En los feminismos del sur chiapaneco, el pensamiento decolonial, como sucede con el feminismo comunitario y el indígena, encontró un eco importante en la academia, particularmente en los procesos de investigación de jóvenes que participan en estudios de posgrado como el citado Posgrado en Estudios e Intervención Feminista del Cesmeca-Unicach.

Otros feminismos que abonaron, desde la militancia comprometida, un accionar que va de la mano de las mujeres enfrentando las injusticias, aportando a sus vidas un posible horizonte no solamente emancipador de las desigualdades de género, sino de poder rehacer vidas, construir o reconstruir proyectos después de pasar por situaciones de encarcelamiento, desesperanza, de peligro constante, despojo, pérdida del sentido de la vida, son los feminismos que piensan en una justicia no punitivista, reparadora, autónoma de la lógica estatal y que incluyen a todo ser viviente como *sujeto de derechos*. Una muestra de este feminismo comprometido es a través de la metodología militante y la ética del cuidado (Fernández Camacho, 2021) y el de la defensa de los territorios, contra el extractivismo, el cuidado de la vida (Cruz Hernández, 2020).

Desde el derecho Fernández Camacho cuestiona el concepto de justicia, y dice que éste es “limitado por la constitución patriarcal-colonial” que lo caracteriza. La investigadora propone un método de investigación-acción de largo aliento y de alcances insospechados que da seguimiento a mujeres en situación de cárcel y las acompaña a ellas y a sus familias en la resolución de sus casos (Fernández, 2022).

Se trata de un trabajo enunciado por Fernández Camacho a *rajatabla* por las implicaciones que estos procesos de investigación tienen en todas las dimensiones de la vida, para las mujeres con las que se colabora y también para la investigadora. En ese sentido, esta metodología militante:

Es una que se emplea en investigaciones con un alto compromiso social, en la que el centro no es la investigación en sí, sino que esta emerge como un instrumento de lucha... compromiso político y el trabajo conjunto derivado de la militancia necesariamente genera complicidades que surgen del camino recorrido con las mujeres que acompañamos y que sirven para la producción de conocimiento, es decir, la acción es fuente de conocimiento. [...] A su vez, la propuesta epistemológica, implica la incidencia en la transformación de la realidad social que vivimos, como parte medular de mi metodología, enfatiza la importancia del aspecto ético-práctico del conocimiento sobre el puramente cognitivo (2021, pp. 21-22).

Fernández Camacho desarrolló una propuesta sólida, que está siendo aplicada por estudiantes de posgrado, que

cuestiona desde una “epistemología feminista indisciplinada: el desafío al análisis de la política tradicional, la objetividad feminista y la imbricación de opresiones [planteada por Jules Falquet]” (Fernández, p. 27). A la vez, la deconstruye críticamente para percibir las consecuencias, muchas veces negativas, que tiene una metodología militante a *rajatabla* sobre la salud física, mental y económica de quien acompaña en medio de una red de reacciones de poder en el interior de las colectivas feministas que eran muy invisibilizadas en los análisis del mismo feminismo en su acción político, como lo muestra en su capítulo “Alcances de una forma de investigación feminista militante en Chiapas”, publicado en este mismo volumen.

Por su parte, a partir de las mujeres y lo viviente como *sujetos políticos y de derecho* se expanden entre organizaciones de mujeres indígenas, populares y comunitarias una potente perspectiva: la del cuerpo-territorio, frente al crecimiento constante y desmedido del despojo territorial como parte de una inmersión colonialista y de las políticas de invasión capitalista neoliberal privada, pero también facilitadas por los aparatos gubernamentales, que han perpetuado la devastación y ocupación de territorios. Este planteamiento parte de realidades en las que:

las mujeres...se están enfrentando al gran capital y expone cómo éstas, desde sus prácticas cotidianas, construyen su reflexión política para defender los territorios, cómo se vive esa organización en defensa del territorio y cómo ponen el cuerpo en la lucha a pesar de la violencia sistémica que viven a diario (Cruz Hernández, 2020, pp. 50-51).

La perspectiva cuerpo-territorio se sostiene de análisis que ponen al cuerpo de las mujeres como un punto central para comprender las diversas violencias que el sistema patriarcal impone sobre ellas. Así, para construir esta dupla cuerpo-territorio y vincularla con la violencia, Delmy Tania Cruz Hernández retoma planteamientos de otras feministas como Rita Segato (2017) o Silvia Federici (2004), para reafirmar que es el cuerpo nuestro primer y más cercano territorio, donde se despliegan las emocionalidades, pero también el accionar político, ligado a la vida que se materializa en las vivencias cotidianas dentro de los territorios que se habitan. Cruz Hernández lo dice de esta manera:

El territorio como cuerpo es un espacio de interacción cotidiana, histórica, material y simbólica en disputa. Refiriéndose a las mujeres organizadas de la zona fronteriza de Comitán, Chiapas, menciona que las mujeres desarrollaron un proceso de diagnóstico y discusión sobre problemas que las afectan directamente a ellas, a sus familias y a sus comunidades, y organizadas generan nuevas formas de entender el territorio, su ser mujeres, sus cuerpos, sus vidas, poniendo su voz en el debate y diciendo cómo quieren vivir y cómo enfrentarán las desposesión que están palpando en la cotidianidad (2020, p. 57).

Sin embargo, hoy las metodologías de cuerpo-territorio se ven amenazadas porque se desarrollan en contextos de importante conflictividad social y violencia de alta y baja intensidad por parte de grupos narcotraficantes y el estado, en especial,

aquellas que se dan en las prácticas de mujeres organizadas en el sureste mexicano. Es el caso, en este tipo de contexto, como lo cuenta Cruz Hernández en su artículo publicado en este mismo volumen: “Una tarea doble: Tejer organización feminista y construir puentes en las academias. Una experiencia desde el sureste de México”, en el cual se pregunta: ¿será posible construir organización para la lucha social y hacer investigación, entre mujeres con heterogeneidades múltiples?.

Cuarto escenario metodológico: feminismo y cultura

Otro escenario de los feminismos en Chiapas con inquietudes y búsquedas que no son nuevas –pero que han tomado formas distintas de experimentación y vías creativas de concebir la intervención feminista desde la cultura– es el conformado por las corporalidades y las subjetividades, la literatura, el grafiti, el teatro y la performance, entre otras, como una herramienta-método para visibilizar temáticas diversas, como el crisol de violencias y el malestar por las desigualdades que se generan en las interseccionalidades de opresión de género, raciales, corporales, entre otras.

Como antecedente, se podrían mencionar algunas experiencias de larga data como el caso del grupo Fortaleza de la Mujer Maya (FOMMA), creado en 1992, que abrió una brecha para que mujeres de origen indígena, escritoras, o que se formaran en ese campo, llevaran sus obras hacia las puestas en escena, con discusiones en torno a las desigualdades que se viven como mujeres. Pintando en el escenario estampas de la cotidianidad, mostraron de manera sencilla, pero contun-

dente, la condición cultural de las mujeres. Esta agrupación, todavía en pie, se acerca a nuevas generaciones, o nuevas generaciones se interesan para darle forma a esta expresión histriónica. Investigación que dé cuenta de estas experiencias está aún en ciernes, a pesar de su existencia de ahora tres lustros. En su momento, se desarrolló un vínculo con el Hemisférico de New York, derivaron colaboraciones muy fructíferas que catapultaron de manera internacional a sus integrantes. De esa experiencia de hizo una tesis de maestría que, desde un sentido autobiográfico, relató el trabajo de esas valiosas mujeres (Difarnecio Mejía, 2020).

Por otro lado, desde una aproximación a la Investigación Acción Participativa (IAP) de manera creativa, María Teresa Garzón Martínez trabaja la intervención desde las agencias culturales definidas como, siguiendo a Sommer (2006), “prácticas concretas que hacen ‘trabajar la cultura’ en pro de la transformación social vinculando, de esta forma, diversidad de creatividades con aportes sociales en contextos específicos” (p. 70). Entonces,

Cuando las agencias culturales se producen desde posicionamientos feministas, entonces el feminismo se entiende como una crítica cultural en el sentido de ser una crítica “de” la cultura y “con” la cultura: “en tanto examina los regímenes de producción y representación de los signos que escenifican las complicidades de poder entre discurso, ideología, representación e interpretación en todo aquello que circula y se intercambia como palabra, gesto e imagen (Richard, 2009, p. 5, citado por Garzón, 2017).

Este tipo de metodología de intervención, que se realiza por la investigadora o artista como agente cultural que incide y transforma, se vale de herramientas diversas, por ejemplo la performance como pieza final o vehículo para la intervención. En la IAP desde las agencias culturales, Garzón Martínez relata paso a paso la construcción metodológica de la investigación que realizó con un grupo de jóvenes estudiantes universitarias que experimentaban acoso al interior de un campus universitario.

Lo generado a través de la *intervención cultural transformadora* que da paso al cambio en quien ejecuta la acción desde un “proceso de subjetivación y de conciencia, una transformación corpórea con respecto a lo que se va a hacer que es, en última instancia, la búsqueda de nuevas formas de significar, ser y hacer en y con nuestros cuerpos” (Garzón 2016, p. 77) y, a más largo alcance, el acto performativo genera un impacto en quienes lo atestiguan. En esta experiencia en particular, la autora refiere que las jóvenes investigadoras ganaron empoderamiento, además que se replicó la experiencia en otros espacios fuera de la universidad y se promovieron más seminarios sobre género, de donde salieron tesis con esta perspectiva. Si bien Garzón Martínez no lo menciona, sugiero que la fuerza de este tipo de acciones también radica en generar incomodidad, reacciones de reflexividad en quienes han naturalizado e invisibilizado actos que denigran y objetivan a las mujeres. Este tipo de propuesta de intervención gana cada vez más terreno en las investigaciones feministas en Chiapas como atestiguan, insisto en ello, algunas de las tesis que se desarrollan en los Posgrados en Estudios e Intervención Feministas, las cuales dan y darán cuenta de ello.

Unas últimas líneas

A través de estas pinceladas, se presentó un boceto, unos trazos de lo que, a lo largo de muchas décadas, el feminismo ha recorrido calles, aulas, talleres, asambleas, teatros, hojas de papel y las vidas de muchas mujeres. Para la estudiante antropóloga, feminista, académica y chiapaneca de corazón, resulta emocionante y esperanzador mirar atrás para ver hacia adelante lo que los feminismos han caminado, lo que las mujeres hemos caminado. Aún más motivador es ver cómo las experiencias, ahora históricas de este movimiento que es académico, activista, reflexivo, encuentran lugar en nuevas generaciones de mujeres como las que ahora dan cuenta de tres generaciones de los posgrados en Estudios e Intervención Feministas del CESMECA y donde participamos muchas de autoras de este libro. Albricias por el camino recorrido y por recorrer.

REFERENCIAS

- Aguilar Mendizábal, M. R. (2004). Sumisiones y rebeldías de las mujeres indígenas de Chiapas. En: Olivera, M. (coord.) *De sumisiones, cambios y rebeldías. Mujeres indígenas de Chiapas*, Tesis de licenciatura, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Universidad Autónoma de Chiapas.
- Aguilar Rivero, M. (2005). *Diálogo y alteridad. Trazos de la hermenéutica de Gadamer*. México: UNAM.
- Chirix García, E. D. y Sajbin Velásquez, V. (2019). *Estudio sobre racismo, discriminación y brechas de desigualdad en Guatemala: una mirada conceptual*. México: CEPAL.

- Cruz, Hernández, D. T. y Bayón Jiménez, M. (2020). *Cuerpos, territorios y feminismos: Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas*. Quito-Ecuador/México: Editorial Abya-Yala.
- Cumes, A. E. (2012). Mujeres indígenas patriarcado y colonialismo: un desafío a la segregación comprensiva de las formas de dominio. En: *Anuario de Hojas de WARMI*, 17.
- Difarnecio, Mejía, D. (2020). El teatro popular de las mujeres de Fortaleza de la Mujer Maya. TE Maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. UNICACH
- Fernández-Camacho, M. (2022). Cereza: acompañamiento con mujeres en prisión desde una ética feminista del cuidado. Tesis de doctorado, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- Fernández-Camacho, M. (2021). Una metodología militante: “Parar para pensar”. En: *Liminar: estudios sociales y humanísticos*, 1 (19), pp. 15-29.
- Garza Caligaris, A.M. (2000). *El movimiento de mujeres en Chiapas. Haciendo historia. Anuario de Estudios Indígenas VIII*. Chiapas: Universidad Autónoma de Chiapas.
- Garzón Martínez, M. T. (2017). El maestro y las lentejuelas. Pensar la intervención feminista desde las agencias culturales. En: *Liminar: estudios sociales y humanísticos*, 2 (15), julio-diciembre, pp. 69-80.
- Hernández Castillo, R. A. (2001). Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género. En: *Debate feminista*, 24, pp. 206-229
- Méndez Torres, G. (2013). Mujeres Mayas-Kichwas en la apuesta por la descolonización de los pensamientos y corazones. En: *Senti-pensar el género: perspectivas desde los pueblos originarios* (pp. 27-61). Guadalajara: La casa del mago.

- Méndez Torres, G. (2009). Miradas de género de las mujeres indígenas en Ecuador, Colombia y México. En: Andrea Pequeño (comp.) *Participación y políticas de mujeres indígenas en América Latina* (pp. 53-72). Ecuador: FLACSO.
- Olivera, M. (1979). Consideraciones sobre la opresión femenina como una categoría para el análisis socio económico. En: *Anales de antropología*, 1 (34).
- Ruiz Trejo, M. G. (2022). Etnografías feministas en México: críticas de las nuevas generaciones de antropólogas. En: *Alteridades*, 63 (32), pp. 81-94.
- Santana Echeagaray, M. E.; Kauffer Michel, E. F., y Zapata Martelo, E. (2006). El empoderamiento de las mujeres desde una lectura feminista de la Biblia: el caso de la CODIMUJ en Chiapas. En: *Convergencia*, 40 (13), pp. 69-106.
- Segato, R. L. (2014). Colonialidad y patriarcado moderno: expansión del frente estatal, modernización, y la vida de las mujeres. En: *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 593-616). Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Tuñón Pablos, E. (1999). Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo. 1982-1994. México: UNAM, Porrúa.



UNA TAREA DOBLE: TEJER ORGANIZACIÓN
FEMINISTA Y CONSTRUIR PUENTES EN LAS
ACADEMIAS. UNA EXPERIENCIA DESDE
EL SURESTE DE MÉXICO



**UNA TAREA DOBLE: TEJER ORGANIZACIÓN
FEMINISTA Y CONSTRUIR PUENTES EN LAS
ACADEMIAS. UNA EXPERIENCIA DESDE
EL SURESTE DE MÉXICO**

Delmy Tania Cruz Hernández

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

UNICACH

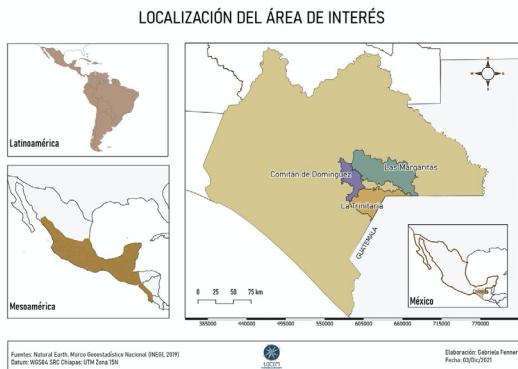
Este escrito convoca a corazonar los vínculos afectivos que se crean al ir haciendo lo político junto a mujeres campesinas, indígenas, luchadoras sociales, que viven en la urbe marginal y en la ruralidad ¿Será posible construir organización para la lucha social y hacer investigación entre mujeres con heterogeneidades múltiples? La respuesta, por ahora, es sí. No obstante, aclaro que este escrito no pretende ser un manual, ni una fórmula para accionar, más bien, es la auto reflexión que me debía del resultado de un trabajo colectivo entre mujeres, sostengo con la convicción de que historias, como las que aquí narro, representan una deuda académica.

En efecto, llevo más de una década escribiendo con y desde el proceso político donde participo, pero esta vez no hablaré

solamente de las problemáticas a las que nos enfrentamos cotidianamente para arar nuestros territorios, sino de los modos de hacer juntas una comunidad imaginaria (Mohanty, 2020) para transitar lo que nombramos como horizonte posible.

En un primer momento abordo el quehacer organizativo en la frontera media de Chiapas, la cual colinda con el noroccidente de Guatemala, que en la actualidad está asolado por la presencia inminente de la narcopolítica, la gestión de la necropolítica en la región, el avance de fronteras extractivas y, por supuesto, la defensa de los cuerpos-territorios, cuerpos-tierra. En un segundo apartado, articulo algunas premisas feministas sobre la metodología desde el sur, para nombrar lo que he hecho en la última década. Por último, comienzo mi autoreflexión de investigación y organización entre mujeres que luchan en un territorio fronterizo, centro el análisis en los vínculos afectivos que construimos al caminar hacia horizontes posibles.

Organizarse e investigar en medio de la tormenta



Mapa 1. Incidencia de MUTRAM-CEIBA

Actualmente, investigar en la frontera media de Chiapas es altamente peligroso, porque organizarse puede originar amedrentamientos contra las personas que están intentándolo e inclusive con sus familiares, además también hay una alta posibilidad de persecución, amenazas, incluso la desaparición forzada o la muerte. En 6 de los ocho municipios que componen la región,³ desde finales de 2020, se visibilizó una violencia muy cruenta por parte de las redes del crimen organizado, es necesario recalcar que la descomposición del tejido social viene de más de dos décadas atrás, impulsado por políticas de contra insurgencia por parte de los tres niveles de gobierno. Territorios que, a mediados de la década de los noventa, fueron una zona de base de alto apoyo zapatista, hoy están asolados por el crimen organizado y aunque en la actualidad la zona sigue teniendo una férrea memoria organizativa, está cercada por los vestigios que dejó la guerra de baja intensidad como es el desmantelamiento de organizaciones campesinas históricas que se convirtieron en filas del paramilitarismo y que hoy se unen a los negocios que impulsan las redes del crimen. Así:

Organizaciones están de las más conocidas⁴, se han desvirtuado y muchas contribuyen a la inseguridad. Las organizaciones se volvieron los que protegen a establecimientos donde hay actividades ilícitas. Inciden en muchos aspectos. Vemos prostíbulos, cantinas, transportes públicos ma-

³ Comitán, Margaritas, Trinitaria, Independencia, Tzimol, Frontera Comalapa, Chicomuselo, Socoltenango y Maravilla Tenejapa.

⁴ La autora omite el nombre de las organizaciones para no criminalizar a las familias que aún son adherentes a organizaciones históricas que resisten y proponen no unirse ni a la delincuencia organizada ni al paramilitarismo.

nejados y coordinados por ellos, eso no da ninguna seguridad. Las organizaciones que se crearon para defender a la gente, para recuperar la tierra en años pasados, una vez cumplidos lo que querían se han tornado para beneficiar fines particulares y ahora hasta el narco... (Fragmento de testimonios durante el conversatorio que se llevó a cabo en agosto de 2023 sobre inseguridad en la zona).

Como señalaron los hombres y mujeres que se organizan en la región, uno de los factores más visibles de la zona son los vínculos que se han construido entre organizaciones históricas y las redes del crimen organizado, que muchas veces, también se articulan con la política local. Ante ello, por ejemplo, las mujeres que se organizan en la alianza fronteriza⁵, antes de cada encuentro hacen una reflexión política de lo que sucede en sus regiones, comentaron que, en agosto de 2023, se congregaron para apoyar a familias que provienen del ejido Saltillo desplazadas de su comunidad. Las personas se instalaron provisionalmente atrás de la presidencia municipal del municipio de Margaritas, ubicada en el barrio de la Pila, lugar en donde ellas tienen incidencia, y por ello, quisieron hacer algo, pero observan con preocupación la falta de atención por parte de las autoridades y la indiferencia de la sociedad civil.

Según documentaron Mandujano (2023), y Jiménez (2023) el enfrentamiento y la presión hacia familias que pertenecen a la Central Independiente de Obreros, Agrícolas y

⁵ Nos conformamos como alianza a partir del 2019. Estamos aglutinados alrededor de la alianza 3 colectivos de mujeres y hombres organizados y dos organizaciones de la sociedad civil.

Campesinos-Histórica (CIOAC-H), que vivían en el ejido Salti- llo, se agudizó por el interés que tiene Antonio Hernández Cruz, padre del actual presidente municipal de Margaritas, y líder de Alianza de Organizaciones Sociales y Sindicatos de Izquierda (ASSI), de engrosar sus bases.

Las mujeres de la región ven preocupadas los sucesos que están habitando en el municipio, además del desplazamiento forzado interno. Comentan, a propósito, que el alcohol y la violencia incrementan. Con molestia, mencionan la cantidad de venta de alcohol que hubo este año, durante la feria que se llevó a cabo el mes de julio en la cabecera municipal, “el alcalde aventaba botellas de cerveza, de regalo para el pueblo”⁶. En esa actividad, se le vio al edil de Margaritas divertirse y estar junto a uno de los hombres que controla los negocios turbios en el municipio. Mientras esta situación sucedía, a inicio del mes de agosto, Rosa Icela Rodríguez Velázquez, Secretaria de Seguridad Pública y Ciudadana (SSPyC), hizo un llamado a los presidentes municipales de todo el país con el fin de coordinarse y trabajar en una misma ruta con la Federación para no ceder terreno a la delincuencia (Jornada, agosto de 2023). La nota de periódico, en donde se da voz a la representante de la SSPyC, menciona que —aunque hablar de municipios en México es complejo por su heterogeneidad, en tamaño y en presupues- to—es preciso instar en la necesidad de poner atención puesto que es “justamente a nivel municipal donde la delincuencia tie- ne mayores facilidades para infiltrar, cooptar o doblegar a las autoridades y ponerlas a su servicio, sea por complicidad o

⁶ Testimonio de una de las mujeres durante uno de los espacios organizativos que tenemos cotidianamente.

bajo amenaza” (Jornada, 4 de agosto de 2024), y para hacer un recordatorio menciona al ex alcalde de Iguala José Luis Abarca, señalado por su colaboración en el caso de los estudiantes normalistas de Ayotzinapa, en septiembre de 2014.

La violencia visible y que se respira al caminar por los municipios de la frontera es solo la punta del iceberg, en realidad lo complejo está por debajo del agua, en los imaginarios colectivos que se construyen para las y los jóvenes, en el miedo colectivo que se genera, que impide la movilización social de las personas organizadas. La violencia está en la raíz, comenta una de las mujeres que se organiza en la región, pero ¿cómo investigar y organizarse en medio de tanta desolación?

Uno de los principales actores de la zona ha sido la Pastoral Sureste y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. La Pastoral, desde inicios de este año, convocó a diversas manifestaciones para hacer visible el rechazo a la violencia en la región que han participado diversos actores de la sociedad civil, por su parte el EZLN, en 2021, anunció un comunicado en donde hace evidente la cruenta situación en Chiapas y pone el dedo en el reglón en la omisión por parte del Estado. Desde hace unos meses, el EZLN, mantiene cerrado los caracoles.

Observamos un nuevo caminar, a cada actor social que intenta agrietar el muro, viene con una respuesta por parte del crimen organizado. El pasado mes de agosto en uno de los municipios de la región se convocó a una peregrinación para evidenciar el rechazo a la violencia, a consecuencia de ello:

una contramarcha de organizaciones campesinas salió a la par, diciendo que aquí no pasaba nada, era muy concu-

rrida y con varios carteles, la gente que estaba en ella era[n] personas conocidas por nosotros, no sabemos si salieron obligados o por convicción⁷.

Una situación similar es mencionada por familias desplazadas de Frontera Comalapa, mencionan que una de las formas del crimen organizado de enterrarse en el territorio es a través de atraer a las juventudes a sus filas, por engaños o enganchados con dinero rápido y fácil, “entonces, hay familias que no quieren el crimen, pero saben que su hermano, hijo, hija está dentro de ese cochinerito, ¿cómo le haces ahí? ¿cómo te opones?...”⁸.

El 26 de septiembre de este año, en un nuevo estudio la revista Science reveló que las organizaciones criminales del narcotráfico son el quinto grupo que más genera empleo (voluntario o forzado) en México, están “solo por debajo de Femsa (321,000); Walmart (231,000); Manpower (203,000) y América Móvil (181,000), los cárteles del narcotráfico son generadores de alrededor de 175,000 empleos” (Ordaz, 2023). Además, la investigación revela que el engrosamiento de las filas del crimen organizado aumenta de forma rápida, de seguir con esta situación México en 2027 la violencia aumentaría un 40% (Ordaz, 2023). Las mujeres organizadas saben en carne propia lo que la revista Science menciona, lo sienten en sus territorios y lo escuchan de las voces de otras personas. Además, observan que, a causa de estos amedrentamientos, el territorio se enferma al igual que sus cuerpos y comunidades.

⁷ Testimonio de un defensor de derechos humanos.

⁸ Testimonio de mujeres desplazadas por la violencia en la región. Entrevistas elaboradas en enero, marzo y junio de 2023.

En el panorama, mostré los últimos escritos⁹ realizados desde 2020, pongo el foco en nombrar la violencia cruenta que estamos atravesando en la región, pero, sobre todo, percibo que esta problemática viene a demostrarnos una vez más cómo se genera un sistema de (Re)-patriarcalización del territorio; es decir, demuestra cómo las formas arcaicas de patriarcales se conjugan con las nuevas formas de patriarcado que trae al crimen organizado y el avance neoextractivista en la zona (Camacho y Cruz, 2023; Cruz, 2023a). Entendiendo a la (Re)patriarcalización como un proceso de expropiación poliédrico que da continuidad una y otra vez a la desposesión de los cuerpos de las mujeres, de las juventudes, de las infancias y de los territorios; lo intenta devorar y acaparar todo. No obstante, los saberes plurales de las personas diversas que forman parte de las redes organizadas y protagonizadas por mujeres fortalecen los

⁹ Los escritos referidos son:

Camacho, Dolores; Cruz Hernández, Delmy Tania. (2023) “Vivir y sobrevivir en tiempos de COVID-19: estrategias de vida campesina en Chiapas”. En: Salas Quintanal, Hernán; Pérez, Ana Bella (coordinadores) *Afectaciones de la pandemia a las poblaciones rurales en México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas UNAM ISBN (Volumen): 978-607-30-7278-6 Título: Afectaciones de la pandemia a las poblaciones rurales en México, ISBN (Obra completa): 978-607-30-6883-3 Título: La década COVID en México.

<https://decadacovid.humanidades.unam.mx/coleccion/tomo-3-afectaciones-de-la-pandemia-a-las-poblaciones-rurales-en-mexico/>

Cruz Hernández Delmy Tania. (2023). Health Is Walked... In Search of Territorial Health in Contexts of Slow Violence. Insurgencies of Organized Women in the Border Region of Chiapas, en: Martínez Miguel Ángel y Sánchez Hernández Ana Luisa (Coordinadores) *Gender-based Violence in Mexico: Narratives, the State and Emancipations*. Edit. Routledge. EBook ISBN 9781003385844.

<https://www.taylorfrancis.com/chapters/edit/10.4324/9781003385844-7/health-walked%E2%80%A6-search-territorial-health-contexts-slow-violence-delmy-tania-cruz-hern%C3%A1ndez?context=ubx&refId=f80f5aea-b04d-4076-8af4-568779f6d049>

lazos humanos y no humanos, crean insurgencias, ensayan formas creativas de subversión y fortalecen el tejido comunitario ante un estado de ataque permanente.

Ante el panorama, volvamos a las preguntas de inicio: ¿Cómo hacer co-investigaciones de forma ética en estos contextos necrotizantes?, ¿qué papel jugamos las personas que investigamos y somos parte de la organización política en estos territorios? Lo desarrollaré en el siguiente apartado.

Formas de hacer e incidir desde los feminismos del Sur

Una de las dimensiones epistémico-políticas que siempre ha estado en el centro de las temáticas y problemáticas de los feminismos del sur son las preguntas en torno a construir epistemología y metodología feminista, pues, en ocasiones, tanto lo epistémico como lo metodológico se reduce a la exploración de problemas específicos relacionados con las desigualdades y/o las diferencias. Cuestión que deja de lado la reflexión propiamente epistemológica sobre las implicaciones éticas, prácticas, políticas y afectivas que tienen los abordajes feministas en la forma que producimos conocimiento acerca de, y con, el mundo en toda su complejidad. Sin duda, creo que los Feminismos desde el Sur Global, crearon espacios porosos, movimientos de ida y vuelta para romper con el cerramiento de un academicismo estéril, y de un activismo despojado de reflexión.

En este escrito construyo conocimiento en relación, y evidencio las múltiples formas en que los intercambios de saberes y prácticas generan conocimientos situados, nuevas articulaciones y coaliciones en el territorio, es clave resonar con las preguntas

que nos hacen las feministas sobre el lugar de enunciación. Para ello hay diversidad de claves por analizar, por nombrar algunas: la situación, la ubicación geopolítica, las políticas de financiamiento de investigación, los contextos en los que se investiga, los modos en los que vamos articulando con comunidades (no) académicas, los puentes que intentamos construir y sostener entre activismos, militancia y academia, las corporalidades que lo realizan, y las condiciones en las que lo hacen.

Caminar entre la academia y la organización política es estar en arena movediza. Es *hacer* un constante cuestionamiento. Las preguntas que más me surgen son: ¿hasta dónde me toca decir?, ¿qué sí me corresponde contar y qué les toca a las otras mujeres con las que me organizo?, ¿para qué la teoría?, ¿hasta dónde alcanza la teoría para construir puentes con los movimientos sociales de mujeres? No tengo respuestas, solo esta reflexión que comparto, que no habla del proceso político, pero sí está inmersa en él. Aborda mi quehacer como mujer, indígena, feminista, en una academia del sur, y como persona involucrada en la organización política-territorial en la frontera entre Chiapas-Guatemala y en el movimiento de mujeres.

El escrito presente era una deuda personal que pretende ser un llamado a la interpelación con las que me organizo, y espera contribuir al significado de hacer investigaciones feministas desde el sur con incidencia comunitaria.

Entre el movimiento y la academia. El andar en Chiapas

Las mujeres pensamos el mundo, con el mundo y para el mundo, es una de las premisas que aprendí desde que estoy organi-

zada. Nuestras miradas como mujeres no observan problemas de las mujeres, sino problemas del mundo, en donde nosotras ponemos nuestra atención. Crear agendas políticas comunitarias, donde se pongan en el centro nuestros intereses y deseos, es algo que me convocó a organizarme. Lamentablemente, no en todos los espacios organizativos sucede así.

Llegué a Chiapas, hace 18 años, con la esperanza de contribuir al cambio de un mundo al que nos llamó el zapatismo, hace más de tres décadas. Desde que arribé a tierras del sureste, me involucré con organizaciones y colectivos que forman parte de la Sexta.¹⁰ Además, participé en diversas organizaciones de la sociedad civil, en espacios autogestivos y de izquierda, en el movimiento de mujeres, hasta que en 2014, junto a una compañera de lucha, fundamos una organización que se llama Mujeres Transformando Mundos (MUTRAM).¹¹ Nuestra apuesta al crear MUTRAM fue intentar construir vínculos político-afectivos entre mujeres para impulsar una agenda desde las mujeres y con las mujeres de comunidades indígenas, campesinas y rurales, donde nuestros sueños estuvieran en el centro. Esto no quiere decir que no pensábamos en hombres, niños, elementos del territorio, sino pretendíamos que la acción clave proviniera desde nosotras las mujeres, fue un viraje político, tarea que, por supuesto, no ha sido fácil. Para comenzar, encontrarnos con otras compañeras po-

¹⁰ Colectivo y organizaciones que se sumaron al llamado del movimiento zapatista y se adhirieron a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona.

¹¹ Parte de la historia de la organización la narré en el artículo “Feminismos comunitarios territoriales de Abya Yala: mujeres organizadas contra las violencias y los despojos”, en la Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos. Universidad del sur de Colombia

líticas en la urbe, han sido de las acciones más complejas. Crear relaciones justas, medianamente igualitarias, y con una visión común nos ha tomado mucho tiempo.

MUTRAM, desde su origen, decidió hacer alianzas con una de las mujeres que incidieron en los cambios de Chiapas en comunidades indígenas, Aidé Rojas, quien es fundadora del Centro de Educación Integral de Base (CEIBA). Con Aidé y Toño Casillas (también fundador de CEIBA y promotor de la Teología de la Liberación) comenzamos el camino organizativo del que actualmente soy parte. Dos actores distintos convergían en Chiapas, MUTRAM (mujeres jóvenes, que tuvieron experiencias con otras organizaciones sociales, universitarias, feministas y adherentes a la Sexta) y CEIBA (mujeres y hombres organizados en la militancia de la izquierda de la década de los setenta y ochenta, con una trayectoria en movimientos sociales desde la educación popular), haciendo posible que se originara el diálogo intergeneracional, entre actores mixtos, con apuestas políticas similares.

La preocupación tanto de MUTRAM como de CEIBA fue observar la atomización del territorio. La primera apuesta en conjunto fue realizar una radiografía de cómo estaba el territorio y que actoras organizadas quedaban en la región. Las fundadoras de MUTRAM decidieron continuar sus estudios (maestría y doctorado) para realizar ese trabajo organizativo¹² y poner al servicio de la alianza sus saberes de gestión de

¹²Decidimos que al regresar a los estudios podríamos tener un salario seguro para poder organizarnos. De este período surgieron dos tesis. Rodríguez, Castañeda, Noelia (2018). Una casa no se construye sobre arena. Una mirada crítica al desarrollo humano sustentable desde la reflexión acción de mujeres en la Fronteriza de Chiapas. Tesis para obtener el grado de maestra en Desarro Ru-

proyectos para conseguir fondos y poder pagarnos los recorridos por los municipios fronterizos donde CEIBA, en algún momento, tuvo incidencia comunitaria.

El recorrido que nos llevó a consolidar un diagnóstico comunitario no lo realizamos solo entre MUTRAM-CEIBA, se nos unió a esta provocación uno de los Colectivos que tuvo relación con CEIBA desde 2009. Uno de los puntos más importantes a rescatar de la práctica política que tejimos entre mujeres fue que, desde el inicio, CEIBA-MUTRAM y las mujeres del Colectivo Colibrí tomaron decisiones políticas y económicas desde un mismo piso, sabíamos para qué usábamos el dinero, cómo y por qué lo solicitábamos, a quién lo hacíamos y sobre todo la forma de repartirnos. Estas acciones crearon una cultura de transparencia y redención de cuentas que, con sus propias dificultades, sigue actualmente. Para nosotras estos pasos fueron claves, pues en nuestro andar con organizaciones de la sociedad civil, nos percatamos de las dependencias que se crean entre los equipos operativos y las comunidades, si no existe una relación de transparencia.

Retomando nuestro caminar, una vez realizada nuestra tarea de diagnóstico, nos sentamos colectivamente a reflexionar qué íbamos a hacer. Muchas aristas estaban en juego, sobre todo nos encontramos con una merma de mujeres organizadas y demasiado machismo dentro de las organizaciones, en las comunidades y un territorio hostil con una avanzada militar y

ral. UAM, Xochimilco. México. Y el segundo documento: Cruz, Delmy (2020) Nosotras como mujeres que somos: Entre la desposesión la insubordinación y la defensa de los cuerpos-territorios. Tesis para obtener el grado de doctora en Antropología Social. CIESAS-Sureste.

extractivista. Aun así, nos convocamos para organizarnos, en 2015, entre algunas mujeres de la comunidad de San Nicolás, que años después se denominaron Colectivo Las Florecillas, mujeres del colectivo mixto el Colibrí y MUTRAM-CEIBA.

Comenzamos con talleres para remover nuestros corazones y despertar la conciencia dormida a una conciencia opositora (Sandoval, 2015). Retomo el concepto de Chela Sandoval para realizar una diferencia entre las conciencias. La autora al realizar una crítica a la teoría del feminismo hegemónico en los Estados Unidos, por el desvanecimiento de la teoría Estadounidense Tercermundista, construye su propia topografía cultural para mostrar cómo la conciencia opositora es la que se crea a partir de tener un vínculo con el movimiento social, en donde se da un viraje para tomar y mantener posiciones políticas y de identidad sólidas en el mundo social.

En el caminar un par de años más tarde, se nos unieron mujeres organizadas que provenían de las filas de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBS) del municipio de Margaritas, hoy conforman el colectivo Fases de la Luna. A través de talleres, analizamos nuestros mundos, las dificultades, pero, por supuesto, las oportunidades de arar nuestros territorios para hacer caminos en donde quepamos nosotras como mujeres. En palabras de Noelia, cofundadora de MUTRAM, construimos nuestra barca, hoy nos sostiene en medio de la tormenta. Con el pasar de los años, comenzaron a caminar a nuestro lado hombres organizados preocupados por las masculinidades hegemónicas que se ensamblaban en el territorio. Para nosotras como feministas comunitarias territoriales, hacer alianzas con hombres que intentaran cambiar con otros

hombres fue fundamental; aunque nunca sencillo. La apuesta era por lo común, entonces abrimos el espacio colectivo. Aunque seguimos manteniendo espacios propios entre mujeres.

Con el tiempo, las colectivas y el colectivo eligieron su propia ruta para recuperar y acuerpar su territorio: unas impulsan un proyecto de salud y consultorio; otras trabajan con grupos de mujeres para promover acciones en contra de la violencia, y después de seis años, ya se han consolidado cinco grupos más en la región. El colectivo de hombres también impulsó dos grupos de hombres adultos y uno más de jóvenes en el que intentan reflexionar sobre ser hombres. Además, fortalecimos un proceso asambleario que nos permite tomar decisiones y seguir con nuestra cultura de rendición de cuentas y transparencia. La apuesta colectiva avanza, no sin dificultades, pues al crecer se comenzaron a necesitar más recursos para movilizar la estrategia, y MUTRAM comenzó a jugar un papel de gestora, dejó de ser una acompañante y se desplazó, y nos desplazaron, a la vieja costumbre de las organizaciones de la sociedad civil.

Estuvimos un par de años en esta dinámica, hasta que terminamos por casi rompernos, y decidimos parar para decir: ¡No queremos ser una gestora! MUTRAM dio un *chasquido* feminista en una asamblea, retomo las palabras de Ahmed para argumentar que esta es una forma de pensar en los puntos y rupturas de modos creativos (2017). De forma tajante y rápida dijimos no más. Sabíamos que el chasquido era recién el inicio de algo más, algo nuevo, algo por venir. El chasquido que dimos fue para romper la inercia de la rueda, caminábamos sin rumbo, muchas pudieron ser las razones, identificamos dos: el

mismo proceso político demandaba tiempo y acciones, y los ritmos de la gestión de los proyectos solicitaban acción.

Nosotras, MUTRAM, necesitábamos nombrar que el chasquido no era el fondo, sino la señal para crear maniobras que nos condujeran a otros sitios. Habíamos errado en las decisiones y la forma de algunos procedimientos. Me gusta hablar del error, de cómo nos hemos equivocado, he encontrado poca literatura sobre los errores en los proyectos colectivos. Al parecer el error no cabe en el proyecto moderno/colonial en el que estamos inmersos, y por eso se me hace más necesario que nunca. Cuando nos equivocamos hicimos el chasquido. ¡Plas! Cimbró el proceso político que se caotizó para encontrar las formas de encauzarlo. El chasquido, es quebrantar a la inercia, hacerla tambalear y caer, pero, a su vez, es proponer. Se necesita que el chasquido tenga un espacio que lo acja, lo sostenga, en donde haga eco, porque si no existe esa condición hay ruptura y vacío.

Proponer y desplazarnos fue la apuesta. A raíz de esta reflexión MUTRAM y CEIBA generaron nuevas acciones para frenar lo que sucedía, y crearon un consejo colegiado de dulas: le llamamos dulas a las personas que se nombraron para cuidar los proyectos y, con ello, al propio proceso político. Se propuso que las dulas fueran mujeres de base, MUTRAM compartiría los saberes de gestión para que se conocieran esas formas de ver y entender los lenguajes con los que habla la cooperación¹³. La

¹³Actualmente, una de las fundadoras de MUTRAM realiza una tesis doctoral sobre la relación entre la cooperación internacional y las comunidades de base desde una perspectiva feminista del sur, tomando como punto de partida la experiencia que vivimos en la frontera y su caminar como cooperante desde 2003.

tarea estuvo a cargo de una de las fundadoras de la organización quien acompañó y formó a las mujeres organizadas. Tenían en sus manos nuevos saberes y podían elegir libremente cómo y cuándo actuar. En ese caminar estamos ahora, con el peso del andar político, económico y operativo un poco más distribuido. No ha sido fácil, pero era necesario.

Poco hemos podido conversar del cambio entre las MUTRAM, lo cierto es que nos sentimos más enfocadas al proyecto, es decir, nosotras formamos la organización para contribuir a un cambio de acción política entre mujeres y, creo yo, lo efectuamos. Rueda en mi corazón y cabeza la pregunta: ¿Cómo organizarse entre diversas? Parece que la propia cuestión es una tensión existencial, pero como bien sugiere Raquel Gutiérrez¹⁴ es fundamental nombrar y evidenciar todos los asuntos que van a organizar la expropiación entre nosotras, para lograr comenzar a crear autonomía en las relaciones. Hemos descubierto en este caminar, el hacer que pase, hacemos pasar, y esa acción es fundamental para desplegar la subversión que somos juntas, y a veces no alcanzan las palabras para nombrar lo que hacemos.

La entrada a la academia y sus cuestionamientos

Después de terminar mi doctorado pensaba adentrarme en la organización que habíamos consolidado, pero no había forma económica para sostener mi deseo, entonces, nuevamente deci-

¹⁴ Charla que sostuvimos con Raquel Gutiérrez el 11 de agosto de 2023 en el seminario Metodologías e Incidencias feministas del Sur que fue coordinado por la autora del texto y la Dra. Teresa Garzón.

dí volver al terreno académico. Mi primera incursión fue en un proceso posdoctoral, donde pasé los dos años de pandemia escribiendo sobre las afectaciones del territorio en la frontera media de Chiapas, además comencé a hacer investigaciones con mujeres con las que me organizaba. Si bien mi tesis doctoral habla de nuestro proceso político, esta vez convergían por completo mis deseos de investigación con la organización.

Las compañeras que hacemos investigación del proceso siempre estamos dialogando con CEIBA, nuestra organización aliada, para saber qué piensa, por dónde debe ir la mirada, pero, sobre todo, para mí es fundamental dialogarlo porque sentía que ciertos discursos, de hace 20 años, narraban formas de entender el mundo que se silenciaban. Por ejemplo, en la actualidad, poco se aborda sobre la guerra de baja intensidad en Chiapas, y sobre los procesos organizativos que resuenan con el zapatismo, yo quise retomar ese compromiso, de traer de vuelta la historia para saber el ensamblaje que hace con el presente.

Cuando terminó mi periodo posdoctoral, me invitaron a colaborar en el CESMECA, específicamente en el Programa de Estudios e Intervención Feminista (PEIF), se sabía que el espacio estaba siendo hostigado por violencias machistas, y me dio miedo. Lo pensé mucho, pero, algo que no esperaba hacer, lo consulté con las mujeres con las que me organizaba, les pregunté “¿Qué les parecía si yo estuviera en ese lugar: la academia?” Un espacio que muchas veces criticábamos porque nos narraba sin preguntarnos, por poner palabras grandes incomprensibles, por su lugar de saber/poder que no se cuestionaba, etc. Aventar la pregunta a la colectiva, en ese momento me pareció un acto muy orgánico, ahora, desde la distancia, me parece un poco

atrevido y arriesgado. Las y los actores de CEIBA, mis compañeras de MUTRAM y las mujeres y hombres organizados en la frontera dieron una respuesta positiva.

Creí que era posible ser un alebrije, mitad academia, mitad mujer organizada. A veces siento que es una ilusión, pues hay días, semanas, meses, que una está más envuelta en los procedimientos burocráticos, administrativos y de formas que surgen de la estructura de la institución académica, que le quita tiempo al ser organizativo. Además, hay más reuniones cuando al programa lo hostigan constantemente. No obstante, voy remando, a veces contra corriente, con este alebrije que soy. No siento que podría ser de otra forma y aunque es muy difícil lidiar con ambos quehaceres, creo por el momento que el PEIF es un buen lugar para intentarlo. He sentido que es más fácil que mis colegas comprendan mis ausencias, mis tiempos organizativos, mi intento de tejer puentes, mi ser mujer organizada intentando hacer teorías que resuenen. Con todo y sus–sinsabores el PEIF es el programa en donde hasta hoy en día puedo conjugar estas dos grandes tareas.

Las críticas sobre mi presencia en la academia siempre han estado presentes. Ambas partes me cuestionan. Por un lado, para el movimiento social de izquierda en Chiapas, no soy tan buena militanta, porque *me vendí a la academia*; por otro lado, para la academia ortodoxa, no soy tan buena investigadora, porque hago activismo y “no me separo de mi objeto de estudio”. Recuerdo que una vez una investigadora, donde hacía el posdoctorado, dijo en un congreso en el que estábamos juntas: “esta gente” —refiriéndose a mí—, “debería de irse a sus *ongs* y dejarnos trabajar, hacer lo nuestro” —aquí

aludía, específicamente al acto de hacer teoría, *como dios manda*, alejada del objeto de estudio—, comentario que después replicó en sus redes sociales. Esos reclamos se orientaban hacia lo que yo expuse, en ese momento no comprendí la situación y me pregunté ¿Qué transformaban esas palabras?, ¿qué quería decirme?, ¿a quién interpelaba?, ¿qué quería mostrar? Porque si un hecho he aprendido de la academia ortodoxa es que algo se tiene que demostrar, a veces datos, a veces *verdades*, muchas otras opiniones, pero siempre hay algo que enseñar, es un acto para evidenciar que te has ganado ese lugar y tienes derecho a narrar el mundo porque, al final, hacer teoría es contar mundos y formas de mirarlo.

En realidad, lo que estaba en juego para la investigadora en cuestión, era mi postura interpretada como demasiado parcial, subjetiva y políticamente comprometida. Por lo tanto, vista con menos potencial legítimamente teórico. Además, la disputa por lo que se concibe como conocimiento experto, autorizado, legitimado. A través de mi experiencia, se había puesto en duda la epistemología de la representación, con la que muchas personas en la academia hacen teoría, corriendo la certeza de un saber objetivo, neutral, distante, donde el/la investigador(a) juega un papel de observador(a). Esta forma de hacer investigación, de acuerdo con Manuel Fontenla, *et. al.*, “...es producto de la ponderación de saberes y prácticas que imponen modos únicos, hegemónicos, universales, totalizadores al tiempo que son androcentrados, epistemicidas, terricidas” (2023, p. 2).

Desde los Feminismos del Sur, posicionarte y nombrar el lugar donde miras el mundo es una invitación permanente, y nos las hacen diversas pensadoras feministas como Haraway

(2018) quien apela a reflexionar sobre la tarea de evidenciar nuestro pensamiento y situarlo, de evidenciar nuestro ser frontera en el pensamiento (Anzaldúa, 1987) o lo que Chandra Mohanty (2020) le llamó política de ubicación, que son estas formas de visibilizar el espacio-tiempo-posición de quien hace la enunciación, al recordar que la teoría emerge de problemas concretos y no es un artilugio de lo abstracto deslocalizado.

En varias de mis presentaciones doy comienzo con Anzaldúa (1987) y la pregunta sobre ¿Quién tiene la validez para autorizar la experiencia? La cuestión se vuelve mi puente para argumentar lo que he llamado teoría encarnada que es “construir puentes entre diferentes campos, sujetas-os y saberes [...] es crear conocimiento a partir de una red compasiva de relaciones interdependientes y valiosas en cuanto a su diferencia” (Cruz, 2023, en prensa). Construir teoría encarnada es considerar nuestro lugar en la geopolítica del conocimiento, marcado por la tensión constante entre movilización y teoría feminista, es impureza y con ello una posibilidad epistemológica que se logra en colectivo.

Va más allá de la reflexividad, de contar la experiencia, de repensarte como investigadora en solitario. La teoría encarnada es ensamblar y contrastar tu mirada con la de otras: desplazarte del lugar de enunciación privilegiado, puesto que ésta cambia con la palabra de las otras; poner la verdad en *jaque*; traer las intuiciones; es caracterizar las formas de producir y circular conocimiento en contextos de precarización. Hacer teoría encarnada es un aprendizaje constante y un acto donde se debe de calibrar la ética feminista. Pongamos atención aquí, no estoy hablando de ética desde el pensamiento occiden-

tal, estoy corazonando la ética como lo propuso Carosio (2007), pensando en el cuidado. Cuando pienso en ética feminista, en el marco de este proceso organizativo, traigo al cuidado como centro, que sostiene la vida, nuestra comunidad siendo, lo que ella sueña, desea. No me cabe duda que para acuerpar esa comunidad en devenir es indispensable calibrar la ética feminista.

Por ello, para mí, la teoría encarnada no es hacer trabajo de campo, ni entrevistas, ni escribir por encargo, es poner el cuerpo; crear afectos; que te importe; dejarte afectar y traicionar a la academia ortodoxa; sobre todo, es revolver el poder/saber que te crea la institución; sin duda, es estar dispuesta a incomodarte, a saber que no se produce nunca en solitario, siempre es con las voces colectivas y el quehacer organizativo. Ciertamente en este proceso se crean vínculos afectivos-políticos que trastocan el accionar en el territorio y, por supuesto, en las formas de hacer investigación.

Los vínculos afectivos-políticos entre las mujeres que luchan

Existe vasta literatura desde las ciencias políticas que ponen en el centro la importancia de las emociones para movilizarnos, o insistir en las formas en cómo las emociones construyen movimientos sociales, incluso hay quienes hablan del *giro afectivo* que dan las ciencias sociales, políticas y humanísticas, porque las emociones se centralizan. No obstante, para abordar los vínculos afectivos-políticos que creamos en el proceso político de la frontera media de Chiapas, quiero retomar a Ahmed (2015) y Anzaldúa (1987).

Me interesa plantear la forma en que Ahmed concibe a las emociones. La autora sabe que las emociones no son estados psicológicos, sino prácticas culturales que se estructuran socialmente a través de circuitos afectivos. Las emociones son un problema cultural y no solo psicológico, y en cuanto tal, es un problema de todas las personas. Lo que una siente es finalmente un problema social y un problema colectivo, porque tal como lo demuestra Ahmed (2015), las emociones no residen ni en los sujetos ni en los objetos, sino que se construyen en las interacciones entre los cuerpos, en las relaciones entre las personas, porque afirma que las emociones son públicas y se organizan socialmente.

Ahmed explica, contundentemente, que las emociones se construyen y se significan a través de un imaginario colectivo y de una determinada interacción social; por tanto, las emociones provocan acción o inacción, depende del contexto y analiza cómo diferentes emociones –por ejemplo la indignación, el dolor, el asombro y finalmente la esperanza– tienen aparejadas lecturas específicas del mundo, interpretaciones que, si se profundiza enmarcadas en un contexto propicio, habilitan vinculaciones afectivo-políticas.

Lamentablemente, la autora no llega a un estimado al mencionar las formas en cómo se pasa de emociones particulares a vínculos afectivo-políticos colectivos. Para llenar ese vacío dejado por Ahmed, y que también me posibilite entender lo que pasa en el proceso organizativo de la frontera, retomo a Anzaldúa con su idea de *facultad*, para ella es “la habilidad de ver en los fenómenos de la superficie el significado de realidades más profundas” (1987, p. 38). Para Anzaldúa, la

facultad no es específica de alguien, mujeres negras, feministas, oprimidos, sino una herramienta emocional e intelectual aprendida que evoluciona a lado de los poderes hegemónicos y permite una forma de oposición particularmente efectiva al orden dominante en el cual crece. (1987, p. 38).

Un rasgo fundamental es que “la *facultad* está en un nivel metodológico que es capaz de producir una estrategia política y una política de identidad de las que surjan nuevas ciudadanías” (1987, p. 39). La *facultad* es un proceso que, debe estar en devenir constante, se vuelve estéril; es decir, se necesita ser conscientes de nuestra condición de opresión, resignificarla y darle la vuelta para lograr estrategias de subversión. El cruce teórico entre Ahmed y Anzaldúa, lo realizo para analizar lo que hacemos en la frontera media de Chiapas, comprendo que es gracias a construir nuestra *facultad*, colectivizarla y trasladarla en herramienta política, hemos logrado desplazar emociones particulares a vínculos-políticos-afectivos que nos han contribuido a transformar nuestra acción política.

Pensar en el hacer metodológico de la acción política es clave para saber el devenir de las estrategias colectivas, para la transformación en los territorios, por ello, me detuve a reflexionar sobre los vínculos políticos en el movimiento social, además es un paso para pensar en cómo se podrían aplicar las metodologías en la investigación.

Hacer metodologías en las investigaciones feministas

No tengo respuesta de cómo hacer metodologías que nos sirvan a las investigaciones feministas. Tengo pistas que com-

parto en este escrito y que nacen de mi propia experiencia. Primero, es fundamental pensar el motivo de esta investigación. Si la respuesta es honesta, es fundamental compartirlo con las personas que se cocrea investigación, con la finalidad de que se tenga un mismo piso en común. Segundo, es dejarte afectar, las investigaciones pasan por diversas transformaciones y llevan su propio curso, es necesario saber escuchar el contexto y a las personas, siempre es un espiral. Tercero, tener humildad y saber que el agua tibia ya se creó, lo indispensable dentro del pensamiento feminista es crear nuestras propias genealogías, retomar a nuestras ancestras, compartir que una investigación no cambiará la realidad en el mundo, quien lo hace, son las y los/las sujetos que ponen el cuerpo. Cuarto, crear puentes entre comunidades académicas y (no) académicas, hacer presente el pluralismo epistémico que tanto defendemos desde las teorías del Sur Global, todas y todos tenemos tanto que aprender aún. Por último, generar *conciencias opositoras* (Sandoval, 2015) entre las estudiantes, para mí es clave, puesto que en este texto me he detenido a describir cómo hago teoría encarnada desde mi experiencia, pero hay otra arista fundamental dentro de las academias: la docencia, la difícil tarea de formar a otras personas. Ese es uno de los grandes retos vitales a los que nos enfrentamos.

Aunque me he formado en la academia, gracias a mi involucramiento en el movimiento social, he devenido en educadora popular, y mi cuestionamiento sobre las educaciones bancarias está muy presente en mi tarea como docente, retomando a Anzaldúa, constantemente cuestiono cuál es mi papel en espacios áulicos y formativos y cuáles son los contenidos que debería-

mos revisar para formar nuestras *facultades*. Creo sin duda, que estudiantes críticas, al buscar sus propias formas de comprender el mundo, harán intersticios en las formas de crear metodologías y que devendrán en nuevas maneras de comprender la investigación. La pregunta se transformará porque el método lo hará, como bien señaló, Paula Soto¹⁵, no hay cambios metodológicos sin cambios teóricos/epistémicos.

Tenemos muchas tareas pendientes aún. Es fundamental seguir cocreando e imaginar investigaciones feministas desde un pluralismo epistémico que dé cabida a todos los saberes, crear estas impurezas epistémicas para imaginar formas de co-construir investigación. Hacer otras docencias para que las personas que pasen por los espacios áulicos se lleven preguntas que las ayude a caminar por otras formas de hacer investigación. Ir sentipensando junto con otras que estén en los circuitos de producir otras maneras de construir academias, a pesar del lugar marginal del feminismo dentro de la teoría social contemporánea, ésta se ha nutrido ampliamente de las reflexiones feministas elaboradas desde la academia en estrecho diálogo con los movimientos feministas de las diferentes épocas. Publicar, sistematizar nuestros trabajos es una tarea pendiente que tenemos aún en los feminismos, y es clave para comprender nuestros haceres metodológicos. Ampliar nuestros circuitos de circulación del conocimiento, aunque este deseo tiene otras aristas, puesto que generalmente la circulación del conocimiento va de los centros he-

¹⁵Charla que sostuvimos con Paula Soto el 23 de agosto de 2023 en el seminario Metodologías e Incidencias feministas del Sur que fue coordinado por la autora del texto y la Dra. Teresa Garzón Martínez.

gemónicos a los centros subalternos, y rara vez sus flujos son inversos, casi nunca se desplazan exclusivamente por ejes subalternos, al interior del sur o desde el sur global al norte planetario (Femenías, 2007; Maffía, 2012). Por tanto, es un reto rastrear otras propuestas desde el *sur* global para crear nuestras propias genealogías o topografías culturales como bien lo hizo Sandoval (2015).

Sobre tejer organización feminista y crear puentes en la academia, aún hay más retos. Encontrar los equilibrios entre ambas tareas es indispensable para que las personas que lo intentemos, lo hagamos con el cuidado que se necesita, además de hacerles lugar a otras narrativas, pues está por descubrirse y sistematizarse mucho, y considero que sólo así reconoceremos nuestros propios aportes; obviamente, sin dejar de lado la riqueza que deviene de los diálogos de vivires, y por supuesto dar *rienda suelta* a nuestras intuiciones metodológicas que nos llevarán indudablemente a imaginar otras formas de cocrear investigación feminista.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. ([2004] 2015). *La política cultural de las emociones*. México: Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ahmed, S. (2017). *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Anzaldúa, G. ([1987] 2015). *Borderlands/La frontera: la nueva mestiza*. México: Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Carosio, Alba. (2007). La ética feminista: Más allá de la justicia. En: *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 28 (12), pp. 159-184. Consultado el 09 de octubre de 2023 Disponible en http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100009&lng=es&tlng=es.
- Cruz, D. (2023). Revisitando a cartografía Corpo-Território a partir da autoetnografía feminista. En: *Revista Altera*. Manuscrito en preparación.
- Femenías, M. L. (2007) Esbozo de un feminismo latinoamericano. En: *Revista de Estudios Feministas*, 1 (15), pp. 11-25. Disponible en doi:10.1590/S0104-026X2007000100002.
- Fontanela, M.; Britos, A.; Alvarado M., *et al.* (2023). Difracciones, articulaciones y coaliciones entre academia y activismos. En: *Revista Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones latinoamericanas*, 33 (12).
- Haraway, D. ([1991] 2018). *Manifiesto para Cyborgs. Ciencia, Tecnología y Feminismo Socialista a Finales del Siglo XX*. Argentina: Editorial Letra Svda. <https://www.milenio.com/estados/chiapas-habitantes-denuncian-ataques-violentos-grupo-armado>.
- Jiménez, A. (2023). En Chiapas, Habitante, denuncian ataques violentos de grupos armados. En: *Milenio*. Consultado el 28 de septiembre.
- La Jornada (2023). Los municipios y la seguridad pública. En: *La Jornada*, sección de Opinión. Consultado el 28 de septiembre. Disponible en <https://www.jornada.com.mx/2023/08/04/opinion/002a1edi>.
- Maffía, D. (2007). Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la Ciencia. En: *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 28 (12), pp. 63-98.
- Mandujano, I. (2023) Acusan a organización social afín al alcalde de Las Margaritas de destruir casas y desplazar a 27 familias. En: *Chiapas Paralelo*. Consultado el 28 de septiembre. Disponible en <https://www.chiapasparalelo.com/noticias/chiapas/2023/02/acusan-a->

organizacion-social-afin-al-alcalde-de-las-margaritas-de-destruir-casas-y-desplazar-a-27-familias/.

Mohanty, Chandra T. ([2003] 2020). *Feminismos sin Frontera. Descolonizar la teoría practicar la solidaridad*. México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México.

Ordaz, D. (2023). Narco el quinto empleador de México. En: *Aristegui, Portal de Noticias*. Consultado el 26 de septiembre. Disponible en <https://aristeguinioticias.com/2609/opinion/narco-el-quinto-empleador-de-mexico-articulo/>.

Sandoval, C. ([2000] 2015). *Metodología de la emancipación*. México: Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México.



FEMINICIDIOS: EL PERPETUO PESAR DE
UNA ESTRUCTURA DE LARGA DURACIÓN



FEMINICIDIOS: EL PERPETUO PESAR DE UNA ESTRUCTURA DE LARGA DURACIÓN

Karla Lizbeth Somosa Ibarra

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica

UNICACH

Introducción

El primero de enero de 2016, comencé una base de datos especializada en las muertes violentas de las mujeres de Chiapas, misma que es monitoreada a partir de los medios de difusión digitales, día tras día, mes tras mes, año tras año. Así, han transcurrido ya casi ocho años.

A esta base de datos la he nombrado: “Observatorio Feminista contra la Violencia a las mujeres de Chiapas” y es feminista, tal como mi posición política y mi formación académica, es decir, es una base de datos con perspectiva feminista. ¿Qué significa esto? Que cada periódico digital, post, nota, fotografía y línea que describen los hechos son atravesados por mi mirada, desde la cual se integra una modalidad que describe una metodología feminista.

He debido de profesionalizar la base de datos a lo largo de estos años. Ante cada conocimiento adquirido, propio de mi capital teórico, científico y social, replanteo nuevamente sus márgenes, modificando una por una las casillas y ampliando uno por uno los escenarios.

A pesar de todos estos replanteamientos que implican varias semanas de trabajo para comenzar de nuevo, hay una pregunta que siempre persiste: ¿Hasta cuando acabará la agonía de tantas familias? Con todo ello, abordar la categoría de feminicidio se ha vuelto imprescindible y en conjunto con los datos estadísticos, muy a mi pesar, me han llevado a engendrar una metodología.

En este capítulo se mostrará que el feminicidio —como expresión sistemática de violencia a las mujeres por razones de género y como categoría de análisis— es parte de una estructura histórica, en la cual es necesario organizar el análisis a partir de un feminicidio estructural y de un feminicidio coyuntural.

Primeramente, en el apartado: “Del homicidio de mujeres al feminicidio” se describirán las primeras definiciones de feminicidio. Me decantaré por dos modalidades de feminicidio, cruciales para las tipologías que se exponen en esta metodología: “el feminicidio íntimo” y “el feminicidio sexual-sistémico”, mismos que comprenden el segundo y tercer apartado. Finalmente, en el cuarto apartado: “Construcción histórica conceptual del feminicidio: una posición historiográfica” se expondrán las bases de los tiempos históricos de Fernand Braudel (*La Historia y las Ciencias Sociales*, 1970), para entender al feminicidio íntimo y al feminicidio sexual-sistémico como los feminicidios que encabezan en mayor medida el esquema estructural y coyuntural que

se propone para comprensión y trabajar un problema histórico, político y social en Chiapas.

Del homicidio de mujeres al feminicidio

El origen del concepto de *femicidio* o *feminicidio* puede remontarse al año 1974, durante el Primer Tribunal de Crímenes contra la Mujer, llevado a cabo del 4 al 8 de marzo, en Bruselas. El Tribunal, inspirado a su vez por el Tribunal Internacional sobre Crímenes de Guerra cometidos en Vietnam (Russell; Van De Ven, 1990), fue organizado por la activista feminista sudafricana Diana Russell y la periodista belga Nicole Van De Ven. Ahí se enunció por primera vez el término *femicide*¹⁶:

Debemos darnos cuenta de que muchos homicidios son, en realidad, femicidios. Debemos reconocer la política sexual del asesinato. A partir de fenómenos como la quema de brujas en el pasado, o la reciente extensión de la costumbre de infanticidios femeninos cometidos en muchas sociedades, o el asesinato de mujeres por “honor”, nos damos cuenta que los femicidios ocurren desde hace mucho tiempo. Pero como involucra a meras mujeres, no

¹⁶ La traducción de feminicidio al español ha sido objeto también de debate, México ha considerado el uso de la categoría feminicidio elaborada por Lagarde (2006) tomada de Russell, pero refundada con la inclusión de la impunidad del Estado. La mayoría de los países de América Latina lo traducen como *femicidio* y la misma Russell ha expresado estar de acuerdo con esta opción debido a que, a su parecer, quedarían fuera del delito los casos en los que sí ha habido una incorrecta intervención del Estado (Russell s/f). Monárrez considera que lo más correcto, según las raíces latinas *fēmina* -mujer- y *caecedo*, *caesum* -matar-, más la tercera declinación del latín -i- que une las palabras, resulta en *feminiscidium* o feminicidio (Monárrez, 2008).

había un nombre para designarlo antes de que el término femicidio fuera acuñado.”¹⁷ [...] Aunque mi declaración ante el Tribunal Internacional no proveyó una explícita definición de femicidio, asumía que el término refiere al asesinato misógino de mujeres y niñas (Russell, s/f, s/p).

Dos años después, en 1976, Russell y Van De Ven documentaron el Tribunal en el libro *Crimes Against Women: The Proceedings of the International Tribunal* y, en 1992, Diana Russell y Jill Radford compilaron la antología titulada *Femicide: The Politics of Woman Killing*¹⁸, en donde Russell explicó el surgimiento de la compilación y su primera noción de *femicide* como un asesinato dirigido a las mujeres *por el simple hecho de ser mujeres*, concepto que, explican, no debería asimilarse a la noción neutral y generalizada del delito de *homicidio*, pues tiene condicionamientos propios:

¹⁷ La primera definición durante el Tribunal de 1974 es recuperada por Russell durante su discurso en el Simposio de Naciones Unidas en Viena, en noviembre del 2012.

¹⁸ La edición en español fue titulada como *Femicidio. La política del asesinato de las mujeres* y fue posible gracias a la Comisión Especial para Conocer y Dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Femicidios en la República Mexicana, la Procuraduría de Justicia Vinculada coeditó la compilación junto al Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la UNAM. El libro está compuesto por seis partes con el fin de dotar una dimensión histórica al problema teórico. La primera parte tiene el objetivo de demostrar que el femicidio es un fenómeno tan antiguo como el mismo patriarcado; la segunda, tiene la intención de evidenciar el mito generalizado sobre el hogar como el espacio más seguro para las mujeres; la tercera, se enfoca en la complejidad racial de las víctimas; la cuarta, exhibe la violencia que reproducen los medios de comunicación; la quinta, se centra en la respuesta del sistema legal y la parte seis redirige el tema hacia la actividad feminista que está respondiendo al problema. Posteriormente fue publicada una segunda parte, titulada *Atracciones fatales*.

La primera noción que me llegó sobre el término feminicidio fue cuando en 1974 una conocida me dijo que la escritora estadounidense Carol Orlock estaba preparando una antología sobre feminicidio. Si bien su libro nunca se publicó, y yo no tenía idea de cómo ella había definido esta nueva palabra, reverberó poderosamente en mí como un vocablo que debería referirse a la muerte de mujeres ocasionada a manos de hombres por *el simple hecho de ser mujeres*. Desde hace mucho necesitábamos un término como éste, como una alternativa al *homicidio* que es neutral en el sentido de género (Russell, 2006, p. 24).

En un principio, las primeras definiciones de la conceptualización *femicide* llevaban dentro de sí el componente *misoginia* (odio/rechazo hacia las mujeres). Jill Radford (2006b), por ejemplo, lo describe como un: “asesinato misógino de mujeres cometido por hombres; es una forma de violencia sexual” (p. 33). Incluso observa lo problemático que resulta para el estudio de este fenómeno, el hecho de que raramente se esté considerando a la misoginia como un factor determinante que desencadena el delito: “desafortunadamente muy pocas personas están, incluso ahora, familiarizadas con esta palabra. Más problemático todavía: es muy raro que se reconozca a la misoginia como un factor determinante en muchos casos del asesinato de las mujeres” (p. 24).

En estas primeras definiciones, el *femicide* también era entendido como un *crimen de odio* mortal, basado en el género o en la orientación sexual; este *crimen de odio* también sería de-

finido como un continuo de terror sexista dirigido a las mujeres que conlleva tortura hasta desembocar en la muerte:

El feminicidio es el extremo de un *continuum* de terror antifemenino que incluye una gran cantidad de formas de abuso verbal y físico: como violación, tortura, esclavitud sexual (particularmente en la prostitución), incesto y abuso sexual infantil extrafamiliar, maltrato físico y emocional, hostigamiento sexual [...], mutilación genital [...], operaciones ginecológicas innecesarias [...], heterosexualidad forzada, esterilización forzada, maternidad forzada [...]. Siempre que estas formas de terrorismo resultan en muerte, ellas se transforman en feminicidio (Caputi y Russell, 2006, pp. 57-58).

Dentro de las primeras metas por categorizar al feminicidio en la segunda antología *Feminicidio: una perspectiva global*, editada en su versión en inglés por Diana Russell y Roberta Harmes, en el 2001, continúa la comprensión del concepto “como el asesinato de mujeres a manos de hombres debido a que son mujeres [...] cuando los hombres matan a mujeres o jovencitas, el poder dinámico de la misoginia y el sexismo casi siempre se ve involucrado” (Russell, 2001, p. 58). Se hace hincapié en que este tipo de asesinato se lleva a cabo sobre las mujeres, por el sólo hecho de ser mujeres. La meta de esta edición es la comprensión del elemento sistémico global que desarrolla el feminicidio como fenómeno social, presente en distintas áreas geográficas y que, por tanto, requiere de acciones globales urgentes.

Hoy en día, definir el feminicidio como un crimen que se ejerce sobre el cuerpo de las mujeres “por el simple hecho de ser mujeres”, resulta problemático, es descrito por la generalidad como limitante y reduccionista. Esto se debe a la falta de conocimiento teórico-genealógico, así como a la misma evolución de la categoría “mujer” por la ciudadanía en general. Melgar, por ejemplo, menciona que la expresión ya ha sido empleada de manera muy arbitraria y que por ello es necesario el uso de otras autoras que acotan el concepto de manera más útil: “de otra manera la prensa lo emplea como equivalente de homicidio de mujeres y habla de feminicidios como si cada asesinato fuera uno” (2008, p. 16).

Sin embargo, ¿cuál era el sentido de la insistencia de la sentencia *sólo por ser mujer* en un contexto específico en el que la ausencia terminológica era un síntoma del poco conocimiento del fenómeno? La insistencia, a mi parecer, se encuentra en las fundamentaciones epistémicas heredadas del feminismo radical. Paralelo a esto, uno de los mayores conflictos para la aceptación de la expresión, es el hecho de que el crimen letal lo comete el *hombre sólo por ser hombre*. Como he dicho, esta tremenda generalización sólo es comprensible desde la misma base teórica filosófica y crítica impulsada por el feminismo radical: el *hombre* y la *mujer* son formas sociales e históricas, articuladas en pactos sociales que desarrollan las relaciones de poder entre los sexos.

Una de las misiones que ha llevado a cuestras la teoría feminista enfocada al estudio del feminicidio es la desmitificación de estas formas sociales, dejando en claro que fuera

del entramado simbólico, los feminicidas son hombres comunes, no son dioses con la capacidad de transmutarse en la carga sexual, irrefrenable e indómita que tanto caracteriza al crimen sexual: “al igual que con la violación, la mayor parte de los asesinos de mujeres son esposos, amantes, padres, conocidos y extraños que no son producto de alguna extraña desviación” (Caputi y Russell, 2006, pp. 55-56).

Marcela Lagarde (2006) publicó la primera edición de la antología en español de Russell y Harmes, *Femicide: a global perspective*, en la que explicó la modificación del concepto de femicidio/femicide de Russell y Van de Ven por feminicidio, con ello configuró su propia categoría, en la que el feminicidio no contemplaba únicamente una relación binaria víctima-victimario, sino que el Estado es partícipe en esta relación. Entonces, afirma Lagarde:

Mi intención fue aclarar, desde el término mismo, feminicidio, que no se trata sólo de la descripción de crímenes que cometen homicidas contra niñas y mujeres, sino de la construcción social de los crímenes de odio, culminación de la violencia de género contra las mujeres, así como de la impunidad que los configura. Analizado así, el feminicidio es un crimen de Estado, ya que éste no es capaz de garantizar la vida y la seguridad de las mujeres en general, quienes vivimos diversas formas y grados de violencia cotidiana a lo largo de la vida (2006, p. 12).

Lagarde (2005a) hace un recuento de la genealogía del concepto de feminicidio, así como la distinción entre un homicidio

de mujer, un homicidio como privación de la vida, y un feminicidio, enmarcando los rasgos en un contexto histórico del panorama de los crímenes de odio, los crímenes contra niñas y mujeres y la violencia histórica patriarcal. También hace hincapié en la distinción del concepto de violencia institucional a partir de la condición de género, como la pobreza extrema que precariza la vida de las mujeres; pero también la desigualdad jurídica, política y cultural en los distintos espacios que están correlacionados con los horarios, el acceso a la educación, la representación en los espacios públicos, la edad en la que se presentan los mayores picos de violencia, los lazos consanguíneos de los agresores, etc.

Posteriormente, la categorización de feminicidio obtuvo mayor complejidad al construir escenarios y tipos dentro de la misma categoría. El *feminicidio íntimo*, por ejemplo, corresponde a un tipo de feminicidio en donde el agresor es la pareja sexoafectiva de la víctima dentro de un escenario de violencia familiar, cuyo crimen podía ocurrir dentro y fuera del hogar. Más adelante, el feminicidio sexual sistémico cubriría un escenario estructural más complejo, que incluye dentro de sí un asesinato sexual acompañado de rituales en el cuerpo de las víctimas y en el espacio donde este es arrojado. Veremos estos tipos con más detenimiento.

El feminicidio íntimo

El *feminicidio íntimo*, definido por Ana Carcedo y Montserrat Sagot como “aquellos asesinatos cometidos por hombres con quien la víctima tenía o tuvo una relación íntima, familiar, de

convivencia, o afines a éstas” (2000, p. 14), comenzó como un subgrupo de casos de mujeres víctimas de homicidio, en el que las mujeres eran asesinadas por sus parejas íntimas. La continuidad y reiteración del crimen generó que en las investigaciones se indagara primeramente al esposo y después al amasiato como protocolo (Stout, 2001). Jacquelyn Campbell y Carol Runyan (Russell, 2001) prefieren el uso de *feminicidio de pareja íntima* en contraste con el de *feminicidio íntimo*, porque consideran que este último se abre erróneamente a los casos en los que el feminicida es el padre u otros miembros de familia, lo que genera una confusión con respecto a quién ejerce el crimen. Hoy en día, está incluido en el *feminicidio familiar*.

Para Rosemary Gartner *et al.* (2001) el *feminicidio íntimo* contrastaba de la literatura de la violencia conyugal, caracterizada por grandes tensiones emocionales cotidianas. La violencia de género se volvió un cariz importante en estos estudios, en donde el poder, el control y la dominación resultan el común denominador en la violencia conyugal y el feminicidio íntimo. Otro elemento importante es el “sentido de propiedad” sexual y reproductiva de las mujeres, cuya repetición se encuentra a través de todas las culturas y épocas históricas.

En Ronald Mowat (citado en Wilson y Dale, 2006) una proporción pequeña de feminicidas son encontrados imposibilitados de resistir un juicio y encontrados no culpables debido a un trastorno mental, la condición psiquiátrica es denominada celos mórbidos. Sin embargo, explican Margo Wilson y Martin Dale, los feminicidas por celos no son considerados locos; estar celoso no solo es visto como algo normal, sino que es un celoso violento normal, al menos duran-

te el crimen al calor de la pasión: “los hombres exhiben la tendencia a pensar que las mujeres son una ‘propiedad’ sexual y reproductiva que pueden poseer o intercambiar. Denominar a un hombre ‘propietario’ sexual es conceptualmente similar a llamarlo ‘celoso’ sexual” (p. 182).

El feminicidio sexual sistémico

Julia Monárrez (2009) también explora los aportes de las vertientes conceptuales feministas y no feministas para reflexionar en torno a una mejor categorización de las muertes violentas de mujeres. El concepto de feminicidio como propuesta feminista, la lleva a elaborar la categoría de “feminicidio sexual-sistémico”, como una política de la sexualidad en el sistema patriarcal; es decir, un asesinato sexualmente político. Aquí una de sus primeras definiciones:

Es el asesinato codificado de niñas y mujeres por ser mujeres, cuyos cuerpos expropiados han sido torturados, violados, asesinados y arrojados en escenarios transgresivos, por hombres que hacen uso de la misoginia y el sexismo, para delinear cruelmente las fronteras de género por medio de un terrorismo de Estado, secundado por los grupos hegemónicos, que refuerza el dominio masculino y sujeta a familiares de víctimas y a todas las mujeres a una inseguridad crónica y profunda, a través de un período continuo e ilimitado de impunidad y complicidades (Monárrez, 2004, p. 9).

La formulación del “feminicidio sexual” de Monárrez opera como una alternativa al desarrollo jurídico no feminista que enfrenta la misma problemática: “En relación con el último término, es preciso decir que a Robert K. Ressler, considerado uno de los pioneros en perfilar asesinos seriales y resolver crímenes sexuales [...] se le debe el término asesino serial, acuñado en los años setenta” (Monárrez, 2009, p. 52). Así,

El homicidio sexual, aseguran, es un acto con las siguientes evidencias y observaciones: la víctima puede estar vestida, o desvestida, exposición de las partes sexuales del cuerpo de la víctima, introducción de objetos en las cavidades del cuerpo de la víctima, evidencia de actividad sexual sea ésta anal, vaginal u oral; también puede haber evidencias de que hay sustitución de la actividad sexual por la fantasía sádica y el cuerpo de la víctima se deja en posturas sexuales (1995: xiii). Todos estos crímenes son por naturaleza sexuales, aun cuando no se haya completado el acto sexual con la víctima (Ressler y Shactman, en Monárrez, 2009, p. 53).

No obstante, dentro de todas estas observaciones “seriales”, explica Monárrez, se dejan fuera a muchas más condicionantes que ya han sido contempladas y estudiadas desde la configuración epistémica feminista relativa al sistema sexo-género desde hace más de medio siglo:

El asesinato de mujeres es habitual en el patriarcado. Sin embargo, el siglo XX ha sido conocido por una nueva forma de crimen en contra de las mujeres, el cual

incluye tortura, mutilación, violación y asesinato de mujeres y niñas. La frecuencia y recrudecimiento de los actos ha llevado a Caputi a denominar nuestra época como la “era del crimen sexual” [...] Lo que es importante “es la erotización del acto de matar” [...] Jane Caputi contesta que la degradación del sexo y el exterminio de las mujeres, sólo puede ser entendido en un mundo fálico en el que el pene puede ser utilizado como un arma y al mismo tiempo un arma puede ser utilizada como un pene. “Sólo en ese mundo el asesinato sexual puede llegar a ser un sacrificio ritual y una ruta a la ‘inmortalidad’” (Monárrez, 2009, pp. 47-58).

Por otro lado, la contribución teórica de Jules Falquet (2017) adiciona a la globalización, neoliberalismo y desmoronamiento del Estado, como elementos en los feminicidios de Ciudad Juárez, una característica racista en los crímenes: “Al alejarnos un poco de la explicación ‘es pura misoginia’, recordemos que antes que nada, los principales blancos de los feminicidios más “emblemáticos” de Juárez no eran mujeres cualesquiera. Decenas de cadáveres eran los cuerpos de esa mano de obra a menudo migrante, joven y morena, que intenta ganarse la vida de los intersticios que les deja el desarrollo neoliberal de la frontera” (Falquet, 2017, p. 18). Falquet pone el dedo en la convergencia entre las dinámicas racistas, clasistas y sexistas propias del patriarcado.

Las masacres y las violaciones en las guerras se dan con mayor continuidad en zonas rurales e indígenas, pues en éstas, aclara Falquet, se encuentran las principales riquezas energé-

ticas, mineras e hídricas y la fuerza pública del Estado, como el ejército, la policía y paramilitares se encuentra protegiendo a las empresas transnacionales en poblaciones rurales e indígenas. Mercedes Olivera (2004) también nos recuerda que la interculturalidad: “siempre debe contextualizarse como parte de la situación económica y política a nivel personal, local, regional y nacional y de las consecuentes relaciones desiguales (género, clase, etnia, edad...) en que viven los agentes que intervienen en el proceso” (p. 45). De esta manera se comprenden las contradicciones de los poderes que juegan con los intereses económicos y políticos.

Construcción histórica conceptual del feminicidio: una posición historiográfica

Actualmente, la categoría de feminicidio está ampliamente posicionada en el ámbito legal y, como se ha señalado, ya cuenta con un recorrido importante que parte en sus inicios del periodismo y la antropología. Aunque la definición, caracterización y consiguiente acepción jurídica es relativamente nueva, su construcción, uso y tipificación son una conquista histórica académica, feminista e institucional, que aún continúa en formación y consolidación como un péndulo que vira entre la academia feminista y las feministas en las instituciones entre fines del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Generalmente, cuando planteo ante un público diverso que los feminicidios se han incrementado y agudizado durante el proceso de adopción de políticas neoliberales para la inserción de México a la globalización, la respuesta es la

misma: “no, los feminicidios siempre han existido, no son producto del neoliberalismo”. Estos años de trabajo me han llevado a considerar que ambas aseveraciones son correctas y, para explicarlo, propongo reabrir el feminicidio como categoría de análisis en términos del planteamiento Broudeliano; es decir, el tiempo de la larga duración o largo aliento y el tiempo de la coyuntura o tiempo medio, dando lugar a la configuración de dos tipologías que abarcan, por un lado, un tipo de feminicidio estructural; por el otro, un tipo de feminicidio coyuntural. Se comprenderá que tal división ayuda a entender el fenómeno en una proyección local, y a la vez global, dotándolo de los elementos regionales y políticos.

Han pasado varias décadas desde que Braudel (1970) entendió la ambiciosa tarea de categorizar las bases del tiempo según su duración, dejando de lado los cúmulos de fechas cronológicas que caracterizaban la historia lineal. La categorización de Braudel es la siguiente: el tiempo geográfico, de muy largo aliento o muy larga duración; el tiempo estructural o tiempo largo, en donde se encuentra la arquitectura social que dota de elementos culturales difíciles de mover en las civilizaciones; el tiempo coyuntural o tiempo medio, que mide los ciclos económicos o las coyunturas entre varias generaciones y el *événementielle* o tiempo corto, propio de los acontecimientos individuales, explosivos, que apenas se advierten por la rapidez de su acontecer, es decir, el tiempo de la política.

Antes de abordar los tiempos, recordemos que Carmen Ramos (1992) pone el dedo en cualquier ejercicio de periodización y nos menciona que es imprescindible revisar los pe-

riodos de tiempo o los procesos históricos desde la perspectiva de las mujeres, además de la revisión de los efectos que estos tienen en lo social y desde la complejidad de la clase y la raza, pues los problemas son distintos según el sexo:

Se ha señalado que la periodización usada como parteaguas en la historia masculina es muy diferente al de la femenina y que los momentos cruciales de cambio tienen efectos diferentes en ellas y en ellos. Para poner un ejemplo común, la modificación de los ciclos de reproducción tiene mucha más trascendencia como momento de cambio para la vida de las mujeres que para los hombres, el uso de nuevas tecnologías anticonceptivas o la disminución de mortalidad infantil, afecta mucho más la vida de las mujeres que de los hombres. Sobre el mismo tema Edward Shorter afirma que hasta fines del siglo pasado la vida de la mujer estaba condicionada por su función reproductora y que el evento más importante en la vida de una mujer era la supervivencia o no al parto (Ramos, 1992, p. 14).

Partiendo de la idea del parteaguas de la historia femenina ¿quién decide sobre la vida y la muerte de las mujeres o en qué condiciones de vulnerabilidad se encuentran sobre la mesa de debate cada que cambia “la situación de las mujeres en relación con la de los hombres en el contexto de la sociedad global” (Ramos, 1992, p. 15)? En este sentido, ¿qué rol juega la vida y la muerte de las mujeres en un contexto de globalización del crimen y de la economía?

Los feminicidios se han definido bajo distintas ópticas, pudiendo diferenciar con ello otras alternativas de rastreo y resolución. Por ejemplo, Rita Segato (2013) expresa que los feminicidios acaecidos en Ciudad Juárez no son crímenes de género comunes, sino crímenes corporativos, de segundo Estado o Estado paralelo; para ello se apega a la categoría de Estado dual de Giorgio Agamben, en donde se describe el funcionamiento de los regímenes totalitarios como el nazismo y el fascismo:

Pero ¿qué Estado es ese?, ¿qué liderazgo es ése que produce el efecto de un totalitarismo regional? Es un segundo Estado que necesita un nombre. Un nombre que sirviera de base para la categoría jurídica capaz de encuadrar en la ley a sus dueños y la red de complicidad que controlan. Los feminicidios de Ciudad Juárez no son crímenes comunes de género sino crímenes corporativos y, más específicamente, son crímenes de segundo Estado, de Estado paralelo. [...] Son más próximos a los crímenes de Estado, crímenes de lesa humanidad, donde el Estado paralelo que los produce no puede ser encuadrado porque carecemos de categorías jurídicas para encuadrarlos y tornarlos jurídicamente inteligibles, clasificables: no son crímenes comunes, o sea, crímenes de género de motivación sexual o de falta de entendimiento en el espacio doméstico, como afirman frívolamente agentes de la ley, autoridades y activistas. Son crímenes que podrían ser llamados de segundo Estado o crímenes de corporación, en los que la dimensión expresiva del control totalitario prevalece (Segato, 2013, pp. 41-42).

Si bien existe un contexto de criminalidad, no comparto la analogía de Segato respecto a los estados totalitarios, principalmente porque implementan una acción de persecución hacia todo aquello que es contrario al régimen o que presenta indicios de oposición, estableciéndose un objetivo político de eliminación de la pluralidad desde el propio aparato estatal. No existe una persecución, exterminio o femigenocidio de las mujeres por parte del Estado (aunque funcionarias y funcionarios públicos sean cómplices o aliados del crimen), porque las mujeres no somos un sector opositor a ningún régimen. Caso contrario, las mujeres somos comprendidas como mercancía-objeto de intercambio, a través de las redes de la criminalidad transnacional de la “*fratría* mafiosa”; por lo cual, lo que existiría es un fin económico y no político en sentido estricto desde el cual se desprende la muerte y violencia hacia las mujeres.

Es muy importante resaltar la advertencia que realiza Segato sobre los feminicidios en Ciudad Juárez, al señalar que no son crímenes de género comunes, con motivaciones sexuales o relacionados a la violencia familiar; dicho de otra manera, Segato advirtió que estábamos frente a una nueva modalidad de crimen con carencia en los elementos jurídicos para encuadrarla en su momento. Por lo tanto, para la comprensión de esto último, es relevante redirigirnos a los tiempos históricos en los que se presenta este delito.

El feminicidio o “crimen común de género” del que hace referencia Segato, es el *feminicidio íntimo*, una modalidad de feminicidio que según la acepción general “siempre ha existido”¹⁹, pues

¹⁹ “Dobash y Dobash (1979) hicieron la crónica de la historia de la mujer golpeada y la esposa asesinada desde épocas tan antiguas como el año 753 a. C.”

se mueve en el tiempo de la larga duración, el tiempo de las grandes estructuras sociales, ensamblajes culturales y cárceles mentales de las que nos hablaba Braudel. Considero que esta modalidad de feminicidio también se relaciona al feminicidio *no íntimo*, el feminicidio *familiar*, el feminicidio *infantil*, el feminicidio *por conexión*²⁰, incluso el feminicidio por ocupaciones estigmatizadas, pues todos los mencionados son feminicidios fuertemente articulados a las relaciones de poder que conllevan el pacto patriarcal original de las relaciones de género y del mismo sistema de parentesco enraizado al tiempo de la larga duración histórica. Llamemos a este esquema: feminicidio estructural.

En cambio, los feminicidios mediáticos de Ciudad Juárez (categorizados como feminicidios sexuales-sistémicos por Monárrez²¹) son producto de nuestro tiempo, son feminicidios que entran en un cuadro coyuntural; es decir, surgen dentro de un proceso histórico coyuntural (tiempo medio de Braudel) derivado y afianzado por el proceso de globalización (por la vía neoliberal). Los victimarios son sujetos desconocidos por las víctimas, sin relaciones de parentesco, no son feminicidios por odio, sino por fines económicos, al igual que el feminicidio por trata o por tráfico. A esta tipología la he llamado feminicidio coyuntural.

(Stout, 2001, p. 120-121).

²⁰ Ya descritos por Carcedo y Sagot (2000), en uno de los escritos pioneros para los estudios sobre los feminicidios y la violencia a las mujeres, *FEMINICIDIO en Costa Rica 1990-1999*, que retoman de Russell por estar presentes también en el caso latinoamericano.

²¹ Monárrez, a partir de la configuración de su base de datos en Ciudad Juárez, construye la categoría de Feminicidio sexual-sistémico, que está subdividido en: organizado y desorganizado.

Conclusión

Si el elemento articulador del feminicidio íntimo es la larga duración, el feminicidio sexual-sistémico (organizado o desorganizado) contiene elementos coyunturales, en donde la clase social y/o la situación migrante de las mujeres es una característica destacable. La desigualdad enmarcada en las víctimas y la corrupción son elementos siempre presentes, al igual que la transgresión y la sexualización de los espacios en donde los cuerpos son arrojados. Hay varios principios delictivos que se articulan en estos feminicidios, como el secuestro, la tortura y una red de feminicidas operando detrás de los hechos desde todas las fronteras de México y América Latina.

Sí, es un problema estructural, pero dentro de la estructura del capital es una coyuntura económica propia del proceso de globalización en la vertiente neoliberal. Por tanto, en el esquema del feminicidio coyuntural, en cuanto se trata de feminicidio sexual sistémico, el capitalismo y el patriarcado es la estructura; el neoliberalismo es su coyuntura y el proceso se desarrolla con el avance de la globalización a finales de los 90, dentro de una interculturalidad propia de los pueblos originarios y de la población migrante.

El objetivo del presente capítulo fue plantear la evolución y complejización teórica-metodológica del feminicidio abriendo la categoría al tiempo histórico. Una vez realizadas estas categorizaciones ¿cómo podemos entender la manifestación de los feminicidios descritos a partir de las regiones administrativas de Chiapas, en correlación a las políticas de atención y prevención?

Para ello debemos abordar el concepto hacia la tipificación del delito y su desarrollo desde las funciones gubernamentales.

Para la base de datos, la metodología utilizada fue la tipología de feminicidios formulada por el Protocolo Latinoamericano de Investigación de las Muertes Violentas de mujeres por razones de género (femicidio/feminicidio), registrada por el Observatorio Feminista contra la Violencia a las Mujeres de Chiapas desde el 1 de enero de 2016. En esta base se ordenó a partir de las muertes violentas de mujeres (como homicidios dolosos y culposos, suicidios con y sin carta póstuma, accidentes por causa de fuerza mayor o fortuitos) y los feminicidios reflejados en los medios de información periodísticos virtuales enfocados en el estado de Chiapas, que da como resultado una aproximación de feminicidios según la región administrativa del estado de Chiapas en la que se presentan con mayor índice.

Con lo anterior, se explica la emergencia de feminicidios distintos, dos tipologías que dependen de su espacio y contradicción, a partir de la relación que se establece con los mercados en la economía global legal e ilegal, por lo tanto, ha dotado a la tipología de ambos feminicidios de elementos regionales y políticos que se destacan en los hallazgos de los dos últimos apartados en su relación a la fragmentación estatal y a su debilidad institucional. En Chiapas hay dos feminicidios que atender: el feminicidio íntimo, que es estructural; y el feminicidio sexual-sistémico, que es coyuntural. El descubrimiento de cómo surgen se evidencia a partir de los datos del Observatorio Feminista contra la Violencia a las Mujeres de Chiapas y la comprensión de éstos desde su propia duración histórica.

Para la configuración del feminicidio sexual-sistémico se ha retomado la categoría de Monárrez, una categoría ampliamente trabajada y focalizada en la región norte del país desde inicios del 2000, a raíz de los feminicidios en Ciudad Juárez ligado a las maquilas. La categoría de Monárrez explora ampliamente las contribuciones marxistas sobre la clase social, en donde las mujeres tienen una característica dual como mercancías: mujer/mercancía fetichizada en escenarios transgresores, también fetichizados. Se agrega a esta categoría las contribuciones de Falquet y Olivera en donde las dinámicas racistas también son evidentes en las zonas indígenas propias del estado de Chiapas para localizar las contradicciones y confrontaciones enmarcadas en los cambios interculturales, racistas y desiguales que también enfrenta la población migrante en esta entidad federativa.

La vida y la muerte de las mujeres en Chiapas se juega entre el crimen y la economía, en un contexto de globalización a partir de la comprensión de estos dos escenarios y las autoridades que, poco conscientes de cómo han emergido estas modalidades, no encaminan sus acciones de seguridad y prevención con una especificidad eficaz y asertiva a la dinámica regional en la que se encuentran.

REFERENCIAS

- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Caputi, J. y Russell, D. (2006). Feminicidio: Sexismo terrorista contra las mujeres. En Russell D. y Radford, J. (eds.), *Feminicidio. La política del asesinato de las mujeres* (pp. 53-69). Diversidad Feminista/UNAM;

Comisión Especial para dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia.

Carcedo, A. y Sagot, M. (2000). *Feminicidio en Costa Rica, 1990-1999*. Costa Rica: INAMU.

Falquet, J. (2017). *Pax Neoliberalia. Perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres*. Buenos Aires: Madre Selva.

Gartner, R.; Dawson, M y Crawford, M. (2001). Asesinato de mujeres: feminicidio íntimo en Ontario: 1974-1994. En Russell y Harnes (eds.), *Feminicidio: una perspectiva global* (pp. 297-343). México: CEIICH-UNAM; Cámara de Diputados LXI Legislatura; Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada.

Lagarde, M. (2005). ¿A qué llamamos feminicidio?. Disponible en https://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/marcela_lagarde/feminicidio.pdf.

Lagarde, M. (2006). Presentación a la edición en español. En Russell y Harnes (eds.), *Feminicidio: una perspectiva global, Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia Vinculada* (pp. 11-14). México: UNAM.

Melgar, L. (2008). Entrevista Lucía Melgar Palacios. En: *Humanidades y Ciencias Sociales*, 16, pp. 16-19.

Monárrez, J. (2004). Elementos de análisis del feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez para su viabilidad jurídica. En: *Seminario Internacional: Feminicidio, Derecho y Justicia*, México, D. F., diciembre 8-9, 2004. La Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República

- Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada. Disponible en <http://mujeresdeguatemala.org/wp-content/uploads/2014/06/Elementos-del-feminicidio-sexual-siste%CC%81mico.pdf>.
- Monárrez, J. (2008). El inventario del feminicidio juarensé. En *Revista Mujer y Salud*, RSMLAC, 4, pp. 30-45.
- Monárrez, J. (2009). *Trama de una injusticia. Feminicidio sexual sistémico en Ciudad Juárez*. México: Porrúa; El Colegio de la Frontera Norte.
- Olivera, M. (2004). Subordinación de género e interculturalidad mujeres desplazadas en Chiapas, en *LIMINAR. CESMECA-UNICACH*, 2 (1), pp. 1-49. Disponible en <https://liminar.cesmeca.mx/index.php/r1/article/view/142/126>.
- Radford, J. (2006). Introducción. En Russell D y Harmes R. (eds.) *Feminicidio, la política del asesinato de las mujeres* (pp. 33-52). México: Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia Vinculada; UNAM.
- Ramos, C. (1992). *La nueva historia, el feminismo y la mujer*. En Ramos C. (Comp.) *Género e historia: la historiografía sobre la mujer* (pp. 7-37). México: Instituto Mora.
- Russell, D. (2001). *Definición de feminicidios y conceptos relacionados*. En Russell y Harmes (eds.) *Feminicidio: una perspectiva global* (pp. 73-96). México: CEIICH-UNAM; Cámara de Diputados LXI Legislatura/ Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada.
- Russell, D. (2006). Prefacio. En Russell D y Harmes R. (eds.) *Feminicidio, la política del asesinato de las mujeres* (pp. 19-26). México: Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones

- Relacionadas con los feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia Vinculada; UNAM.
- Russell, D. (s/f). *El discurso de Diana Russell que definió al feminicidio*, Disponible en <https://www.cosecharoja.org/el-discurso-de-diana-russell-que-definio-al-femicidio/>.
- Russell, D. y Van Den Ven, N. (1990). *Crimes Against Women: Proceedings of the International Tribunal*, Russell Publications, Disponible en http://www.dianarussell.com/f/Crimes_Against_Women_Tribunal.pdf.
- Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. México: Tinta Limón.
- Stout, K. (2001). *Feminicidio íntimo: un panorama demográfico nacional*, en Russell y Harmes (eds.) *Feminicidio: una perspectiva global* (pp. 119-134). México: CEIICH-UNAM.; Cámara de diputados LXI Legislatura/ Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada.
- Wilson, M. y Dale, M. (2006). *Hasta que la muerte nos separe*. En Russell y Radford (eds.) *Feminicidio. La política del asesinato de las mujeres* (pp. 179-208). México: Diversidad Feminista/UNAM; Comisión Especial para dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia.



ALCANCES DE UNA FORMA DE
INVESTIGACIÓN FEMINISTA MILITANTE
EN CHIAPAS



ALCANCES DE UNA FORMA DE INVESTIGACIÓN FEMINISTA MILITANTE EN CHIAPAS

Marcela Fernández Camacho

Programa Investigadores e Investigadoras por México
CONAHCYT-Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Introducción

*El culto a los héroes, culto propio del discurso del poder,
es el mayor contrabando ideológico metido en los movimientos emancipatorios.*

Luis Mattini citado por Longoni (2000).

En otro lugar desarrollé la noción de una metodología militante al exponer sus características en el marco de una epistemología feminista indisciplinada (Fernández, 2021), señalé que las características de esta metodología partían de la búsqueda de horizontalidad, la implicación afectiva y el conocer para transformar; consideraba que esa manera de investigar pertenecía a un legado de investigación feminista participativa propia de Chiapas, un lugar permeado de activismo feminista y experimentación altermundista. Aquí daré continuidad de esta reflexión, discutir los alcances de

esa manera específica de investigar que llevé a cabo por varios años cuando era integrante de una agrupación de activistas feministas en Chiapas.

Chiapas es una de las 32 entidades federativas de México, colinda con Guatemala y, en 2020, el 28.2% de su población era hablante de lengua indígena (INEGI, en línea). Asimismo, fue la entidad con mayor grado de rezago social en el país en 2020 (CONEVAL, en línea). El racismo estructural: continuidad de la colonia, la llegada tardía del reparto agrario (Stahler-Sholk, 2011), el colapso de la economía finquera (Rus, 2012) y las reformas que posibilitaron la privatización de las tierras comunitarias, entre otras cosas, detonaron ahí el levantamiento armado zapatista de 1994 y la consiguiente guerra contrainsurgente. La implementación de políticas neoliberales, en el marco de relaciones neocoloniales, desembocó en aumento de la pobreza y en la conformación de una violencia crónica (Adams, 2017; Pearce, 2019). Este es el contexto en el que la agrupación feminista desplegaba sus acciones en la época en la cual milité.

Retomando nuestro tema de interés, Chiapas también es un lugar neurálgico para el despliegue de luchas político-epistémicas dadas por comunidades en resistencia y por militantes activistas feministas de distintos colectivos y organizaciones e insurrecciones que intentan desafiar el sistema académico para conducir a la búsqueda de nuevas metodologías y epistemologías, con el propósito de construir alternativas civilizatorias, sociales, políticas y epistémicas (Leyva, 2018). Por eso sostengo que la forma de investigar que aquí analizo abreva del legado de investigación feminista participativa que se ha desarrollado en

Chiapas (Hernández, 2018; Olivera, 2018; Leyva, 2018; Pearce, 2018, 2019; Cuero, 2023; Fernández, 2021; Mitjans, 2019, 2020; Ruiz, 2020; García y Morales, 2020).

Las que investigamos así consideramos que es indispensable incorporar los saberes de las personas que experimentan las violencias en su vida diaria y los de quienes las acompañan, debido a que no es adecuado diagnosticar realidades y hacer propuestas para el cambio al dejar fuera a sus principales protagonistas quienes, más que una fuente de información, son una fuente de conocimiento y de cambio (Pearce, 2019, p. 8).

En el caso de estudio, las personas que la agrupación acompañaba no participaban en todas las fases de un proceso de investigación porque no es posible debido a que, como lo desarrollaré, sus necesidades e intereses están centrados en sobrevivir a las situaciones límite en las que se encontraban y no en producir conocimiento formal. Sin embargo, como dije, se reconocían sus experiencias y la interpretación que ellas tenían como fuente de conocimiento y la investigadora/militante tuvo acceso a ello debido al acompañamiento que realizaba con la agrupación y a otras técnicas de investigación empleadas. Cabe destacar que durante estos años he utilizado, de manera preponderante, el método autoetnográfico.

La investigación militante de la que hablo implica la participación de la investigadora en procesos sociales, políticos y culturales que son objeto de estudio y en los que ella está colocada como parte de ese objeto, lo cual, desde el punto de vista feminista, implica un ejercicio de conocimiento situado (Haraway, 1995). También constituye un esfuerzo por contribuir a reducir la distancia sujeto/objeto, propia del modelo cartesiano que

instrumentaliza a las sujetas de estudio y que implica reconocer que la construcción de conocimiento es parcial, pero esto “no constituye un límite investigativo sino un punto de partida que forma parte de un posicionamiento feminista desde el que entendemos la objetividad y la producción de conocimiento a partir de la localización y lo encarnado” (Pons, 2018, p. 28).

Además, el modelo cartesiano deja fuera de la producción de conocimiento el papel de las emociones, pero conectar afectivamente es la manera de comprometernos con nuestras sujetas de estudio, lo cual se liga con una reflexión ética de nuestras formas de investigar, de ahí que uno de los componentes de mi investigación militante fuera también la implicación afectiva que abrevó la manera de hacer y decir las cosas de las integrantes de la agrupación. Más allá, esta forma de investigar implica un compromiso social, una manera de explicarnos las condiciones de posibilidad de sistemas de dominación múltiples y un posicionamiento político frente a ello del que deriva, asimismo, una planeación de acciones enmarcadas en un proceso organizativo frente a esas realidades que buscamos explicar para transformar. Por eso, emerge la producción de conocimiento de la investigación militante a la que me refiero.

Sin embargo, en la presente contribución busco ampliar la interpretación de esta manera de investigación/militante, la parte que se refiere a los alcances prácticos de la aplicación de una ética-política propia de un modelo de militancia sostenida por la agrupación aceptada y practicada por mí, la investigadora/militante. Estos alcances prácticos me interesan, ya no frente a la población cuyos problemas concretos intentamos comprender e intervenir, sino frente a mi propia expe-

riencia de militante/investigadora. En concreto, comenzaré por examinar las experiencias de violaciones a derechos humanos que se intentaban explicar/intervenir, constituían situaciones límite vividas por las personas acompañadas, para las que urgían medidas impostergables que las militantes atendíamos. Continuaré exponiendo la existencia de un discurso y una práctica de priorización de la lucha social dentro de la agrupación en la que no encontré la manera adecuada de colocar la atención de mis propias necesidades. Concluiré al mostrar cómo este par de factores desencadenaron un desgaste físico y emocional que traté como externalidad, lo cual delimitó los alcances del tipo de investigación y nos condujo a la reflexión en torno a incorporar, críticamente, el tema del autocuidado en formas participativas de hacer investigación.

Investigar/militar en medio de situaciones límite

En una entrevista realizada en los últimos años de su vida, Mercedes Olivera explicó cómo unía la investigación con la acción política. Después de aludir a alguna anécdota, señaló: “No se podía ver nada más y estudiar, era necesario que se transformara... cuando lo ves en realidad [la situación de las y los campesinos], se te mete en el cuerpo y también te hace reaccionar de una manera que no puedes nada más estar escribiendo y analizando la situación, sino es una obligación moral y ética, mínima humana, intervenir en esta situación (Olivera en entrevista con Ruiz, 2020, p. 44). De hecho, cuando una milita/investiga en medio de situaciones límite, ligadas a la violencia extrema, no hay mucho tiempo para leer y escribir porque siempre parecerá más impor-

tante resolver los problemas relacionados con la vida, la salud o la libertad de las mujeres y sus hijas e hijos.

En efecto, los problemas en los que intervenía (y sigue haciéndolo) la agrupación feminista a la que pertenecí estaban relacionados con privaciones de la libertad injustas, criminalización de víctimas de violencia feminicida juzgadas sin perspectiva de género y sin debido proceso o tutela judicial efectiva; situaciones de riesgo de niñas y niños dejados en la orfandad por el encierro de sus madres, quienes como mujeres son las principales cuidadoras; carencias agudas de alimentos y otras necesidades básicas (de un mínimo vital) de las propias mujeres privadas de libertad y de sus familiares; necesidad de acompañamiento de madres, víctimas indirectas de feminicidio, que luchan desde el dolor; revictimización perpetrada por las autoridades en contra de mujeres en búsqueda de justicia; indolencia de las autoridades, principalmente de la Fiscalía General del Estado de Chiapas, por no investigar con debida diligencia reforzada la tortura, la violencia feminicida, la desaparición de niñas y adolescentes, en suma, violaciones a derechos humanos; muchas veces, al implicar acción criminal de las propias autoridades estatales; todo lo anterior, entre otras cosas.

Todas estas situaciones se trataban de situaciones límite, requerían de una respuesta integral, pero, más que ser atendidas por las instituciones del Estado, incurrieran regularmente en violencia institucional y discriminación, por decir lo menos. Entiéndase una situación límite como “experiencias vitales asociadas a la percepción de un peligro de muerte dentro de un contexto amenazador e ineludible” (Lira, 2010, p. 18). Se tratan de experiencias de alta crueldad que vulne-

ran las certezas más básicas de las personas acompañadas y, al mismo tiempo, resquebrajan sus mundos.

Es por eso que las situaciones, como comenta Olivera, se te meten en el cuerpo y te obligan a reaccionar si tienes la disposición psíquica para hacerlo y, más aún, si tienes un posicionamiento político feminista. Además, los acontecimientos que provocaban nuestra intervención estaban inmersos en un contexto de violencia crónica enraizada en las interacciones sociales que forjan subjetividades afectadas en su capacidad para construir y mantener relaciones familiares y sociales constructivas (Pearce, 2019, p. 12).

Sumado a lo anterior, cabe aclarar que este contexto, como todos, también estaba atravesado por relaciones de poder en las que las militantes más comprometidas, por distintas razones, incluida yo en la época en la que participé, ocupábamos una posición de ventaja social frente a las personas acompañadas; por ejemplo, el acceso a la educación superior que es la condición de posibilidad para ocupar el lugar formal, académico, de productora de conocimiento, pero, al mismo tiempo, brinda herramientas jurídicas, psicológicas y de otra índole útiles para exigir a las autoridades la protección de los derechos humanos de las familias acompañadas en ámbitos jurisdiccionales y no jurisdiccionales; exigencia que cobraba forma y fuerza con el actuar colectivo de la agrupación. Pues bien, de acuerdo con la ética política de la agrupación, esas herramientas debían ser puestas al servicio de la lucha por la justicia y los derechos humanos. Y así se hacía.

Las necesidades de las mujeres y sus familias se multiplicaban a raíz de hechos victimizantes, se relacionaban con carencias

agudas para reproducir la vida y requerían de atención urgente. Es importante señalar que los ámbitos en los que se desenvolvía la agrupación incluían los de naturaleza jurídica estatal o sistemas normativos indígenas; en el primer caso, por ley, existen plazos fatales para interponer documentos jurídicos con los que intentábamos hacer efectivos los derechos humanos de las personas acompañadas. Los documentos jurídicos y las audiencias o cabildeos implicaban una labor de investigación y elaboración, a veces urgente, y yo fungía como abogada feminista, entre otras cosas. En ese sentido, el trabajo militante en los campos jurídicos es incompatible con la temporalidad hegemónica tradicional de los procesos investigativos (Aragón y Bárcenas, 2022, p. 17).

Además, como he profundizado en otro lugar (Fernández, 2022), realizábamos muchas otras actividades ligadas a resolver las aludidas necesidades para un mínimo vital, imposterables para las familias acompañadas, lo cual requería de una importante inversión de tiempo, energía y otros recursos. Esta forma de actuar era propia de un *modus vivendi* que moldeaba nuestras subjetividades conforme al modelo de militancia del que abundaré posteriormente, pero adelanto que se ligaba a la reacción militante ante situaciones límite de las familias acompañadas; implicaba, entre otras cosas, aprovechar el conocimiento de las personas comitivas junto con las ventajas sociales de algunas de nosotras que poníamos nuestros conocimientos formales al servicio de la lucha por la justicia y los derechos humanos. Esta lucha, como lo veremos a continuación, era lo más importante para la agrupación.

En síntesis: en un contexto de violencia crónica, las experiencias de violaciones a derechos humanos vividas por las

familias acompañadas por la agrupación feminista de la que fui parte y que, a través de la investigación/militante, intentaba comprender, pero también intervenir, implicaban situaciones límite que resquebrajaban los mundos de las personas acompañadas, donde también brotaban necesidades impostergables. Por esa razón eran experiencias que se te metían en el cuerpo y, al tener cierta disposición psíquica y un posicionamiento político feminista, no podías permanecer indiferente, esto era coherente con la ética política de la agrupación feminista sobre la que profundizaré enseguida.

La lucha es primero

En la agrupación feminista con la que militaba e investigaba, existía un discurso y una práctica de priorización de la lucha social que en otro lugar describí con la frase *hacemos las cosas a rajatabla*, aquí someto a una ampliación y revisión para abordar los alcances de una manera particular de militar/investigar (Fernández, 2022). Esta frase reflejaba uno de los principios fundamentales de la ética política de la agrupación. Hacer las cosas a rajatabla significaba resolver las necesidades impostergables de las personas que acompañábamos hasta conseguirlo, *sin tirar la toalla*. También significaba que la lucha era primero, las mujeres que acompañábamos y sus problemas eran lo más importante de atender, estaban por encima de todo. Mencioné que esto era fuente de constantes tensiones, conflictos y discusiones que, finalmente, desencadenaban la salida de participantes (Fernández, 2022), lo cual era lógico, pues si las necesidades de las militantes quedaban

en segundo plano, quedarse en la agrupación *de manera comprometida* implicaba, de alguna forma, una ética del sacrificio que algunas de nosotras decidimos aceptar, el cual moldeaba nuestras subjetividades, precisamente, como militantes.

En efecto, el modelo de militancia practicado en la agrupación feminista tenía algunas semejanzas con el descrito por algunas autoras y autores respecto de militancias político-religiosas en el Cono Sur, guardando las debidas proporciones, en las que: “hay un trabajo sobre el yo particular, se aprende a postergarse, a sacrificar el tiempo propio en pos de los tiempos que implica la causa... [y] la acción militante también se caracteriza por la marca del compromiso. Militar no es hacer política de cualquier manera, sino de forma *comprometida*” (Carbonelli *et. al.*, 2016, p. 102). Como señalé, en la agrupación este compromiso se aglutinaba en la frase: *hacemos las cosas a rajatabla* y también: *nunca tiramos la toalla*. Las frases reflejaban uno de los rasgos clave de la ética militante, esto es “la primacía de los objetivos colectivos por sobre los personales, la ‘causa’ por sobre el interés individual” (Carbonelli *et. al.*, 2016, p. 103), ética cuyo fundamento, para la agrupación, brotaba de una crítica al sustrato cultural narcisista del individualismo neoliberal (Fernández, 2022, p. 81).

En este punto, la cuestión de la sobrevivencia económica de las militantes es ilustrativa. La agrupación no recibía financiamiento y no era una de sus preocupaciones serias buscar fondos para retribuir el trabajo de las militantes, de manera que si deseabas permanecer *comprometidamente* debías buscar tus ingresos; sin embargo, lo último no era un obstáculo para exigirnos un alto grado de compromiso, promoviendo esta exigencia

mediante el culto a la abnegación y a una ética del sacrificio, es decir, un modelo de militancia cuya política es entendida como renuncia (Longoni, 2000). Además, bajo esta lógica cualquier logro académico o económico obtenido con la información de la militancia —previo acuerdo, pero con un esfuerzo investigativo independiente del trabajo de la agrupación— debía ser compartido con la agrupación; de no hacerlo, era visto como una traición por no ajustarse a la política de la renuncia y por ser tildado de individualismo neoliberal porque esa lógica constituía “unos principios de regulación a partir de los cuales se juzga la conducta” (Carbonelli *et. al.*, 2016, p. 103).

Este modelo de militancia también tiene sus semejanzas, toda proporción guardada, con el anarquismo comunista que, de alguna manera, fue inspiración para los movimientos armados sociales contemporáneos en México, incluido el Frente de Liberación Nacional ligado al Ejército Zapatista de Liberación Nacional —en cuyas bases participó en determinado momento alguna de las integrantes de la agrupación feminista como lo establecí antes (Fernández, 2022)—, movimientos en los que, con sus particularidades, se reprodujo la ética del sacrificio y la renuncia (Cedillo, 2008).

Según algunos autores bajo esta ética, supuestamente, el sacrificio radical denuncia la violencia estatal y realiza un gesto emancipatorio en donde la víctima (la militante) se convierte en agente de su propio sufrimiento y, de este modo, revierte las relaciones de poder entre opresores y oprimidos (Longoni, 2000, p. 97). Ese destino, además, —de preferencia— debe enfrentarse con serenidad y estoicismo (Longoni, 2000, p. 99), es cierto que se ha demostrado la participación de estos movi-

mientos, en lo que fue denominado la “guerra sucia”, contribuyó a la formación de una cultura de los derechos humanos en México (Cedillo, 2014); es decir, esos movimientos hicieron posible la existencia de una institucionalidad, discurso y normatividad de derechos humanos.

Sin embargo, desde una perspectiva feminista interseccional es necesario problematizar la pertinencia de tomar elementos de las ideologías de aquellos movimientos que poseían ciertos modelos de militancia, para fundamentar nuestras prácticas puesto a que algunos de esos elementos reproducen, hacia adentro de las organizaciones, prácticas de poder que incluso van más allá de los mandatos de género que configuran a las mujeres como cuidadoras o seres para otras personas. En ese sentido, es cierto que las actitudes de omnipotencia, es decir, de: todo lo puedo/podemos, son favorecidas por “unas condiciones de trabajo [que no permiten] dar importancia al desgaste emocional de [las militantes] ni tampoco al impacto de la escucha de historias terribles como consecuencia de trabajar con víctimas cuyas experiencias eran devastadoras” (Lira, 2010, p. 22). También cabe señalar que; aprendizajes de experiencias de acompañamientos en los ochenta, en el Cono Sur en contextos de dictaduras, toda proporción guardada, han demostrado cómo la actitud de omnipotencia se convierte en una reacción para intentar superar la impotencia que embarga a quienes trabajan en contextos de violencia (Lira, 2010).

No obstante, es importante vigilar que esas actitudes de omnipotencia no provengan de considerar “el sacrificio [como] un pasaje de la debilidad al poder” (Longoni, 2000, p. 102); en otras palabras, no provengan de considerar el sacri-

ficio como un gesto típico de héroe trágico que promueve un culto al heroísmo con tonos colonialistas, donde lo importante, en realidad, es preservar la integridad ética propia conforme a esas actitudes de sacrificio porque son heroicas y, por tanto, admirables, y en la que el instrumento para ello es el *ser para otras*. Porque si esto es así, ya no se trata de *ser para las otras* sino, en realidad, para una misma.

Lo anterior brinda las características del modelo de militancia de la agrupación feminista de la que era parte, en donde existía primacía de los objetivos colectivos por encima de los personales; es decir, la *causa* estaba sobre el interés individual. Como dije, esto implicaba una ética del sacrificio que aceptábamos y promovíamos quienes decidíamos pertenecer a la agrupación *comprometidamente* y que configuraba el marco de circunstancias en el que yo desplegaba la investigación militante.

En efecto, en estas circunstancias, no encontré la manera adecuada de colocar, en mi día a día, la atención de mis propias necesidades para reproducir adecuadamente mi vida, como veremos a continuación, eso desencadenó un desgaste físico y emocional que traté como *externalidad*, esto es un efecto negativo y costoso, por ello, consideré que la agrupación no tenía por qué asumirlo, lo cual delimitó los alcances de este tipo de investigación.

Una forma de investigación de carácter ambivalente

Los dos elementos desarrollados en los apartados anteriores: una interpelación a intervenir ante los problemas y necesidades impostergables de las familias víctimas de viola-

ciones de derechos humanos acompañadas; y un modelo de militancia en el que existía una primacía de los objetivos colectivos sobre los personales, cosa que implicaba una ética-política de la renuncia y el sacrificio, condicionaban de manera importante la investigación/militante que llevé a cabo durante aproximadamente siete años.

Es cierto que esta forma de militar/investigar, eminentemente cualitativa, arrojaba una comprensión profunda de las percepciones de las personas en torno a problemas, condiciones y situaciones analizadas, al igual que de sus contextos y las lógicas que permeaban en los mismos. La hondura de comprensión fue posible por la confluencia de los dos elementos aludidos, principalmente el segundo porque implicaba acompañamientos estrechos y duraderos, los cuales engendraban vínculos muy espesos que lo hacían posible. Además, la forma de militar/investigar constituye una ética de la investigación que colma, por mucho, el principio de reciprocidad con quienes se trabaja, reduciendo el grado de extractivismo académico (Fernández, 2021).

En efecto, esta forma implicada de investigar genera un nivel intenso de confianza y complicidad proporcional a la hondura de la comprensión de los fenómenos, porque implica la afectación propia, no como investigadora, sino como un sujeto más que siente, se relaciona y se transforma en el contexto y en el proceso junto con las otras (Pons, 2018, p. 48; Fernández, 2022). A lo anterior, Alba Pons lo ha llamado vulnerabilidad analítica (2018, p. 48) que, en términos epistemológicos, como dije, cuestiona la distinción entre sujeto/investigador y objeto/investigado y “convierte las capacidades sensibles de

la investigadora en una herramienta de análisis para construir conocimiento encarnado” (Pons, 2018, p. 49).

Sin embargo, esa vulnerabilidad se lleva al extremo cuando la práctica investigativa se da en el marco de un modelo de militancia que implica la aludida ética política del sacrificio y la renuncia. En ese sentido, la subjetividad política que se conforma en estas militancias se caracteriza, entre otras cosas, por una corporeidad militante: por un lado, un cuerpo festivo que celebra el cumplimiento de metas, se llena de satisfacción espiritual al ser testigo de las transformaciones de vida de las familias acompañadas y las nuestras; un cuerpo que come y bebe como compensación de las privaciones experimentadas cuando se ha logrado materializar un logro (Carbonelli, 2016, p. 104). Aunque, debido a las renunciaciones y sacrificios, se convierte en un cuerpo cansado y dolido: “[un] cuerpo desgastado, producto del tiempo y las energías consagradas a la causa colectiva. Un cuerpo sufrido, donde las incomodidades producen secuelas, pero [las] militantes [no deberían quejarse]” (Carbonelli, 2016, p. 104).

Cuando se milita/investiga de esta manera, el cuerpo desgastado acaba por rebasar el cuerpo festivo, sobre todo cuando no está clara la línea entre la labor de producción de conocimiento y las actividades de intervención (Pearce *et al.*, 2019, p. 61). Como podrán ver, se vuelve una misión casi imposible estar investigando en condiciones en las que, por un lado: “no es admisible rebajar los compromisos éticos y los planteamientos políticos de una intervención social por las necesidades investigativas” (Biglia, 2014, p. 28); y por el otro: “no podemos olvidar que hacer una investigación implica cons-

truir unos conocimientos sistematizados y profundos sobre una realidad que queremos conocer” (Biglia, 2014, p. 28).

Por último, los arreglos que hacía para ser parte del grupo de personas que son “capaces de actuar a dos bandas sin perder la rigurosidad necesaria en cada una de ellas” (Biglia, 2014, p. 28), en una agrupación feminista con este modelo de militancia, mi desgaste emocional y físico lo resolvía al tratarlo como una *externalidad*. Reaccionaba espontáneamente frente a mi desgaste, lo colocaba en el exterior para poder seguir unida al equipo, habilitaba la expulsión de “lo contradictorio o conflictivo como no perteneciente al grupo, potenciando a su vez la omnipotencia como reacción” (Lira, 2010, p. 22), y eso no se puede sostener por mucho tiempo. En esta forma de producir conocimiento *encarnado*, es la carne, el cuerpo, el que se erige como límite de esa manera de militar/investigar. El cuerpo se revuelve, protesta, grita, por más que lo acalles, el cuerpo no sabe de convicciones y se sacude para poner el límite.

Entonces, llegamos a la necesidad de revisar nuestras certezas, de preguntarnos por los reajustes de nuestras prácticas militantes/investigativas, con el postulado feminista de que lo personal es político en mente; incorporando, desde una perspectiva crítica de la ideología de libre mercado, prácticas de autocuidado coherentes con una ética feminista del cuidado a nuestras investigaciones con compromiso social (Fernández, 2022). Podemos encontrar formas más equilibradas de investigar comprometidamente, porque necesitamos estar sanas y cuidarnos. Prestar atención a nuestras necesidades y a nuestro desgaste abona a la sostenibilidad de nuestros movimientos y “apunta a una transformación radical no solo del sistema sino

también de los mandatos de género que se incrustan en [nuestros] cuerpos” (Saavedra, 2023). A veces olvidamos que nos construimos a partir de las otras personas y esta construcción debe estar basada en el amor y en la sincera concientización de la reacción al hecho de que las otras personas nos interpelan, no debe ser la negación de nuestra individualidad (Pérez, 2017, p. 93), de nuestras necesidades. Si este olvido ocurre, el amor a una misma y el autocuidado (no en un sentido narcisista neoliberal, más que ser visto como una práctica saludable normalizada) se convertirán, como lo señala Audre Lorde, en un acto de resistencia política (citada por Martínez, 2018).

Conclusiones

En esta contribución di continuidad a la reflexión en torno a una metodología militante enmarcada en una epistemología feminista indisciplinada que consideré una manera de investigar perteneciente a un legado de investigación feminista participativa propio de Chiapas. Lo hice discutiendo los alcances de esa manera específica de investigar que llevé a cabo por varios años, cuando era integrante de una agrupación de activistas feministas en Chiapas. Analicé cómo las experiencias de violaciones a derechos humanos –vividas por las familias acompañadas por la agrupación feminista de la que fui parte y que, a través de la investigación/militante, intentaba comprender, pero también intervenir, en tanto que era parte de la agrupación feminista trabajando en un contexto de violencia crónica– implicaban situaciones límite que resquebrajaban los mundos de las personas acompañadas, de las que también bro-

taban necesidades impostergables; por esa razón, eran experiencias que se te metían en el cuerpo y al tener cierta disposición psíquica y un posicionamiento político feminista no podías permanecer indiferente.

Lo anterior, dije, era coherente con la ética política de la agrupación feminista que poseía rasgos clave de un modelo militante particular en el que existía primacía de los objetivos colectivos sobre los personales, es decir, la “causa” estaba por encima de los intereses o las necesidades individuales. Implicaba una ética del sacrificio que aceptábamos quienes decidíamos pertenecer a la agrupación *comprometidamente*.

Militar/investigar de esta manera arroja un cuerpo desgastado, sobre todo cuando no está clara la línea entre la labor de producción de conocimiento y las actividades de intervención, lo cual torna a la labor una misión casi imposible porque –al intentar ser capaz de actuar a “dos bandas sin perder la rigurosidad necesaria en cada una de ellas” (Biglia, 2014, p. 28) en una agrupación feminista con este modelo de militancia– conduce a tratar el desgaste emocional y físico como una externalidad y eso no se puede sostener por mucho tiempo. En esta forma de producir conocimiento, el cuerpo cansado, dolido, se erigió como límite de esa manera de militar/investigar, lo cual nos lleva a revisar nuestras certezas para imaginar formas más equilibradas de militar/investigar, ajustando nuestras prácticas al postulado feminista de que lo personal es político y que, a veces, el amor a una misma y el autocuidado se convierten en un acto de resistencia política hacia adentro de nuestras organizaciones.

Agradecimientos

Agradezco profundamente a las familias que me permitieron acompañarlas en su búsqueda por la justicia y la reparación por violaciones a derechos humanos en Chiapas. También agradezco a las integrantes de Colectiva Cereza, de la que fui parte, por el trabajo en conjunto realizado durante los años que milité en esa agrupación feminista. Por último, agradezco al Consejo Nacional de Humanidades Ciencia y Tecnología (CONAHCYT) y al programa “Investigadores e investigadoras por México” en cuyo marco ubico la realización de este texto.

REFERENCIAS

- Adams, T. (2017). *How chronic violence affects human development, social relations, and the practice of citizenship: a systematic framework for action*. 36. Washington: Woodrow Wilson Centre. Disponible en <https://www.wilsoncenter.org/publication/la-violencia-cronica-y-su-reproduccion-tendencias-perversas-en-las-relaciones-sociales>.
- Aragón Andrade, O. y Bárcena Arévalo, E. (2022). Introducción. En O. Aragón Andrade y E. Bárcena Arévalo (coords.), *Otro derecho es posible. Diálogo de saberes y nuevos estudios militantes del derecho en América Latina* (pp. 11-37). México: UNAM.
- Biglia, B. (2014). Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social. En Mendia Azkue, Irantzu, Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzmán, Iker Zirion, Jokin Azpiazu (eds.), *Otras formas de Re-conocer* (pp. 19-45). Bilbao: Universidad del País Vasco-Hegoa.
- Carbonelli, M. A. y Giménez Béliveau, V. (2016). Vidas militantes: trayectorias, saberes y éticas en el Movimiento Misioneros de

- Francisco. En: *Revista de Ciencias Sociales*, 30 (segunda época, año 8), Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2016, pp. 85-109, edición digital.
- Cedillo Cedillo, A. y Herrera Calderón, F. (2014). Un análisis de la producción historiográfica en torno a la llamada guerra sucia mexicana. En: M. López, V. Oikin y E. R. Tristán Zamora (coord.), *El estudio de luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996)* (pp.263-288). México: El Colegio de Michoacán.
- Cedillo Cedillo, A. (2008). *El fuego y el silencio, historia de las fuerzas de liberación nacional mexicanas (1969-1974)*. Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social (CONEVAL). Índice de Rezago Social 2020. Disponible en <https://www.coneval.org.mx/Paginas/principal.aspx>.
- Cuero Montenegro, A. Y. (2023). *Trabajo del hogar y subjetivación política. Una experiencia de intervención feminista antirracista con el colectivo CEDACH*. Tesis de doctorado, CESMECA-UNICACH.
- Fernández Camacho, M. (2021). Metodología militante: parar para pensar. *LiminaR Estudios Sociales Y Humanísticos*, 1 (19), pp. 17-29.
- Fernández Camacho, M. (2022). *Cereza: acompañamiento con mujeres en prisión desde una ética feminista del cuidado*. México: CENEJUS-UASLP.
- García Hernández, M. G. y Morales Sánchez, M. D. (2020). Las mujeres de Mamá Maquín: memoria, esperanza y resistencia. En: Marisa G. Ruiz Trejo (coord.), *Descolonizar y despatriarcalizar las Ciencias Sociales, la memoria y la vida en Chiapas, Centroamérica y el Caribe* (pp.177-198). México: UNACH.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Hernández Castillo, A. (2018 [2015]). Hacia una antropología socialmente comprometida. En: X. Leyva Solano, J. Alonso, R. Aída Hernández, A. Escobar, A. Kohler, A. Cumes, R. Sandoval (eds.), *Prácticas otras de conocimiento (s). Entre crisis, entre guerras*. México, Cooperativa Editorial RETOS, Taller Editorial La Casas del Mago, CLACSO, t. II, pp. 83-107.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Disponible en <https://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/chis/poblacion/diversidad.aspx>.
- Leyva Solano, X. (2018 [2015]). ¿Academia versus activismo? Repensarnos desde y para la práctica teórico-política. En: X. Leyva Solano, J. Alonso, R. Aída Hernández, A. Escobar, A. Kohler, A. Cumes, R. Sandoval (eds.), *Prácticas otras de conocimiento (s). Entre crisis, entre guerras*. México, Cooperativa Editorial RETOS, Taller Editorial La Casas del Mago, CLACSO, t. II, pp. 199-223.
- Lira, E. (2010). Trauma, duelo, reparación y memoria. En: *Revista de Estudios Sociales*, 36, pp. 14-28. Disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n36/n36a02.pdf>.
- Lizárraga, F. A. y Duimich, L. F. (2020). Huelgas patagónicas, anarquismo y un sacrificio radical. En: *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 39, pp. 95-112.
- Longoni, A. (2000). *El mandato sacrificial. En: Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Disponible en https://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/pdf/longoni.pdf.
- Martínez, V. (2018). Politizando lo personal. El autocuidado feminista. En: *Revista Enfoque*. Disponible en <https://www.revistaenfoque.com.co/opinion/politizando-lo-personal-el-autocuidado-feminista>.
- Mitjans Alayón, A. T (2020). *La puente prieta. Feminismos disidentes y diaspóricos en San Cristóbal de las Casas, Chiapas*. Tesis de doctorado. CESMECA-UNICACH.

- Olivera Bustamante, M. (2018 [2015]). Investigar colectivamente para conocer y transformar. En: X. Leyva Solano, J. Alonso, R. Aída Hernández, A. Escobar, A. Kohler, A. Cumes, R. Sandoval (eds.), *Prácticas otras de conocimiento (s). Entre crisis, entre guerras*. México, Cooperativa Editorial RETOS, Taller Editorial La Casas del Mago, CLACSO, t. II, pp. 83-107.
- Pearce, J. (2018 [2015]). Avanzamos porque estamos perdidos. Reflexiones críticas sobre la co-producción de conocimiento. En: X. Leyva Solano, J. Alonso, R. Aída Hernández, A. Escobar, A. Kohler, A. Cumes, R. Sandoval (eds.), *Prácticas otras de conocimiento (s). Entre crisis, entre guerras*. México, Cooperativa Editorial RETOS, Taller Editorial La Casas del Mago, CLACSO, t. II, pp. 356-381.
- Pearce, J. (2019). Introducción. Un aporte conceptual y empírico para resignificar la seguridad en México. En: G. Kloppe-Santamaría y A. Abello Colak (eds.), *Seguridad humana y violencia crónica en México: nuevas lecturas y propuestas desde abajo* (pp. 5-33). México: Porrúa.
- Pearce, J. y Abello Colak, A. (2019). Co-construyendo seguridad “desde abajo”. Una metodología para repensar y transformar la seguridad en contextos de violencia crónica. En: G. Kloppe-Santamaría y A. Abello Colak (eds.), *Seguridad humana y violencia crónica en México: nuevas lecturas y propuestas desde abajo* (pp. 35-69). México: Porrúa.
- Pérez Morales, A. (2017). *El sacrificio en María Zambrano como base de su pensamiento ético*. Tesis de maestría. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Pons Rabasa, A. (2018). Vulnerabilidad analítica, interseccionalidad y ensamblajes. Hacia una etnografía afectiva. En: A. Pons y S. Guerrero (coords.), *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista* (pp. 23-53). México: UNAM.

- Ruiz Trejo, M. G. (2020a). Enunciaciones de la Antropología feminista en Chiapas. Entrevista a Mercedes Olivera. En: Montserrat Bosch Heras (ed.), *Mercedes Olivera. Feminismo popular y revolución. Entre la militancia y la antropología. Antología Esencial*. CLACSO.
- Ruiz Trejo, M. G. (2020b). Despatriarcalizar y descolonizar las Ciencias Sociales y la memoria en Chiapas y Centroamérica. En: M. G. Ruiz Trejo (coord.), *Descolonizar y despatriarcalizar las Ciencias Sociales, la memoria y la vida en Chiapas, Centroamérica y el Caribe* (pp.63-110). UNACH.
- Rus, J. (2012). *El ocaso de las fincas y la transformación de la sociedad indígena de Los Altos de Chiapas, 1974-2009*. México: UNICACH.
- Saavedra Hernández, L. E. (2023). Los impactos de la violencia de género contra defensoras de derechos humanos en la región mesoamericana y la importancia del autocuidado. En: Revista *Ichan Tecolotl*, 34, p. 374. Disponible en <https://ichan.ciesas.edu.mx/los-impactos-de-la-violencia-de-genero-contra-defensoras-de-derechos-humanos-en-la-region-mesoamericana-y-la-importancia-del-autocuidado/>.
- Stahler-Sholk, R. (2011). Autonomía e Economía Política de Resistencia en Las Cañadas de Ocosingo. En: B. Baronet, M. Mora Mayo y R. Stahler-Sholk (coords.), *Luchas muy Otras. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas* (pp. 409-447). México: UAM-CIESAS.



SIN TÍTULO... POR AHORA
CONFESIONES MUY ÍNTIMAS DEL HACER
INVESTIGACIÓN FEMINISTA
EN LA GEOGRAFÍA



**SIN TÍTULO... POR AHORA
CONFESIONES MUY ÍNTIMAS DEL HACER
INVESTIGACIÓN FEMINISTA EN LA GEOGRAFÍA**

Marcia A. Pertuz
Candidata a doctora en Geografía
Universidad Estadual “Júlio de Mesquita Filho”
Campus de Presidente Prudente

Lo que me mueve

Como geógrafa de los estudios agrarios, hace algún tiempo comencé a experimentar malestares por la ausencia de las mujeres (sujetas femeninas) en el debate y las investigaciones realizadas entorno a el tema de la tierra-territorio. Me parece que esa ausencia es, entre otros factores, el reflejo o efecto rebote, si así quisiéramos llamarlo, del silenciamiento y no reconocimiento del trabajo de nosotras las mujeres en la propia geografía.

Muchos de esos malestares me llevaron a romper rotundamente con algunas relaciones al interior de la academia y a replantearme mis ritmos, rutina, estilo de vida e inclusive los rumbos de mi investigación doctoral. Y es que, si hiciéramos un recorrido histórico por la geografía, no podríamos negar la

existencia de un hilo que reconoce lo político del conocimiento y la necesidad urgente de pensarnos las cuestiones raciales y de género; pero éste es un hilo muy fino, con nudos, enredado y con añadiduras. Un hilo que, como reflejo de la realidad, nos muestra que enfrentamos hasta hoy enormes desafíos, para abrirnos paso hacia la ruptura con el conocimiento colonizado, el racismo estructural, el patriarcado enraizado, el clasismo que se refleja en la meritocracia y en la producción androcéntrica como el núcleo duro de la ciencia (Maffia, 2007).

La geografía enfrenta problemas reales porque es parte de la realidad de la que se ocupa. Fragmentada, en muchas ocasiones, espeja las jerarquías y las relaciones de opresión y control. Con todo no pierdo la alegría de la esperanza, puesta en que avancemos en nuestro compromiso con los espacios, cuerpos, territorios explotados, despojados, apagados (Silva, 2013; Cruz, 2020), ya que en sus espacialidades, territorialidades, difusas entre escalas y dimensiones, tienen mucho más que enseñarnos si los leemos cuidadosamente contando con la suerte del tiempo suficiente, que las listas de referencias empleadas repetitivamente sin una reflexión profunda de dónde vienen, a quienes les ofrecen un lugar de reconocimiento y a quién no, con cuáles principios establecen un pacto y sí, es con esos principios que queremos dialogar.

Durante una de las entrevistas realizadas como parte de mi investigación doctoral aún en curso, nos encontrábamos en Mato Grosso do Sul, uno de los territorios más cercados por el agronegocio brasileño e Itelvina Massioli, educadora popular nos decía, “¿cómo puede la misma mano que cultiva alimentos saludables, golpear?” (2023, en comunicación per-

sonal). Extiendo esta frase a todas las esferas de la vida, entre ellas, las que más han ocupado mi tiempo en los últimos años: ¿cómo puede la mano que escribe sobre emancipación, transformación, ejercer con todo su peso, prácticas patriarcales, racistas, clasistas? ¿Cómo podemos, nosotras, romper con la reproducción de esas prácticas? ¿Cómo podemos construir una práctica para repensar conocimientos impuestos cuando nuestros cuerpos están enfermos? ¿Desde ojos cansados, exhaustos por la explotación de nuestros cuerpos, por la imposición de jornadas triples o cuádruples? ¿Por la imposición de reproducir teorías y prácticas que están cargadas de androcentrismos? Creo que construir, repensar e irrumper en la ciencia geográfica, corresponde con el proceso de transformación social en su totalidad.

La academia no va a cambiar por sí misma, encerrada en su esfera intocada. Es el contacto directo con la realidad estudiada y la búsqueda por su transformación, lo que podrá transformarnos y, con ello, transformar la geografía, tal como su propio movimiento histórico lo ha demostrado.

Después de mucho batallar, decidí que no busco aprobación dentro de una ciencia androcéntrica blanca, más bien quiero romper con ella. Antes que nada, esta investigación ha sido para mí un proceso de encuentro con mujeres que, en sus llantos, gritos, sonrisas, manos calurosas, espaldas cansadas, han demostrado la potencia de tejer juntas.

En los últimos años, como parte de mis estudios de doctorado, me he comprometido hasta el alma con esta investigación, porque en un medio donde se me abrieron las puertas y me fui abriendo espacio incomodando junto a la fuerza transformado-

ra de mis compañeras, también me sentí silenciada, incómoda, frustrada; porque no puedo borrar la voz de las mujeres de mi familia, diciendo, ¡ya no aguanto más!; porque es imposible continuar mi camino sin registrar las historias contadas por mujeres que han puesto el cuerpo para defender sus tierras, *igarapés*²² y *quintais*²³, territorios de vida y para la vida.

Todas las veces que mi disgusto irrumpía, incomodaba, o me retorció en silencio, no buscaba ser comprendida, pero sí comprender. Entender cómo las violencias se incrustan y reproducen en todos los espacios-territorios que vivimos, habitamos, sentimos.

Por eso, no es posible para mí, separar mi lugar como mujer de mi lugar como investigadora, lo cual hace que esta investigación parta del conocimiento situado, o mejor, de su tentativa. Para mí es un lugar para conducir la furia y el dolor hacia un espacio creativo, pero también resonar junto a las voces, gritos, lamentos, dolor, rabia por todo lo que las violencias al servicio de proyectos capitalistas –para su expansión en territorios campesinos, indígenas, *riberinhos*, quilombolas– ocasionan en

²² Los *igarapés* son pequeños riachuelos que rodean o atraviesan áreas de bosque o selva, en donde viven y alrededor de los cuales se organizan algunas de las comunidades que visité en el norte de Brasil, en el estado de Pará. Algunas de las mujeres que conocí relataron la importancia de su lucha histórica y el vínculo especial que tienen con sus igarapés, pues estos garantizan mantener a los bosques en pie, el agua y los espacios de socialización y el de las familias que viven en su entorno.

²³ La expresión *quintal* (*quintais* en plural) es usada frecuentemente en el campo o zonas rurales de Brasil para referirse al patio o la parte trasera de las casas. En el caso del estado de Pará, en lugares en donde aún se lucha por la preservación de la selva, los *quintais* son fundamentales para la producción de sustento de las familias, pues es de estos que extraen el *açaí*, el cual compone uno de los principales alimentos de las dietas tradicionales amazónicas.

la vida de las mujeres y de sus comunidades, quienes encuentran potencia en sus prácticas de resistencia, al movilizar la esperanza revolucionaria desde su acción transformadora. Esperé algún tiempo para atreverme a decir que es mi propósito reconocerles en este espacio que niega su lugar central en la reproducción de la vida. Así que no habría manera de hacer esta investigación sin reconocer su existencia.

Mi compromiso político, es por y para su (nuestra) resistencia. Aunque, con o sin esta investigación, las mujeres resistirán y continuarán siendo fundamentales para el sustento de la sociedad, que por siglos ha estado al borde del abismo, pero creo profundamente que –colocándola a su servicio como instrumento para el cambio y que dirigir la mirada sobre ellas como la profesora María Franco García me advirtió durante mi examen de calificación doctoral– cuestionará lo que tradicionalmente hemos establecido como producción del conocimiento en el marco de la geografía agraria. En este camino he podido encontrarme a mí misma, como feminista y geógrafa.

Antes de comprender mi real interés, lo que me movía, pasaron algunos años. Por eso, he querido dedicar este capítulo a relatar cómo los *estranhamentos*²⁴, el vacío, y los lazos contruidos me llevaron a hacer elecciones que, podría decir, se recogen en la propuesta de aquello que Raquel Gutiérrez nombró *desplazamiento epistemológico* (2023, comunicación oral).

²⁴ Hice la elección de mantener el término en portugués, pues me parece que encierra mi experiencia con el malestar, distanciamiento, no reconocimiento, que puede producirle a una como mujer trabajar en un espacio académico en el que el androcentrismo, expresión material de las relaciones patriarcales, se impone con toda fuerza sobre nuestros senti-pensamientos, tiempos y ritmos.

Aquí y sin un título para mi ensayo, aún busco las palabras precisas para describir un hacer feminista dentro de la geografía, en donde todo el tiempo estamos poniendo nuestro cuerpo. Este texto surge en un momento donde me he sentido abrazada, como un producto muy particular de la estancia de investigación doctoral que realicé en el Programa de Estudios e Intervención Feminista, en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), entre julio y noviembre del 2023. Un texto muy íntimo, habla de lo que enfrenté como estudiante-investigadora en el proceso de mis estudios de posgrado en Brasil, pero también habla de la vida, porque, me parece, no es posible separar en este sinuoso río lo que somos de lo que hacemos, de las relaciones que construimos.

Estranhamento

Cuando finalmente escuché en mi mente el *chasquido*, como le llama Sara Ahmed ([2017] 2018) —que no es el punto de partida de lo que les voy a contar, sino la línea genealógica que se despliega en mi historia y la de las mujeres que me dejaron su legado— pensé ¡claro cómo no lo vi! Todas las señales estuvieron justo allí, en mi incomodidad, sospecha e intuición. Desde luego es más difícil estar atenta a las señales cuando se está exhausta, cuando se ha soportado demasiado.

La propuesta de esta investigación de doctorado, que tomó rumbos y tiempos muy particulares a los normalizados, surgió en un momento de dolor, en 2019, cuando aún me encontraba desarrollando mis estudios de maestría. Me hallaba

congelada frente a la presencia de una persona totalmente ajena a mí. Caminábamos por la Avenida Primera de la ciudad de Montería (Colombia), como si nada estuviera pasando, como si la muerte de mi abuelo no me devastara, como si llorar a mis muertos no representara en lo absoluto la única forma que conocía de aceptar la partida. Sí, no era la primera vez en los años de investigación, de trabajo y tutoría que el sentir y pensar tomaban una distancia abismal, una distancia que no es más que la representación de las jerarquías establecidas en la enyesada academia. Aunque cancelamos de inmediato los días de campo programados, el extraño seguía ahí.

Dediqué parcialmente los tres días siguientes a nuestras caminatas –que en realidad tenían más el propósito de cuidar de su deteriorada salud– y a hablar sobre el futuro. Me pregunto si estaba huyendo o si este *estranhamento* me hizo crear un enorme muro impenetrable, aun cuando las palabras mágicas se pronunciaron: “¿Estás bien? ¿Quieres que te acompañe al funeral?” Respondí rotundamente, pero con un aparentemente calmo, “No”. Todo mi cuerpo habló en ese momento, diciendo aquello que mi lengua no podía articular. Yo no quería a un hombre blanco y extranjero como espectador de nuestros rituales y creando una especie de contención de nuestros cuerpos que querían manifestar la pérdida. Amaba a mi abuelo, ese momento era nuestro.

Pensaba en el pasado, en que había perdido lo suficiente cuando decidí irme a Brasil en 2017 y justo, tres meses después, recibía este mensaje: “La abuela Elida murió”. Estaba congelada. Apenas iniciaba mis estudios de maestría, así que viajar de vuelta a Colombia en ese momento no parecía una

opción *razonable*. La partida, el dolor, las despedidas necesarias, los abrazos no dados, aquellos a los que te entregas sin recelo, se sumaban a la lista de los momentos perdidos.

Durante 2017 y 2020, viajaba a Colombia siempre con actividades y una agenda repleta. Ser becada me colocaba un peso enorme, como si descansar, divertirme, ver a mis amores, perderme por completo en el monte o en la playa no fueran actividades permitidas para alguien que recibe 2,100 reales (el equivalente a 7,000 pesos mexicanos), una cifra que justo me daba para vivir en Sao Paulo sin incomodar a nadie más.

Los periodos de descanso pleno en mi país eran inciertos. “Es que investigar es una tarea de tiempo completo”, le escuché decir al exdirector de nuestro programa de posgrado cuando preguntamos en un espacio de debate colectivo por la situación de las y los becados migrantes. Invertir horas de trabajo para disfrutar de un par, nunca llegó a equilibrarse en la balanza. Ser incansables... No sé quién se inventó esta estúpida idea... Ah, sí, que no se me olvide, productivismo al capital, como sal a la pimienta. Esta lógica se distancia de hacer lo que nos gusta, de forma placentera, ocupando un tiempo que nos es valioso de forma agradable, cuando así lo escogemos.

Por fin, el extraño partió, pero las tareas y la agenda seguían. Pensé que me quebraría, que finalmente podría explármeme con mi vulnerabilidad, pero a veces pierdes el justo momento en que aquellas palabras deben ser pronunciadas, cuando con una frialdad cortante te tragas las lágrimas, ahogas los gritos, no golpeas la mesa. Disciplina, quizá. “Calladita te ves mejor”, “Usted se calla, este es un asunto de adultos” (o para hombres), “No llores, no es para tanto”, “No grites, no

los provoques, no dejes que vean tu ira”, “Aguanta un poco más”, “Tenle paciencia, no es ni la sombra de lo que era”, pienso en todas las frases que ya escuché. Ese mismo año me mudé a la ciudad de Presidente Prudente, en Brasil, donde posteriormente realizaría mi doctorado.

Veía en cada situación, con más nitidez, que este extraño provocaba malestares apenas con nombrarlo. Este tipo de malestares y problemas que, como dice Gutiérrez, se producen en “los espacios donde se finge paridad” (2020, p. 27), y que “nos aburren, agobian, lastiman o irritan intensamente” (2020, p. 27). Antes de comprender qué podría desafiar el pacto patriarcal y hacer alguna cosa frente a estos malestares, yo seguía justificando: “¡Qué raro!, esa persona de la que me hablas es otra, nunca lo he visto perder el control o tratar a alguien de esta forma”. El extraño deambulaba hecho mito por los pasillos del campus.

Todas esas estrellas y flujo enorme de recursos, que entran gracias a su divina presencia, no son gratis, finalmente lo comprendí. Se necesita un grupo completo de mujeres y jóvenes negros, del campo, de las periferias, que hagan el trabajo de cuidado, lo comprendan, soporten un poco más, lo justifiquen, lo entrenen o, mejor, sean empujados a la enferma lógica productivista que envuelve a estos personajes no tan míticos y a las instituciones con inflado prestigio académico. Los efectos del neoliberalismo que refuerzan las estructuras coloniales, patriarcales y racistas, al interior de nuestros centros académicos, eran más y más nítidos para mí. Pero nunca se está más lista para escuchar a las demás y a una misma, como cuando no se puede más.

El *estranhamento* se hizo más grande, ocupó cada vez más la sala. Cuando estalló la pandemia del Covid-19 los silencios en las videollamadas se hicieron más dicientes, las discusiones y comentarios internos (entre algunas de nosotras) por las largas jornadas de trabajo que son, hay que decirlo, trabajo mal remunerado y precarizado, se fueron haciendo más frecuentes.

Me asustaban más conforme trataban el asunto al extremo en las reuniones grupales las y los defensores de la responsabilidad, pues sus respuestas eran el reflejo de que el productivismo estaba casi irremediabilmente aplastándonos. Mi cuerpo me pedía a gritos un cambio, lanzaba alertas en formas de insomnio, crisis de ansiedad y de pánico, horas inmóviles en el sofá. Con todo, es un alivio recordar que siempre tuve opciones de refugio, de cuidado y autocuidado, me dejaba llevar hasta encontrar grietas, sembrando plantas, tomando baños con lavanda, cocinando y conversando con mis amigas, saliendo a pasear con Amora, mi compañera canina, bailando por toda la casa cumbias, bullerengues, MPB brasileiro, y descubriendo algunos amores, no podría dejar de mencionarles.

Fueron los vínculos y la solidaridad internacional de la que habla Angela Davis (1998), citada por Natalia Flores (s.f), como “una herramienta indispensable de transformación social”, los que me mantuvieron medianamente estable y cuerda, me permitieron tener cuidados, encontrar y construir lo que yo llamaría “de hogar”. Los viernes, con mis amigas Ari y Paula, quienes también eran mis vecinas, teníamos una cita fija: la cantante brasilera Marilia Mendoza, Gin con Tónica y una cerveza bien helada. Les gritaba desde el patio de la casa “*a janta ta pronta*” (la comida está lista) y cruzaba de mi terra-

za a la de ellas con las ollas en las manos. Claro que seguí cumpliendo a toda costa con mis responsabilidades hasta que, entre pequeñas maniobras, comencé a no sumar más tareas a la interminable lista, que de manera agobiante se volvió más numerosa durante el primer año de pandemia.

Estaba en los detalles finales de mi investigación de maestría, tomando las primeras clases del doctorado y recuerdo muy bien a mi amiga Paula decir una y otra vez: “*ainda não ta livre, mas quantas reuniões você tem por dia!*” (¡aún no te has desocupado, pero cuantas reuniones tienes al día!).

Hacíamos una reunión tras otra. Después de cada reunión, mi amiga Hellen, que había estado lidiando por años con los traumas engendrados en ese brillante espacio académico, me decía: “*não vou assumir mais tarefas, estou me despedindo*” (es mi último aporte a la red, me estoy despidiendo). Nuestros intercambios de lecturas y todas las botellas de vino que bebimos hasta el fondo me posibilitaron nombrar el *estranhamento*.

Sigue viva esta sensación de desespero que sentí al *descubrir* el sistema sobre el cual se sustentan las relaciones de poder (de producción y reproducción) de esta sociedad: es el Capitalismo voraz.

Fue en uno de nuestros encuentros de lectura justo después de leer a Sabrina Fernandes y ver uno de sus videos de formación política divulgados en el Canal de YouTube *Tese Onze*, mientras veíamos nuevamente el vídeo, repetí en mis palabras la argumentación de Sabrina, y Hellen afirmó enérgica, “*Sim, isso mesmo*” (Ajá, eso), casi lloré, dije: “estas relaciones son estructurales, eso lo explica todo...”, pero terminamos esperanzadas por la utopía del cambio, por las resistencias cotidianas

que se materializan en las relaciones no-capitalistas, que son en sí mismas relaciones emancipatorias. Entonces, el *estranhamento* tomó nombre, en realidad, yo no pertenecía allí.

Estar y contribuir en un espacio ajeno a mí, a mis deseos, anhelos y preocupaciones me provocaba más dolor de estómago, más dolores lumbares, más días de jaquecas. Cada vez me distanciaba más. La idea de aproximar movimientos-academia no me bastaba, no me pertenecía, ni identificaba. “No así, no en sus términos” como diría Tania Cruz Hernández, ni con sus categorías, ni con sus metodologías, y mucho menos en la forma en que las relaciones estaban siendo construidas (2023, comunicación oral).

En su única visita a mi casa, que estaba muy cerca del barrio universitario, el extraño me aconsejó beber vino, a él le iba muy bien, a muchos les funcionaba. ¿Vino? Este extraño intentaba secuestrar el significativo e íntimo encuentro que representaba el *ploc* al abrir mis botellas de Carmenere barato compradas en promoción. Yo necesitaba y quería ser cuidada, podría haber dicho, “descansa”, a cambio recibí una lista de tareas después de asegurarse que, claro, la depresión aún era manejable, que aún podía soportar la carga de trabajo. Si el extraño estaba preocupado, yo no lo sentí. No sé porque esperaba más, pues antes de su visita recibí este mensaje como respuesta a un e-mail en el que relaté muy detalladamente mis necesidades:

Bom dia Marcia e x:

Marcia, sugiro que esta mensagem, com a devida revisão, seja utilizada para pedir autorização excepcional de viagem, por motivos de saúde, à [AGÊNCIA DE FINANCIAMENTO E

APOIO À PESQUISA²⁵].

Eu te ajudo na redação e assino o pedido contigo.

Vou ligar para você para conversar.

Abraços²⁵.

(El Extraño, comunicación personal, 27 sept. 2020)

El mundo estaba en caos y debíamos mantener el ritmo. Un “buen viaje” sería suficiente. Parece que si una no es diagnosticada no hay motivos suficientes para estar en un espacio seguro con las y los nuestros. Me he imaginado muchas veces haciendo mis maletas y saliendo de Brasil sin esperar aprobaciones previas, ¿qué podría cambiar? ¿El fondo o efecto visual de mi pantalla quizá? Apenas estaba entendiendo cómo hacer luto nuevamente desde la distancia. Me aferraba con todas mis fuerzas a la idea de volver a Colombia, encontrarme con un abrazo conocido.

Nunca extrañé tanto a mis amigos de Montería, a Karen y a Jesús, como en el caos pandémico de 2020. Me aterraba no volverlos a ver. Cada vez me distanciaba más de mí, del proyecto inicial, de la investigadora de tiempo completo. Finalmente, después de meses de batallar contra la burocracia por una autorización para salir de Brasil y ausentarme de la institución, encontré en mi agenda de investigación una brecha para viajar *formalmente* a mi tierra. En su visita, expuse mi agenda y ¡jepa!, las palabras por las que tanto había esperado

²⁵Buenos días, Marcia y .x: Marcia, sugiero que este mensaje con la debida revisión, sea utilizada para pedir una autorización excepcional de viaje por motivos de salud, a la [AGENCIA DE FINANCIAMIENTO Y APOYO A LA INVESTIGACIÓN]. Te ayudo con la redacción y firmo la solicitud contigo. Abrazos. (El extraño, comunicación personal, 27 de septiembre de 2020, traducción libre).

fueron mencionadas: “Ah, está en tu cronograma, puedes viajar, ya es tiempo de que veas a tu familia”.

Evidentemente, en diversas circunstancias, ser investigadora-becada es una categoría —o más bien una etiqueta— que literalmente me mantuvo presa. El *estranhamento* venía de nuestras posturas diferentes frente a la vida. Mis mayores malestares eran consecuencia, en efecto, de la forma en que era (es) leído el mundo desde el androcentrismo, no solamente por el extraño, las relaciones de producción construidas en estos espacios me enfermaban, pero sin duda, siempre hay posibles maniobras que le permiten a una recobrar la libertad, para sentir, pensar y hacer, a nuestra forma y ritmo peculiar. Una de ellas, muy estratégica, por cierto, es decidir cuáles disputas queremos enfrentar, cuáles espacios queremos ocupar, cuáles nuestra *lona/barraca*, y en cuáles definitivamente no queremos poner el cuerpo.

Tener el apoyo de mis amigas del grupo de la salud mental, creado para los estudiantes en el extranjero en medio de la pandemia, de una pequeña parte de mi familia nuclear y, por supuesto, las condiciones materiales y financieras me armaron de fuerzas para decidir cómo, con quién y bajo cuáles términos quería trabajar y hacer esta investigación. Recuerdo estar muy decidida a renunciar, y renuncié, pero no a mi compromiso que se ha transformado con él tiempo. Renuncié a alimentar el mito, a no permitir que el extraño siguiera tocando a mi puerta *sutilmente* a través de e-mails, videollamadas, mensajes de WhatsApp y Telegram, de día, noche, fines de semana. No renuncié a mí, sino a todo a lo que estaba amarrada con un rol de tiempo completo. El prestigio, el as-

censo social, el falso reconocimiento, todos eran trampas mortales, un velo detrás del cual se escondían la meritocracia, la misoginia, el control, el dominio, la disciplina. Antes del *chasquido* creía muy firmemente que estaba en el camino correcto, pero no *es* una cuando enajenada está condicionada a la proyección de los deseos de alguien más.

Vacío

Después del *chasquido*, como en un proceso de luto, posterior a la negación, viene el vacío. Nos enfrentamos a la fuerza oscura del ¿y ahora? ¿Qué voy a hacer? Una pregunta que nos acompaña en todo el proceso de transición, de la despedida definitiva, del dejar ir, de permitirnos y tomar los riesgos y asumir las consecuencias del cambio y, en efecto, nos acompaña en todo el proceso de investigación.

Pasaron doce meses entre la llamada en la cual le comuniqué a mi hermana mayor Arle que estaba pensando renunciar al doctorado y el momento en que decidí continuar acompañando los giros de mi investigación. La llamé sentada en la orilla del sofá de la nueva casa a la que me había mudado —para ahora compartir el espacio con mi colega de universidad, y hoy amigo Casio, con su mal humor al levantarse, con su música de Dua Lipa a todo volumen los sábados desde temprano y con mi pedido las canciones de Elis Regina—, le conté que no quería más, estaba cansada, lo extrañaba y quería volver, por su tono de voz ella parecía muy tranquila y me dijo: “Está bien, nena, acá nos tienes, sabes que te apoyo”, pero también preguntó: “¿qué vas a hacer?” En el fondo sentía que quitarme ese peso

aplastante de mis espaldas, cabeza y nuca, eran la respuesta. Esta fue una frase que pronuncié mucho entre 2019 y 2021, lloraba y textaba “Estoy tan cansada”.

En esos doce meses, en diciembre de 2020, lo primero que hice por mí fue irme a la ciudad brasileña Ubatuba, para visitar a mi amiga Júlia y entregarme al mar. Afortunadamente mi vuelo hacia Colombia se canceló y se reprogramó, pues con la reciente apertura de las fronteras y los aeropuertos por motivos del Covid-19 todo estaba en caos. Lo segundo fue embarcar en el avión y pasar dos semanas en Bogotá en casa de mi hermana Arle, nos acomodábamos en el sofá, le dábamos *play* a alguna películas y yo veía la pantalla sin ver, me recostaba en ella y comenzaba a llorar sin pronunciar palabra alguna, cuando estábamos alrededor de la mesa comenzaba de repente a llorar al probar su comida riquísima, mientras ella cocinaba, mis crisis de ansiedad comenzaban con taquicardia y finalizaban con llanto desconsolado recostada en la pared de su pequeña, pero cálida, cocina de apartamento. Yo no podía hablar, pero ella lo decía por mí, “no quieres más, ¿verdad?”.

En parte, todos esos episodios eran la evidencia de que finalmente yo estaba en un espacio seguro, donde toda mi fragilidad y vulnerabilidad podrían ser acogidas con cuidado. Nuestro vínculo lo hacía posible. Eran también la representación del alivio por la compañía y por encontrar a mi hermana sana y viva, recordando toda la angustia que sentí al estar sentada sola, en mi antigua casa, frente a la tv viendo las cifras de muertos por Covid en Brasil, al ver como el negacionismo y necropolítica de Jair Bolsonaro, consecuentemente el movimiento negacionista en masa vinculado a las ideas por él

difundidas, cobraban la vida de millones de personas en su mayoría negras y pobres, en este país que tanto me ha dado.

Ese año, gracias a mi hermana y a sus cuidados, a cada plato que colocaba en mis manos, pude llegar de Bogotá a Montería más tranquila. Pasamos navidad juntas y el 28 de diciembre viajé hacia la capital sinuana. Un par de días antes llamé a mi amigo Jesús y le dije: “Mi amor, estoy llegando, ¿ya tienes las galletas de limón *pal’ café?*”, respondió: “¡Eso va!” Bromeamos un poco, “no me vayas a esperar con flores en el aeropuerto, eh”. Anhelaba tanto su abrazo, echarnos a leer al poeta Raúl Jattin en el patio de Olinda y olvidarme por horas de esta absurda y condicionante idea de mi existencia apenas como investigadora becada; 12 años de amistad.

Algunos días después de aterrizar mi inmunidad se desplomó, tenía aftas en la boca, fiebre y dificultad para dormir profundamente, estaba agitada todo el tiempo, mi mente se resistía descansar el tiempo que mi cuerpo batallaba obligándome al reposo. Cuánto cuesta desaprender y desacostumbrarse a la “dedicación de tiempo completo”. No demoré mucho en reponerme y estar lista de nuevo para cumplir la agenda. Ironías...

No lloré a mi prima, no visité su tumba y no me permití renunciar tempranamente, pues las señales para hacer una investigación con mujeres, y no sobre las organizaciones de la Vía Campesina que era la idea inicial del proyecto que había postulado para el doctorado, me estarían esperando en la zona baja de los Montes de María.

Como había justificado mi viaje a Colombia como parte de la agenda de investigación, en enero del 2021, me sentí obligada a montar un cronograma de campo. Desde mediados del 2020,

seguía el trabajo de algunas investigadoras de los asuntos agrarios en la costa caribe colombiana, a raíz de lo cual intenté contactarlas a través de correos electrónicos para encontrarle un posible horizonte a mis estudios. Ese mismo mes, generosamente la profesora Eloísa, con toda su trayectoria de estudios y comadrazgo en esa región, me habló sobre un viaje que tenía programado y no lo dudé, visité la zona junto a ella.

Cuando hablaba de mi investigación no sabía explicarla muy bien, estaba en metamorfosis. Me encontré con que la línea de frente, el trabajo de base y de cuidados comunitarios eran asumidos por algunas de las mujeres afros de la vereda. No tuvimos que caminar muchos kilómetros, desde los límites del caserío se observaba la lógica de acumulación y explotación de la mano de obra en las áreas de monocultivo, el acaparamiento de la tierra y del agua. Eloísa, quien trabajaba y convivía con ellas hacía mucho tiempo, me contó sobre sus experiencias de investigación y un poco de la historia del latifundio, el conflicto y paramilitarismo que atravesaba el territorio en el que estábamos. Eso fue revelador para mí, pero yo seguía buscando pistas sobre el proceso campesino de la región y me quedé con las ganas de trabajar y construir posibles vínculos allí.

No era claro para mí entonces que en Colombia tenemos un campesinado negro e indígena. Estaba haciendo el siguiente movimiento: del papel a la práctica. Una lectura muy brasileña de la Cuestión Agraria colombiana. Intenté cada semana contactar a representantes del Coordinador Nacional Agrario (CNA), de la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina (ANZORC), de la Asociación Nacional Campesina del Valle del Río Cimitarra (ACVC), de la Coordinadora Latinoamericana-

na de Organizaciones del Campo-Vía Campesina (CLOC-VC) o cualquier otra organización vinculada al directorio y plataforma de la Vía Campesina. Quería hacer la investigación en la región Caribe, puntualmente en Montes de María, pues había leído y escuchado sobre los antecedentes del movimiento campesino, la persecución y exterminio de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC). Me interesaba dar continuidad a lo que había estudiado en la maestría y seguí concentrándome en territorios marcados por la fuerza campesina y la violencia.

Después de nuestra rica, pero rápida visita con Eloísa, identifiqué conexiones entre la tensión latente que pude percibir por la velada presencia de los *paracos* en el trayecto que habíamos recorrido para llegar a la vereda, con el momento que estaba enfrentando la militancia de ANZORC y CNA, con actuación en distintas regiones del país. El estado era crítico, amenazas ejecutadas a través de la divulgación de sus nombres en los panfletos de las “Águilas Negras”, judicializaciones, persecuciones y criminalización, eran descritos por algunos de los líderes que decidieron cederme una cita vía Zoom sin el uso de cámaras. En todos los casos, nunca me fue indicado conversar con una mujer, por más que yo insistía en la importancia de entablar un diálogo con ellas.

Como segunda parada en el itinerario de campo visité a un amigo muy querido en Sincelejo, John, que tenía contactos en la parte alta de los Montes donde encontraría más organizaciones *campesinas*, pero de nuevo necesitábamos tiempo para establecer los canales y llegar directamente a la zona. Cuando una está en campo, el paisaje, las personas y todo en movi-

miento, dan señales sobre el momento adecuado, entonces, no satisfecha cerré la agenda y decidí regresar a mi ciudad.

Este campo exploratorio, la coyuntura, la segunda ola de Covid que se avecinaba y la inquietud que ya me habitaba, me llevaron a continuar intentando contactos de forma remota, no sabía muy bien cómo y cuál camino seguir, el tiempo se me acababa y entonces me parecía que era hora de volver a Brasil. Me sentí aún más distante, tenía un cuaderno de campo repleto de información, de contactos, pero caminaba sobre una especie de limbo.

Nos desviamos sobre la vía que comunica a Sincelejo y Montería, sobre una placa que decía San Onofre-Rincón del Mar. Ya había estado en Rincón, en 2018, durante el periodo de mis estudios de maestría; me levantaba en la madrugada a leer los libros y las sentencias de Restitución de Tierras y a las 10 de la mañana guardaba todo y le dedicaba el tiempo restante a mi familia, aunque la cabeza no paraba de pensar en lo que había estado leyendo por esos días, pero esta nueva visita fue diferente: estar perdida en un evidente desencuentro, me permitió ese tan anhelado tiempo de descanso pleno. Estuvimos allí por una noche y poco menos de un día. En la mañana me balanceaba sobre una mecedora azul de madera, debajo del techo de palma sin pensar en nada, apenas viendo a las olas tocar la orilla, fue la primera vez en estos doce meses que me sentí libre y sonreía verdaderamente feliz.

Ahora, era el mes de febrero y debía entregar un texto como actividad final de una de las materias del doctorado. En un primerísimo intento de análisis crítico feminista sobre el contenido y referencias empleadas por el profesor a cargo, cansada del

ajetreo y muy recelosa de retomar las actividades académicas de rutina, decidí escribir sobre lo que había acumulado, lo que me incomodaba pero que me movía. En él, intentaba a través de un estilo libre, delinear mis interpretaciones sobre el proceso de construcción del conocimiento, uno de los tópicos del curso. Escribí: “Parto de la idea de nuestra ciencia, como un conjunto de prácticas que, acumuladas y sistematizadas, generan conocimiento, teniendo como uno de sus productos la teoría, que moldeada a través de estas prácticas –colectivas– sirve como eje de transformación de la realidad, otro de sus productos, quizá el más importante de ellos, y el más difícil de alcanzar. Tangible en narrativas que retratan prácticas antagónicas y de resistencia, opuestas a ideologías hegemónicas, que, contradictoriamente, se manifiestan con fuerza en la configuración del medio académico en el que participamos. Entonces, entiendo que producir saberes o reproducirlos tiene una fuerte relación con nuestra práctica política”. Tomando conscientemente riesgos, también enuncié: “podría señalar inclusive, que este ensayo es una contestación al acumulo de situaciones en que vi mi papel de estudiante investigadora subordinada a infinitas tareas académicas y domésticas, que me excluyeron del ejercicio de abstracción y conceptualización de la realidad estudiada. Forma en la que los valores de la sociedad del capital se reproducen para salvaguardar la participación masculina en la ciencia, garantía de la permanencia y reproducción de sus concepciones hegemónicas del mundo”. Así que, el “Ensayo sobre el método y sus conexiones entre la praxis geográfica y ser mujer en la ciencia” (s.f) recibió la siguiente apreciación, y fui invitada a reescribirlo:

*Obrigado Marcia, observei que seu trabalho não dialoga com os conteúdos e bibliografia trabalhada na disciplina, sinto que você se distanciou do trabalho que fazíamos*²⁶.

(El extraño, comunicación personal, 04 de octubre de 2021)

Estaba claro para mí cuál era el diálogo que quería establecer, pero convidaba a alguien acostumbrado a pautar todo en sus términos, a menos que *no quieras dar el brazo a torcer* y que tu propuesta sea lo suficientemente convincente, o debería decir conveniente. Así que, su respuesta no me pareció ilógica y se me ocurrió, dirigir la rabia creativa.

Cuando ya estaba mucho más estable y con la cabeza reposada junté algunas de las referencias con las lecturas clásicas que había hecho sobre la Cuestión Agraria de Colombia y, en medio de un debate más cercano a sus intereses, mantuve casi completamente todas las ideas que componían la primera versión. Cuando sentía que ya no tenía nada que perder, ambos ejercicios me fueron aproximando más a lo que me interpelaba.

Durante tres meses, desde que había regresado de Colombia, estuve buscando la forma menos problemática de renunciar al doctorado o mudarme a Colombia abdicando de la beca. Mi regreso a Brasil tenía una única condición, si la dinámica de trabajo no cambiaba, “eso sería todo”. Durante ese periodo, recibí los siguientes comentarios de mi familia nuclear: “Después de todo lo que has pasado, todo el tiempo in-

²⁶ Gracias Marcia, observé que su trabajo no dialoga con los contenidos ni la bibliografía trabajada en el curso, siento que usted se distanció del trabajo que hacíamos. (El extraño, comunicación personal, 04 de octubre de 2021, traducción libre).

vertido, sólo faltan dos años, ¿tú vas a renunciar con todo tu potencial? ¿Tendrías que devolver el dinero?”. Soy la primera generación de mi familia en cursar estudios doctorales, de manera que no era tan sencillo explicarles que desistir no significaba para mí precisamente fracasar. Hago mías las palabras de Gutiérrez: “No ha sido fácil dotarnos de palabras explícitas que nos ayuden a organizar nuestra propia experiencia en el mundo” (2020, p. 28). Así que había hecho este pequeño acuerdo conmigo misma y con mi madre. Una negociación que afortunadamente me ayudó a reencontrarme.

Con todo, con mi regreso a Brasil, me persuadía más sobre que la renuncia era la mejor opción. Casio y Hellen, escuchaban mis argumentos una y otra vez, sostenían que esta era apenas una crisis y que el verdadero problema eran el *estranhamento* y las diferencias radicales con el espacio en donde contribuía. En medio de un café, finalmente surgió una estrategia, para no perder ni la beca ni el tiempo ni el conocimiento acumulado. Me armé de fuerzas e invité al extraño a nuestra última reunión, expuse mis argumentos y me despedí sin dar una respuesta concreta sobre cómo le daría continuidad al proyecto, porque el mayor de mis problemas no era su ejecución, sino el gran malestar que me producía seguir atada, solo bastaba desplazarme lo suficiente para reacomodar las ideas.

Mantuve algunas de mis responsabilidades y finalicé los compromisos previamente asumidos hasta ubicarme al margen. Me desplazé del centro, estuve sumida en el vacío, hasta llegar a la frontera, cerca del espacio *Alecrim*²⁷ e internán-

²⁷ El espacio Alecrim, ubicado al lado de una de las casas donde viví en Brasil, fue creado y es sustentado por Lía, una bella mujer de unos 50 y pocos años,

dome en la cocina, donde varias de nosotras amigas, tías y compañeras, hemos encontrado remedios y curas.

Lazos

Me tomé algunos meses mientras formalizaba los cambios que había decidido hacer. En ese tiempo seguí cuidando de mi salud mental, me dediqué a lecturas sobre metodologías y comencé a contactar a algunas compañeras y amigas para que me orientaran hacia un camino posible sobre el debate feminista de la Cuestión Agraria y su lectura desde América Latina.

Comenzamos a rastrear geógrafas latinoamericanas a las que les interesaba el tema de mujeres, tierra y la violencia en el campo. Les preguntaba a mis compañeras, de la red de investigación a la que estábamos vinculadas, a quién leer y con cuáles otras mujeres podría conversar. Me hablaron de María Franco, Jineth Pulido, Astrid Ulloa, Diana Ojeda, Sofia Zaragocin, entre otras. De esta forma, tejimos una red de pensamiento, que incluyó a feministas no geógrafas, como Gladys Tzul, Lorena Cabnal, Delmy Tania Cruz, Silvia Federici, Léila Gonzalez, Heleieth Saffioti, Rita Segato, Simone de Beauvoir y Judith Butler. Una me llevaba a la otra y algunas de las referencias e indicaciones comenzaban a coincidir en un diálogo de saberes de los *Sures* entre el feminismo marxista, campesino y popular,

también geógrafa. Me reunía con ella para conversar, durante nuestros encuentros de horas ella me enseñaba sobre fitoterápicos y la energía de cura de las plantas. Por un periodo mis malestares fueron tratados con sus tés y cuidados. Con ella aprendí sobre los tiempos de la naturaleza y la importancia de recuperarlos e incorporarlos a mi entonces agitadísima vida.

indígena comunitario, decolonial, *queer*, que también incluían, como notarán, autoras del norte global.

Me interesaba dialogar con mujeres sin un cerco ni mediaciones patriarcales que silenciasen nuestras voces (Méndez & Gutiérrez, 2020, p. 125). Así fue formándose una propuesta metodológica en la que no sólo trabajaría con las mujeres en sus territorios, sino que dialogaría muy de cerca e íntimamente con otras geógrafas que estaban pensando y trabajando en otros territorios, y que se habían preocupado por temas como cuerpo-territorio, los despojos de los cuerpos y tierras de las mujeres, sus procesos organizativos y las epistemologías feministas. Sin embargo, cuando compartí la propuesta con algunas geógrafas que estaban entre “a las que no puedes dejar de leer”, no les pareció muy lógico incluir sus historias de vida en mi investigación, el objetivo principal que estaba delineando eran las resistencias de las mujeres del campo en territorios atravesados profundamente por las violencias agroextractivas en Colombia y Brasil.

Tras una tentativa y otra, se me demostró que un diálogo así de íntimo sólo sería posible con aquellas mujeres con las cuales ya habíamos construido un vínculo. Entonces invité a algunas de mis compañeras a sumarse al ejercicio de reflexión que me proponía y tres de ellas aceptaron abrirme las puertas de sus casas para conocer sus historias de vida. Mientras que con ellas el diálogo fluía muy bien, con las organizaciones y movimientos de Brasil ocurría lo contrario.

Defendía la idea de no trabajar con los mismos movimientos de lucha por la tierra con los que históricamente se habían hecho investigaciones y se tenía una relación y compromiso polí-

tico muy fuerte en la geografía de la UNESP, donde me formaba desde mis estudios de maestría, no porque encontrara este compromiso político inapropiado —la relación movimientos-universidad era y es hoy necesaria, la universidad debe ser un espacio ocupado—, sino porque quería distanciarme de todo lo que tradicionalmente representaba a esta escuela de la geografía brasileña y entender otros procesos organizativos de base sobre los cuales, a mi parecer, poco se investigaba.

Sin éxito, solté el control y comencé a no forzar los contactos con otras organizaciones y movimientos, esto me llevó a inicios del 2023 a recorrer cuatro estados brasileños, y a conocer a mujeres del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), del Movimiento de los Pequeños Agricultores (MPA), del Movimiento de los Afectados por las Represas (MAB), de sindicatos y asociaciones que se enfrentan al capitalismo en territorios de avance de la minería y el agronegocio. Reflexionando en retrospectiva sobre las condiciones de seguridad que algunas de ellas enfrentan, en la defensa de la vida, la tierra y el territorio, considero que sólo fue posible aproximarnos, dialogar y visitar zonas de alto riesgo, gracias a los lazos de confianza que tenían con algunas de mis profesoras, compañeras y amigas. A través de nuestros encuentros, estaba entendiendo que había otras formas de relacionarnos, así como las implicaciones de la ética del cuidado en la investigación y práctica feminista (Osorio *et. al.*, 2021). Programar los trabajos de campo en Brasil me llevó más de un año.

Mientras una agenda de investigación en el norte de Brasil se hacía viable, finalmente, entre un contacto y otro, la encargada de la Secretaría de Derechos Humanos de la Federación

Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria (Fensuagro), me cedió una cita vía WhatsApp, conversamos sobre mis intereses en el estudio de la violencia en el campo y los procesos organizativos vinculados a la Vía Campesina en Colombia, con un recorte muy particular, quería dialogar con las mujeres de estas organizaciones. Me relató muy rápidamente la crisis de derechos humanos y de inseguridad que estaban enfrentando, los acuerdos de colaboración que les gustaría entablar con la universidad y que el Cauca, departamento colombiano, sería un lugar interesante para desarrollar la investigación.

A través de la Secretaría de Derechos Humanos de Fensuagro, conocí a Socorro, quién me dio la bienvenida a la federación. En nuestra primera reunión remota, realizada a inicios del 2022, me contó sobre los proyectos que estaban impulsando desde la Secretaría de Asuntos de la Mujer Rural y de la Niñez del Campo y que “le caía como anillo al dedo” el apoyo técnico para desarrollar la metodología y ejecutar un diagnóstico en el que estaban trabajando sobre el estado actual de la participación, articulación e incidencia política de las mujeres fensuagristas. En esa llamada hicimos *click*, nos reconocimos y yo no dudé en poner mi disponibilidad y conocimientos a su disposición. Había estado buscando una motivación real para mi doctorado y me parecía que allí podría encontrarle una razón de ser a mi trabajo como investigadora.

Nos dedicamos por algunos meses al desarrollo de la metodología del diagnóstico y en cada diálogo virtual con ella aprendía más sobre las organizaciones mixtas, el lugar central de las mujeres en sus territorios y comunidades, al interior de la federación, en la lucha agraria, campesina y popular del país.

Construimos un vínculo que no estaba determinado sólo por la colaboración en este amplio proyecto que albergaba trabajar con los comités de mujeres en los departamentos del sur-suroccidente colombiano, hablábamos de la vida, nos reíamos de los desatinos y construimos una muy bonita complicidad.

Durante estos dos años Socorro no sólo me permitió la entrada a la federación y a los espacios organizativos de las mujeres, me ayudó a definir un horizonte para la investigación, pero sobre todo a comprender que los lazos que construimos durante nuestro hacer investigativo son parte de nuestra vida, relaciones que nos afectan, a través de las cuales nos acuerpamos, vínculos de cuidado que pueden tornarse a una amistad.

Aunque ya había reunido muchas pistas de que estaba en el camino correcto, la decisión final de hacer mi tesis *sobre* mujeres, como decía en aquel momento, llegó nuevamente en una ocasión de profunda furia, dolor, y sí, con la muerte.

Mientras estaba tomando un baño, horrorizada, visualizaba nítidamente cada detalle de la ropa que vestía, podía ver sus alpargatas en tela de jeans empapadas de sangre, su pantalón color marrón liso y con las líneas perfectamente verticales dejadas por la plancha, su camiseta tipo polo con un bolsillo al lado derecho donde usualmente guardaba un lapicero y una pequeña libreta con las cuentas de las ventas, pedidos y cobros del día, la mochila que le compré en la sierra en su hombro derecho, le miraba de los pies a la cabeza hasta llegar a su cara enrojecida, con los ojos llenos de una rabia incontrolable, desesperados frente a la horrorosa escena que él había causado y apenas lo entendía, por fin podía ver la punta del cuchillo ensangrentado y las gotas de sangre aún

fresca cayendo de su mano. Le veía saliendo de la casa y tomando el teléfono para anunciarle la noticia a su hermana “Pelás corran para la casa (como le decía al rancho de su vieja) que maté a Carmen, ya no me jode más”, como si hubiera alguna forma de prevenir su muerte, una remota posibilidad de cambiar la decisión que había tomado al herirla y, con la cual, nos *cagaría* la vida a todas.

No podía cerrar la regadera, mi cuerpo temblaba, sentía un dolor punzante y paralizante en mi pecho y comencé a gritar “¡No, no, no, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?!”, la veía en el piso y cómo se dejaba ir con sus últimas lágrimas. Pensaba en el dolor de su madre, de sus hijos. Una y otra vez, por más que lo intentaba, la imagen del hombre al que había protegido y amado con todas mis fuerzas desde niña pasaba en mis ojos, con sus alpargatas de jeans empapadas de sangre.

Lo conocía tan bien, podía hasta sentir como respiraba, transpiraba y lloraba cuando estaba fuera de sí. Mi furia era tan grande, deseaba que su suicidio hubiera sido un intento exitoso, las balas que se le incrustaron en las piernas hubieran hecho un mejor trabajo, quería que no fuera mi tío, nunca haberle consolado en mis brazos, no quería decirle “Todo va estar bien”, ni verle, ni escucharle, ni hablarle, quería borrar su existencia de mi vida y que nuestro vínculo nunca hubiera sido tan profundo y fuerte, no amarle a pesar de todo y sobre todo. No quería ni quiero perdonarle. Tampoco escuchar de mi padre los repertorios mecanismos de impunidad de los que habla Borzacchiello (2016).

“Ahora sí mi hermano se terminó de dañar la vida”, me dijo, con palabras que apenas pudo pronunciar en abril del 2022,

durante sus vacaciones en Brasil, cuando recibimos una noticia de la que tanto me ha costado hablar. Creo que él sentía en carne propia los efectos del mandato de masculinidad que tanto ha cobrado de nosotras las mujeres. Nunca pensé que lo escrito por Rita Segato en su libro *La Guerra contra las Mujeres* (2016) cobraría tanto sentido en mi propia experiencia.

Confieso que por meses no hablé de esto con ninguna de mis amigas, ni con mis hermanas, ni con mi madre, ni con mis tías, ni siquiera con mi papá a quien veía sufrir en silencio hasta que anticipamos su regreso a Colombia por lo sucedido. El único testigo de mi horrorizado cuerpo, silencios, pesadillas e insomnio fueron Amora y mi actual compañero de vida.

Cuando por fin pude hablar sobre el asunto con una nueva terapeuta, en sesiones facilitadas por la universidad, tuve el valor de contarle a dos de mis amigas más íntimas y una de ellas me ofreció una posibilidad de canalizar la furia: “é por ela e por outras mulheres que você deve continuar sua investigação” (es por ella y por otras mujeres que debes continuar tu investigación). No necesité de muchos argumentos, su comprensión y calidez fue convincente. Sin embargo, no podía enfrentar un estudio sobre violencia contra las mujeres por razones de género, no tenía estómago para eso. Fue entre agosto y octubre del 2022, en medio de los círculos de mujeres en el Cauca y Putumayo colombiano, que encontré un punto medio para no trabajar bajo el discurso de las violencias y sí de la potencia emancipatoria de las mujeres, para poner entonces la vida en el centro como el principal motor de una muy incipiente geografía feminista.

Con el tiempo, los malestares que me provocan vivenciar relaciones profundamente desiguales me llevaron a plantear algunas de las preguntas en las cuales encuentro la razón de ser una geógrafa de los estudios agrarios y sobre las que intento pensar en mi tesis doctoral aún en proceso de redacción: ¿Cuál es el lugar que ocupan (ocupamos) las mujeres en los estudios agrarios?, ¿de qué formas las violencias impactan particularmente a las mujeres que viven, existen y piensan con/en los territorios de *Abya Yala*, específicamente en Brasil y Colombia?, ¿es posible un desplazamiento o giro radical que coloque en el centro de nuestras reflexiones la vida de las principales responsables de la reproducción y producción social, superando el discurso de la violencia como eje articulador de nuestras reflexiones?, ¿cuáles prácticas, estrategias, metodologías podemos construir, para romper con la lógica androcéntrica y heteronormativa de herencia colonial, para posicionarnos también como parte de nuestras investigaciones, al margen de la mítica relación objeto-sujeto, de tal forma que este giro nos involucre al punto de decir “somos-estamos pensado los territorios”?

Un desplazamiento o giro estratégico sería preguntarnos por las formas particulares en que los sistemas de opresión son empleados en la tentativa de negar la fuerza emancipatoria de las mujeres. Una cuestión que tiene de trasfondo, las conexiones entre capitalismo, racismo y patriarcado.

Me resulta imprescindible más allá del debate teórico conocer las implicaciones en la propia vida de las mujeres que sustentan los procesos organizativos y populares, que hacen historia, luchan, resisten y transforman. Podría decir que co-

nocer a mujeres como Daniela Dias, Julia Martins, Rosmeri Witcel, Hellen Mesquita, Paula Nascimento, Ariadne Aguiar, Luciane Soares, Renata Brasileiro, Lisbeth Julca, Socorro Piso, Nidia Quintero, y a través de ellas conectar con otras mujeres del campo, de las riberas de los ríos, de la selva y la montaña en Brasil y Colombia, con mujeres feministas y sus feminismos de los Sures, me han aproximado a experimentar radicalmente un *desplazamiento epistemológico*. Colocando la reproducción de la vida y la vida misma en el centro, para hacer una lectura feminista de la cuestión agraria, una geografía feminista que me cuestiona, expresa mis anhelos de construir comunidad, acompañar, acoger, interpelarnos y repensarnos. Esta geografía también me hace resignificar la furia y el dolor, por medio de construir –como he aprendido entre feministas como Teresa Garzón desde su hacer decolonial– entre nosotras, *con* y nunca más *sobre* conocimientos y saberes en clave colectiva, femenina/feminista.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2018 [2017]). *Vivir una vida feminista*. España: Editorial Bellaterra.
- BBC NEWS (13 de mayo de 2020). Las frases más polémicas de Bolsonaro sobre el coronavirus en Brasil. En: *BBC Mundo*. Disponible en <https://youtu.be/Ibw92oQE5vc?si=e5vI7bHaxggGb9Rg>.
- Borzacchiello, E. (2016). Pensando en la construcción de archivos feministas en tiempos de violencia: elementos para el análisis. En: Blazquez, N. y M.P. Castañeda (coords.), *Lecturas críticas en investigación feminista*. Ciudad de México: UNAM.
- Cruz-Hernández, D. (2020). Mujeres, cuerpo y territorios: entre la defensa y la desposesión. En: Cruz, D. y Bayón, M. (coords.), *Cuerpos, Territorios*

- y *Feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas* (pp. 45-61). Quito-Ecuador/ México: Ediciones Abya-Yala.
- Flores, N. (s.f). *Solidaridad internacional: un diálogo Sur-Sur entre feministas precarias*. Manuscrito no publicado.
- Gutiérrez, R. (2020). *Carta a mis hermanas más jóvenes*. Minervas Ediciones, Bajo Tierra Ediciones, Editorial Zur y Andrómeda.
- Gutiérrez, R. (2023). Comunicación oral. En: *Seminario de Doctorado Especializado de Metodologías Feministas*. Programa de Estudios e Intervenciones Feministas, CESMECA-UNICACH. Disponible en <http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1365/1485>.
- Maffia, D. (2007). Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. En: *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (28), jun. Disponible en https://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100005.
- Méndez, G. E. y Gutiérrez, R. (2020). Organización de la experiencia en la política de la diferencia femenina/ feminista. Potencia y retos. En: *Bajo el Volcán*, 1 (2), digital, mayo-octubre 2020, pp. 113-142.
- Osorio, D.; Itziar G. y Fulladosa, K. (2021). Consideraciones ético-político-afectivas en investigaciones feministas: articulaciones situadas entre academia y activismo. En: *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 50, pp. 43-66.
- Silva, J. M. (2013). Corpo, corporeidade e espaço na análise geográfica. En: Heidrich, A. Álvaro Luiz, Costa, B. y Pires, C. (org.), *Maneiras de ler: geografia e cultura* (pp. 28-36). Porto Alegre: Imprensa Livre; Compasso Lugar Cultura.



RUTAS PARA NAVEGAR POR LA AUTOETNOGRAFÍA
Y EL RELATO AUTOBIOGRÁFICO.
CAMINAR *EN Y POR* LA ACADEMIA



**RUTAS PARA NAVEGAR
POR LA AUTOETNOGRAFÍA
Y EL RELATO AUTOBIOGRÁFICO.
CAMINAR EN Y POR LA ACADEMIA**

María de Lourdes Morales Vargas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
UNICACH

Reconocerse, sentirse y cuestionarse

Reconozco mi lugar de privilegio tanto de profesora investigadora en un centro de investigación como de mujer blanca que ha tenido todo el apoyo económico, social y familiar para formarse con todas las oportunidades disponibles en ese espacio de privilegio que, a la par, permite el crecimiento profesional, el sustento económico y la proyección, al mismo tiempo que provoca dudas, miedos, expectativas incumplidas, ansiedad, entre muchas cosas más; emociones que me han llevado a cuestionar profundamente si es el sendero por el que debo continuar: mi mente asume que es mi responsabilidad permanecer ahí, mientras que mi cuerpo, atravesado por un sinfín de con-

tradiciones, me dice al oído que emprenda el viaje hacia un lugar distinto, menos complejo, más libre.

Pensar en esta problemática tan personal, que en conversaciones con mujeres de mi contexto académico me hacen saber que es una situación compartida, me genera una sensación de opresión en el pecho que intento mitigar con las buenas experiencias que ha traído ser investigadora y docente. Quiero pensar que mi esfuerzo ha fortalecido el camino intelectual de otras y otros, que lo extraordinario del conocimiento se ha convertido en un motor para seguir adelante a pesar del desánimo o la frustración que pueda traer la creciente falta de empleos dignos, la exigencia por los títulos, y la invisibilización de nuestro trabajo. Sin embargo, no puedo negar los momentos en los que me siento agotada, desilusionada y estresada por la dificultad de cumplir con los propósitos esenciales a los que se me obliga en tiempos determinados: producir investigación, ejercer la docencia, brindar tutorías, generar vinculación, dirigir tesis; todo al mismo tiempo de las actividades cotidianas y de elección de vida: ser madre, velar por el hogar, brindar alimento y proveer. Entonces me pregunto si vale la pena seguir en esta carrera que parece no tener fin ni recompensa. Por eso, creo necesario reflexionar sobre las condiciones estructurales que generan estas situaciones y buscar estrategias colectivas para transformarlas.

Pero ¿cómo lograrlo?, ¿cómo conciliar esos roles impuestos por la sociedad patriarcal que aceptó de alguna manera que las mujeres pudiéramos trabajar y producir económicamente; pero no que las labores del hogar y la crianza de los hijos fueran elementos compartidos?, ¿cómo poder autorrea-

lizarse sin tener que renunciar *vivir*, a la propia identidad, al goce y al disfrute? Como dice Herrera (2018):

Aprendemos [...] con los relatos [...] que mitifican e idealizan unos modelos determinados de masculinidad y femineidad. Mitificar [...] sirve para que las mujeres [...] interioricemos los valores del patriarcado, obedezcamos los mandatos de género y cumplamos con nuestros roles de mujer tradicional, moderna y posmoderna a la vez (2018, p. 6).

En este contexto, vivimos los procesos de vida con más dolor que placer, porque el dolor es parte del rol femenino tradicional, y cuando nos permitimos el placer nos señalan y nos sentimos egoístas y culpables. No sabemos cómo desmontar la culpa, la responsabilidad, el deber ser; por ello, sufrimos los procesos de vida más que disfrutarlos porque cuando disfrutamos nos sentimos, y nos hacen, sentir egoístas y culpables:

Habíamos los espacios [...] antes de que se comenzaran a nombrar los sistemas de opresión que ahora se han popularizado en el discurso, pero que difícilmente se materializan en prácticas concretas para su abolición. Cumplimos con el mandato de ser las sujetas [...] que demuestran, con su “entrega”, que no fuimos una mala inversión para el Estado, ni para la familia; [...], que haríamos que nuestro “éxito” y “futuro prometedor” valiera la pena y sacrificio. La seguridad laboral asalariada era la expectativa implícita de nuestras familias (Calixto, 2022, p. 4).

Las mujeres felices son una amenaza para el patriarcado que nos prefiere tristes y anestesiadas (Herrera, 2018). No busco quejarme, sino cuestionar, reclamar, alzar la voz; hacerlo a la par de la red de mujeres que desde hace algún tiempo buscan visibilizar, desmitificar, encarar con responsabilidad la urgencia de otros caminos que nos permitan transitar de otra forma el destino que, pareciera, nos tocó vivir.

Este texto tiene el propósito de reflexionar sobre las complejidades que enfrenta cotidianamente una mujer para alcanzar el éxito y el *futuro prometedor* que se le ha asignado como parte de su posición en la academia: pertenecer al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), contar con el perfil del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (PRODEP), impartir conferencias, ponencias, publicar libros, artículos, tener reconocimiento en temáticas específicas, etcétera. Se trata de un acto de enunciación para visibilizar lo que está detrás de esta demanda; para señalar los lugares y los espacios que estamos ocupando las mujeres (en cualquier ámbito) demandan del doble o del triple de esfuerzo, de inversión de tiempo, y dedicación de la que se le exige a un hombre en la misma posición, y no es nuestra responsabilidad de que sea así, no es nuestra responsabilidad no saber cómo hacerlo de manera diferente o mejor.

Por otro lado, sé que mi situación es mejor a la de infinidad de mujeres que enfrentan los mismos desafíos y complejidades desde terrenos más complicados, más esclavizantes. Entiendo por ello que el feminismo ha apuntalado la lucha colectiva al visibilizar la marginalidad, la opción de la enunciación de las experiencias particulares como un modo de acción, donde el lenguaje per-

mite posicionamientos que buscan accionar nuevas conciencias. En este sentido, vale la pena preguntar: ¿Cuáles son los aportes que ofrece el relato autoetnográfico, la autobiografía para comprender y transformar las experiencias de las mujeres en contextos de opresión y desigualdad?, ¿qué estrategias pueden emplearse para construir identidades, resistir al patriarcado y generar vínculos de solidaridad con otras mujeres?, ¿qué desafíos y tensiones se presentan al escribir desde la subjetividad y la posición política del feminismo, tanto a nivel personal como académico?

Pienso que el relato autobiográfico es una herramienta valiosa para comprender y transformar las experiencias de las mujeres en contextos de opresión y desigualdad, ya que permite dar voz a sus vivencias, emociones, pensamientos y acciones, así como reconocer sus saberes, fortalezas y resistencias. A través de la escritura de sí mismas, las mujeres pueden construir identidades, resistir al patriarcado y generar vínculos de solidaridad con otras mujeres, desde una perspectiva crítica, reflexiva y creativa. Sin embargo, escribir desde la subjetividad y la posición política del feminismo también implica enfrentar desafíos y tensiones, tanto a nivel personal como académico; por ejemplo: cuestionar los discursos hegemónicos y las normas sociales que nos han impuesto; asumir los riesgos y las consecuencias de exponer nuestras historias personales y colectivas; dialogar con otras voces y miradas que pueden ser divergentes o contradictorias, y buscar formas de legitimar y difundir nuestros relatos en espacios académicos que aún son hostiles o indiferentes a las narrativas feministas. Mi historia es una más del montón, pero también es única e irrepetible, y

desde ella quiero aportar al conocimiento y a la visibilidad de las mujeres que luchan por su libertad.

Por ello, las historias personales de mujeres adquieren una importancia insoslayable para esta comprensión. Al analizar de qué manera la narrativa de nuestra propia trayectoria, con sus particularidades y obstáculos, contribuye a reafirmar nuestra identidad como mujeres, nos invita a reflexionar sobre nuestro futuro. Reflexionarnos, pensarnos y nombrarnos nos ayuda a leer cómo se configura el mapa donde nos movemos y donde generamos otra red de relaciones. Ya lo dijo Soren Kierkegaard: “la vida se vive hacia adelante, pero sólo se entiende hacia atrás” (Kierkegaard, citado por Aniano Gago, 2015, p. 53); en otras palabras, relatar la vida propia, con sus tintes y vicisitudes ayuda a reivindicar nuestro ser mujer, las experiencias que nos atraviesan, marcan y configuran como sujetas históricas, agentes, mujeres con capacidad de transformar los espacios, los contextos que habitamos y en los que nos desarrollamos, para pensar en otros posibles caminos.

Navegar por la autoetnografía y el relato autobiográfico (un acercamiento)

El propósito de este texto es mostrar a la autoetnografía como posibilidad metodológica de recuperación de experiencias, con base en reflexiones que parten del ejercicio antropológico de la escritura. En este sentido, la escritura emerge con resistencia que ayuda a visibilizar distintas realidades ocultas tras las hegemonías, asimismo, como un recurso metodológico de exploración para desarrollar procesos de in-

vestigación que buscan plasmar voces —también la propia— para dialogar (Mazariegos, 2022).

Un recurso de la autoetnografía es la narrativa autobiográfica o el relato autobiográfico que se constituye como un dispositivo de interiorización de la experiencia que permite la visibilización del *ser* en el entramado de las condiciones sociales, contextuales y personales sobre las que se reflexiona, o desde las que se parte (Planas, 2015). Ayuda a crear la propia voz y abrir el diálogo polifónico con otras voces, otras mujeres (Mazariegos, 2022). Se parte de la premisa de que, al narrar sus historias, las personas reflejan su propia experiencia, la cual es apropiada y replanteada en cada momento a través del uso del lenguaje y de la escritura (Juliao Vargas, 2021). Desde estos ejercicios narrativos que buscan establecer conexiones entre los aspectos afectivos, sociales, culturales y políticos (Ellis, *et al.*, 2015), es posible apreciar y analizar la experiencia personal situada en el marco de la experiencia cultural (Ellis, *et al.*, 2015).

Ahora bien, fue desde 1960 que en las ciencias sociales y las humanidades se comenzó a tomar la experiencia narrativa personal como un recurso importante en la investigación. Ahí emerge la metodología narrativa cualitativa, que busca reconstruir los relatos personales (historias de vida, historias orales, escritos de viajes, correspondencias) con los recursos de la etnografía porque permiten acceder a las vivencias, los significados y las interpretaciones que los sujetos le dan a sus propias realidades. A través de estos relatos, el investigador puede comprender mejor el contexto sociocultural, histórico y político en el que se desarrollan las experiencias narradas.

Además, los relatos personales son una forma de dar voz y visibilidad a los actores sociales que muchas veces son marginados o ignorados por el discurso hegemónico. Así, la etnografía se enriquece con la diversidad y la complejidad de las historias humanas. Por ello, abogar por estas experiencias puede ayudar a construir conocimiento de diversas maneras.

La autoetnografía surgió en el campo de la antropología como una forma de investigación en la que el investigador se involucra personalmente en el estudio de una cultura o grupo social, posteriormente comenzó a ser retomada por otros campos disciplinares como la sociología, la psicología, los estudios culturales y los estudios literarios, entre otros, porque encontraron en ella una herramienta valiosa para explorar y comprender las experiencias subjetivas de los individuos y los procesos socioculturales en los que están inmersos (Ellis, *et al.*, 2010).²⁸

Por otro lado, en la década de los 70, los estudios feministas comenzaron a retomar la autoetnografía feminista como parte del movimiento feminista y la creciente demanda de incluir las voces y experiencias de las mujeres en la investigación académica. Fue en este contexto feminista donde ha cobrado mayor relevancia para analizar y cuestionar las desigualdades de género. Es importante destacar que en la década de los 90, Carolyn Ellis y Arthur Bochner, alentadores del género de la autoetnografía, la posicionaron como una de las vías para

²⁸ Publicado por primera vez en: Ellis C., Adams T. y Buchner A. (2010). Autoetnografie. En: Mey G.& Ruck K. (eds.), *Handbuch Qualitative Forschung in Der Psychologie*. Alemania: VS Verlag/springer. Reimpreso y compilado nuevamente en Benárd Calva, Silvia M. (comp.) (2019), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis. pp. 17-42.

acercarse a lo que la gente piensa, siente, hace y así comprender el significado o el sentido de lo que los actores le otorgan a su experiencia (Ellis, 2004: 68 citada por Blanco, 2012).

En las décadas siguientes, la autoetnografía feminista se usa como una metodología de investigación que ha evolucionado, se ha reconocido y se utiliza como una herramienta de resistencia y reflexión fundamentada en la idea de que las experiencias personales y subjetivas de las mujeres son relevantes y valiosas para acercarse a la realidad social y cultural en la que vivimos. Así, en estos relatos o narraciones, muchas veces autobiográficos, las mujeres investigadoras reflexionan y cuentan sus propias experiencias como punto de partida para analizar y cuestionar las estructuras de poder y las desigualdades en la sociedad (Bernard, 2019).

La apuesta de la autoetnografía feminista como herramienta de investigación, no sólo se centra en la experiencia vivida, sino en la exploración de las conexiones entre lo personal y lo colectivo para comprender, desde una perspectiva crítica y reflexiva, cómo lo personal está influenciado por las estructuras de poder. Quizás por ello la narración de estas experiencias permite la visibilización de las desigualdades y, posteriormente, la transformación social.

Se pone énfasis en la experiencia vivida como una fuente de conocimiento y un punto de partida para la investigación y el posicionamiento político (Haraway, 1995, citada por Mora-Martínez, 2011). En este sentido, es posible pensar que la experiencia personal vivida, es una experiencia compartida y, por ello, es una experiencia de todas (Lastesis, 2021, p. 9), porque las mujeres se reconocen en las mismas

violencias narradas, que son históricas y sistémicas. Las experiencias personales se vuelven puntos de encuentro que permiten configurar rutas, caminos, mapas compartidos.

La autoetnografía feminista es una propuesta teórica y metodológica que combina elementos de la etnografía y la reflexividad personal, reconociendo el valor de la subjetividad y el papel del investigador en la producción del conocimiento. Además, busca dar voz a las experiencias individuales y subjetivas como una forma legítima de conocimiento. Esta propuesta se ha aplicado en diversas disciplinas, ya que permite una comprensión más profunda y contextualizada de los fenómenos culturales, mediante la conexión entre lo personal y lo cultural (Ellis, *et al.*, 2010).

La autoetnografía es una metodología que combina elementos de la etnografía tradicional, como la participación activa en el campo y el uso de entrevistas, con la introspección y la escritura autobiográfica del investigador o investigadora, que se convierte en el propio objeto de estudio y explora su experiencia personal como fuente de conocimiento (Bernard, 2019). Esta forma de investigación requiere una reflexión crítica y una narrativa coherente que informe de los procesos y los resultados del autoanálisis.

El carácter subjetivo de la autoetnografía es objeto de críticas desde las epistemologías tradicionales. El argumento se sitúa en el uso de la propia vida como objeto de estudio que puede afectar a la privacidad y la confidencialidad de los participantes en la investigación y que, al ser demasiado subjetiva, llega a carecer de validez científica. Pese a ello, para los estudios feministas y otras epistemologías y pedagogías

emergentes, la autoetnografía es una potente apuesta teórica y metodológica que busca ampliar las formas de entender y analizar los fenómenos contemporáneos que vivimos las mujeres en distintos espacios. Por ello, ha sido impulsada como metodología por diversas académicas y activistas feministas desde hace décadas, quienes la han utilizado como una forma de resistencia y empoderamiento (Bernárd, 2019).

Carolyn Ellis (2004; 2009; 2011) es considerada una de las pioneras en el campo de la autoetnografía feminista. Ellis ha desarrollado una extensa obra en la que explora temas como la violencia de género, la maternidad y la identidad femenina. En su libro *The Ethnographic I: A Methodological Novel about Autoethnography* (2004) presenta un enfoque innovador para la autoetnografía, utilizando una narrativa novelada para explorar los desafíos y posibilidades de este método de investigación; en *Revision: Autoethnographic Reflections on Life and Work* (2009) reflexiona sobre su propia trayectoria como investigadora y académica, utilizando la autoetnografía como herramienta para examinar su identidad, experiencias y prácticas profesionales; en *Autoethnography: an overview* (2011) obra coeditada por Carolyn Ellis, Tony E. Adams y Arthur P. Bochner, se presentan múltiples perspectivas y enfoques de la autoetnografía como método de investigación.

Por su parte Chandra Talpade Mohanty (1988; 2003) ha contribuido significativamente al desarrollo de la autoetnografía feminista con su trabajo sobre la intersección de género, raza y clase. Sus escritos cuestionan los discursos hegemónicos y han dado voz a las experiencias de las mujeres marginadas. En cuanto a sus contribuciones a la autoetno-

grafía feminista, Mohanty ha abogado por una forma de investigación y escritura que dé voz a las experiencias de las mujeres y otras personas marginadas. Destacó la importancia de situar las experiencias personales en un contexto más amplio de opresión y poder, y ha utilizado la autoetnografía como una herramienta para desafiar y dismantelar las narrativas dominantes. Sus obras principales y contribuciones a la autoetnografía feminista incluyen *Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses* (1988), ensayo que critica la tendencia de algunas feministas occidentales a generalizar las experiencias de las mujeres del Tercer Mundo y retratarlas como víctimas pasivas; este texto propone una perspectiva feminista que toma en cuenta las diferencias culturales y contextuales. En *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity* (2003), Mohanty examina las formas en que las feministas pueden trabajar juntas a nivel global sin imponer una perspectiva occidental. Se proclama a favor de un feminismo que sea inclusivo y respetuoso de las diferentes culturas y realidades.

Patricia Hill Collins (1990; 2004; 2012) es una destacada socióloga y teórica feminista de raza negra que realizó importantes contribuciones a la autoetnografía feminista. Es reconocida por su trabajo en teoría crítica de la raza y el feminismo, ha utilizado la autoetnografía como una herramienta para explorar la intersección de género, raza y clase en la vida de las mujeres afrodescendientes. En su trabajo aborda la intersección de raza, género y clase, y desafía las concepciones tradicionales de la teoría feminista. Algunas de sus principales obras y contribuciones en este campo son *Black Feminist Thought:*

Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment (1990), libro que examina su conocimiento y teoría feminista en respuesta a su experiencia de opresión, propone una teoría del pensamiento feminista que abarca la intersección de raza, género y clase, y afronta las concepciones dominantes de la teoría feminista. En *Black Sexual Politics: African Americans, Gender, and the New Racism* (2004), Hill Collins examina cómo las políticas sexuales y raciales se entrelazan y forman las experiencias de las mujeres afrodescendientes, analiza cómo el racismo y el sexismo operan de manera interseccional en la sociedad estadounidense y cómo afecta a las mujeres negras en particular. *Truth-telling and intellectual activism* (2012) es un texto donde Hill Collins discute la importancia de combinar la teoría con la acción política y aboga por la participación de los académicos en la lucha por la justicia social. Argumenta que la teoría y la investigación deben tener un impacto en el mundo real y deben ser utilizadas para promover el cambio social.

Por su parte, bell hooks (1981; 1989; 1994; 2000) fue una autora y activista feminista que utilizó la autoetnografía como una forma de resistencia y exploración de la identidad negra y feminista. Sus escritos desafían los estereotipos y promueven la liberación de las mujeres negras. En *Ain't I a Woman?: Black Women and Feminism* (1981) hooks examinó la intersección de la raza, el género y la clase en la experiencia de las mujeres afroamericanas, utilizó la autoetnografía para dar voz a estas experiencias y desafiar las narrativas dominantes sobre el feminismo. *Talking Back: Thinking Feminist, Thinking Black* (1989) es un texto donde reflexionó sobre su propia identidad como mujer negra y feminista, y cómo la opresión y la resis-

tencia se entrelazaron en su vida y en la sociedad en general. En *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom* (1994), aunque no es estrictamente una obra sobre autoetnografía, bell hooks utilizó su propia experiencia como profesora y activista para explorar cómo la educación es una herramienta para la liberación y la transformación social, y cómo la autoetnografía ayuda a desafiar las normas dominantes en el aula. *Feminism is for Everybody: Passionate Politics* (2000), es un libro donde la autora abordó la autoetnografía feminista como un medio para la libertad y la transformación social, explorando cómo la opresión de género afecta a las mujeres en diferentes contextos. El trabajo de bell hooks abarca una amplia gama de temas y enfoques, y su escritura es profundamente reflexiva y comprometida con la justicia social.

Estas autoras son solo algunas de las investigadoras impulsoras de la autoetnografía feminista como método y práctica, cada una de ellas la ha utilizado como una herramienta para dar voz a las experiencias de las mujeres y cuestionar las desigualdades de género en la sociedad. Ahora bien, en Latinoamérica, algunas investigadoras han realizado también trabajos desde la autoetnografía feminista y han aportado investigaciones importantes a este campo. Una de ellas es la antropóloga Rita Laura Segato (2003; 2006; 2007; 2018) quien, desde su trabajo y trayectoria, visibiliza las experiencias de las mujeres a partir de analizar las formas de violencia de género; y propuesto alternativas pedagógicas y políticas para combatir la desigualdad de género en América Latina. Entre sus obras y contribuciones se destacan *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropolo-*

gía, el psicoanálisis y los derechos humanos (2003), libro en el que se examinan las formas de violencia de género presentes en las sociedades latinoamericanas y donde se propone una mirada interdisciplinaria que combina la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. En *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (2006), Segato investiga los feminicidios en Ciudad Juárez, México, y utiliza la autoetnografía para estudiar las formas de violencia de género que se perpetúan en esta región mexicana. En su trabajo *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de identidad* (2007), la autora aborda las relaciones de poder y las dinámicas de exclusión presentes en las políticas de identidad en América Latina, poniendo énfasis en la perspectiva de género y las experiencias de las mujeres. En *Contra-pedagogías de la crueldad* (2018), reflexiona sobre la violencia de género y la crueldad en el contexto latinoamericano, cuestionando las formas tradicionales de educación y propone una pedagogía feminista de la resistencia. Rita Segato ha contribuido a reforzar la perspectiva teórica, ya que combina la autoetnografía, la antropología y el feminismo. Su enfoque se centra en dar voz a las experiencias de las mujeres y en analizar las relaciones de poder y las formas de violencia de género presentes en las sociedades contemporáneas.

Desde México, Marta Lamas (2018) ha realizado importantes aportes a la autoetnografía feminista, investigando sobre temas relacionados con la identidad de género, el feminismo y los derechos de las mujeres. A través de la autoetnografía, presenta historias de mujeres que desafían los estereotipos de género y reivindican su autonomía. Su

trabajo es fundamental para visibilizar las experiencias de las mujeres y promover la igualdad de género en América Latina. Entre sus obras y contribuciones feministas podemos destacar *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (2018), en este libro, Lamas explora cómo se construye socialmente el género y cómo influye en la vida de las personas, a través de la autoetnografía, analiza sus propias experiencias y reflexiona sobre la importancia de cuestionar los roles de género impuestos por la sociedad.

Los aportes de estas investigadoras en el campo de los estudios feministas, y concretamente a la metodología feminista, son fundamentales para seguir afianzándola como alternativa epistemológica y metodológica para los estudios de género.

Como vemos, la autoetnografía es una metodología que permite explorar la experiencia personal desde diferentes ángulos y disciplinas. En este artículo, quiero reflexionar sobre el valor de la experiencia en mi trayectoria como educadora e investigadora feminista, tanto en el pasado como en el presente; para ello, utilizaré el enfoque de la autoetnografía feminista, que reconoce la relevancia del contexto y la transversalidad de la experiencia en distintos ámbitos de actuación. En este sentido, el proceso de reflexividad es un elemento vital al momento de investigar e investigarse, pues al reflexionar sobre nuestro papel y posición podemos ser más conscientes de las implicaciones éticas y políticas de la propia investigación. Esto implica reconocer y reflexionar sobre cómo las propias experiencias, creencias, prejuicios y privilegios pueden influir en la forma de observar, interpretar y representar la realidad de las mujeres. La reflexividad en la autoetnografía feminista busca evitar la

objetividad y la neutralidad pretendida en la investigación tradicional, reconociendo que todas las investigadoras están situadas en contextos sociales y culturales específicos que influyen en su conocimiento y comprensión del mundo. A través de la reflexividad, las investigadoras feministas podemos analizar críticamente nuestra propia posición dentro de las relaciones de poder y reconocer cómo puede afectar la investigación.

Esta tarea implica cuestionar y desafiar los discursos dominantes y las estructuras de poder que perpetúan la opresión de género, lo que, a su vez, hace imperativa una conciencia crítica de la propia posición y una constante autorreflexión sobre cómo los sesgos y las influencias personales pueden afectar la investigación y la representación de las mujeres (Preissle y DeMarrais, 2019).

Caminar *en y por* la academia (Relato autobiográfico)

Como he dicho varias veces, a través de este artículo planteo el relato autobiográfico como un proceso de escritura y reflexión sobre mi propia experiencia de caminar *en y por* la academia, con el propósito de que pueda ser un punto de partida o un puente para abordar y situar las experiencias vividas como marcos de aprendizaje para las estudiantes que se adentran al uso de la etnografía feminista y el relato autobiográfico, ya que: “documentar nuestra reflexividad produce investigaciones autobiográficas, relatos desde nuestro propio punto de vista” (Preissle y DeMarrais, 2019, p. 85) que sitúan el relato y la experiencia vivida como núcleo de producción epistémica, práctica política y construcción de las subjetividades (Blanco, 2012).

Ahora bien, hablar sobre mi recorrido por la academia no se limita a un solo camino. Mi andar ha atravesado una mezcla de experiencias que se han entrelazado y enriquecido, como las sinapsis neuronales que generan nuevas conexiones y aprendizajes. Esto me ha permitido explorar otras formas de concebir y transformar mi labor académica y mi identidad como mujer que se suma a las corrientes emergentes de los feminismos y la lucha feminista. Parto desde mi experiencia para plantear una mirada que va más allá de los discursos académicos y que, más bien, hace referencia a lo que nos afecta, nos disloca y nos moviliza hacia la búsqueda por cambiar la mirada sobre nosotras mismas, sobre lo otro y sobre el mundo (Foradada y López, 2023). Ello me lleva a reafirmar que la construcción del conocimiento se funda más allá de la noción académica, epistémica o pedagógica en la que se encaja.

Han pasado poco más de 19 años desde que tuve la fortuna de comenzar la docencia. Aun transito el viaje, con maleta en mano, sueños y esperanzas. La docencia llegó a mí por casualidad. Tenía 23 años y trabajaba en Tuxtla Gutiérrez como diseñadora gráfica para El Consejo Estatal para Las Culturas y las Artes de Chiapas (CONECULTA). Un día de tantos, mi papá me llamó para decirme que tenía la oportunidad de conseguir unas horas para dar clases en la carrera de Diseño Gráfico en una universidad privada y, otras, en la Universidad Intercultural de Chiapas (UNICH), en San Cristóbal. Para ese entonces vivía en Tuxtla y estaba harta del calor; no lo pensé demasiado, hice entrevistas, trámites y decidí tomar las asignaturas disponibles. Por dos años trabajé por las mañanas en la universidad privada y, por las tardes, en la UNICH, mientras los sábados estudiaba la maestría.

En ese entonces comencé uno de los tantos viajes que han tejido mi existencia. Llegué a la docencia con un saco lleno de sueños, con la impronta de enseñar lo poco que sabía, creyendo en que ese trabajo sería transitorio (mientras encontraba algo mejor). Mi única certeza era la de no querer ser como muchos de los y las docentes que tuve durante mi formación escolar.

No soy docente de profesión, no estudié ni fui formada para la docencia, mucho menos para la investigación; mi campo de acción, mi formación, está más vinculada a las artes, las humanidades: soy creadora por naturaleza, pinto, diseño, bordo. Los colores y el papel me acompañan desde antes de saber escribir. Lo que he aprendido de educación, pedagogía, docencia e investigación, lo obtuve sobre la marcha, dentro-fuera del aula y del campo académico, con estudiantes y colegas que también fueron mi escuela.

Recuerdo que soñaba con contribuir a formar estudiantes libres de pensamiento; seres conscientes de su lugar, su espacio, su capacidad y su entorno. Yo era muy joven, pero estaba segura de que el aula –no hablo del aula reducida al espacio confinado a cuatro paredes–, era el espacio de convivencia donde debían de caber múltiples voces. Más tarde, leí a bell hooks (2021) quien considera que el aula puede ser un lugar en el que se gana la libertad junto a otros y otras; entonces, reafirmé que el sentido de la enseñanza y el aprendizaje no se halla en el aula por sí misma, sino en la sinergia con las personas.

La educación pública me acogió desde 2007, llegué a ser profesora de asignatura primero, luego una de tiempo completo y, ahora, soy *investigadora*, una que no sabe muy bien lo que implicaba serlo –aun lo sigo descubriendo–. He sido do-

cente de diseñadores gráficos, comunicólogos, gestores, publicistas, artistas plásticos y, desde entonces, la universidad ha sido mi centro de trabajo, mi escuela, mi hogar.

Con el tiempo descubrí que la docencia y el trabajo de la investigación no son tareas fáciles. El conocimiento legitimado no se produce a través de la repetición casi autónoma de autores consagrados, ni se establece bajo el poder que otorga un título académico. La labor académica exige muchísimo tiempo y esfuerzo personal, requiere de lectura, preparación y habilitación constante. Es un campo de batalla que obliga a lidiar con el sistema escolar, las políticas universitarias, el contexto, incluso el acoso –para muchas de nosotras–, junto a diversidad de colegas –muchos, muchas, poco empáticos– y estudiantes que, la mayoría de las veces, consiguen que el campo florezca con lavandas y margaritas.

Cada experiencia, positiva o negativa dentro del aula, me formó como docente; y, el campo simbólico de la academia, como investigadora. Publiqué mi primer artículo académico en el 2011; lo hice porque mis funciones como profesora-investigadora de la Facultad de Artes así me lo exigían. Fue una tarea complicada, apenas y tenía las herramientas necesarias para hacerlo, pues mi campo de formación era otro; sin embargo, como muchas cosas en la vida, tuve que aprender sobre la marcha.

Ingresé al doctorado en 2014 y fue uno de los más grandes desafíos en mi carrera académica. No era mi primer acercamiento a la investigación, pero sí la experiencia que más me ha formado, no sólo porque mi doctorado (en un área de las ciencias sociales) me introdujo a disciplinas ajenas a mi formación, sino porque, en términos personales,

tuve que ser estudiante de tiempo completo, a la par de profesor universitario (debí cubrir parcialmente con mi horario laboral) y madre presente. Todo para mantener la plaza de profesora investigadora en la universidad.

Durante tres años viajé diariamente el trayecto Tuxtla Gutiérrez-San Cristóbal de Las Casas, para tomar clases y regresar a cuidar a mi hijo (que en entonces tenía 7 años). Volví a casa de noche, apenas para arroparlo en la cama y verlo dormir. Ya para ese momento emprendí una nueva carga: la tesis. Fueron cuatro años difíciles que indudablemente me formaron, más para resistir la vida, que como investigadora. Hoy, después de tantos años, sigo preguntándome cómo lo hice.

Pese a las complicaciones que el relato pueda transmitir, reconozco que haber estudiado el doctorado me abrió a otros espacios laborales. En 2017 llegué al Centro de Investigación en el que laboro, aquí, más que en cualquier otro espacio, he sentido el sabor a fierro de las contradicciones académicas, las tensiones laborales y las prácticas absurdamente violentas y deshonestas de los espacios académicos. Pienso en lo difícil que es labrar la propia tierra o ganarse un lugar a fuerza de golpes, con mil cosas en contra; pero, el mundo de la academia es así: se debe producir conocimiento y publicarlo, ser docente, brindar tutorías, dirigir tesis, escribir lo propio, investigar, lidiar con colegas que, muchas veces, *underground*, obstaculizan más que alentar, o allanar el trabajo y el crecimiento. ¡Nunca es bastante, nunca es suficiente, nunca eres una investigadora competente! Quizás es por lo que reflexiono, siento y cuestiono, muchas veces, mi propio proceso como académica.

Actualmente soy investigadora y docente, pero a lo largo de mi trayectoria he acumulado más tristezas que ilusiones. La investigación y la escritura se convirtieron en una carrera contra el reloj: necesito publicar para conservar mi lugar en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI-CONAHCYT) y el Programa de Mejoramiento del Profesorado (PRODEP), impartir clases de posgrado, dirigir tesis, formar parte de comités tutoriales (a veces, con temas que no son mi especialidad), participar en cuerpos académicos y colegiados, todo en medio de un ambiente hostil donde falta el compañerismo, la escucha y el respeto.

Pienso que la investigación es una actividad creativa, como pintar un lienzo lleno de colores, ideas y discursos; donde la escritura es el diálogo con los demás, el intercambio de saberes y conocimientos, debe realizarse desde una perspectiva más horizontal, con personas que colaboren en sumar experiencias, no en devaluar al contrincante. Escribo esto teniendo en la cabeza a mis estudiantes, esos que, en mayor o menor medida, me han ayudado a repensar mi lugar como docente, investigadora y mujer, y me han permitido respirar y recordar que ellas y ellos son la ruta y el destino. Deseo allanarles el futuro, por eso presento a continuación un recuento de algunas de sus historias, para alzar la voz y volver a pensar en la ruta.

María fue mi alumna en la Universidad Intercultural de Chiapas, vino de una comunidad tzeltal, trabajaba como servidumbre en una casa en San Cristóbal de Las Casas, mientras por las tardes estudiaba la licenciatura en Lengua y Cultura Intercultural en la UNICH. Era una joven callada, pero amable, de poca sonrisa. Destacaba por ser cumplida y escribir muy bien. La recuerdo porque, para el ensayo final de mi

materia (que era hacer una narrativa), escribió un relato sobre un episodio traumático de su vida: una muy triste y dolorosa que enunciaba el silencio y las violencias a las que se enfrentan las mujeres indígenas que trabajan como *sirvientas* en San Cristóbal de Las Casas, destacan la discriminación por su origen étnico, su lengua, su vestimenta y su condición social. Muchas personas en la ciudad tratan a estas mujeres con desprecio, burla o indiferencia, lo que afecta su autoestima y su sentido de pertenencia. La falta de recursos económicos para cubrir sus necesidades básicas, como alimentación, transporte, salud y vivienda es otro factor importante, por eso tienen que trabajar varias horas al día, con salarios mínimos que apenas les alcanzan para el transporte. La dificultad para adaptarse al sistema educativo formal también es otra constante. Las comunidades dónde vienen rara vez tienen el mismo nivel educativo que en la ciudad.

Muchas veces los estudiantes tienen que aprender a usar la tecnología, a seguir un plan de estudios, a realizar trabajos académicos en español y a cumplir con las normas y los plazos establecidos. Todo esto, lejos de su familia, cultura y entorno, con grandes dosis de nostalgia, soledad y desorientación. La historia de María es muestra de resiliencia, fuerza y valentía. Cuando la leí, tenía casi su misma edad. Esa fue la primera vez que estuve consciente de mi lugar de privilegio como mujer y de todas las ventajas que había tenido a lo largo de mi vida.

Angélica fue mi estudiante en la Facultad de Artes, quería ser artista visual; una chica creativa, inteligente, risueña. Una vez, les dejé de tarea a los estudiantes de mi clase (no recuerdo cuál era la materia) que escribieran lo que significaba para

ellos la palabra y el concepto de *cuerpo* a través de una autobiografía, un ensayo, un poema, o un cuento. Debían generar, además, una pieza creativa (fotografía, ilustración, pintura). Angélica, en la exposición de su trabajo, me enseñó la potencia de la creación artística. Además de la autobiografía, realizó una serie de autoretratos fotográficos, imágenes de mujeres que reflejaban el dolor y la resistencia; la vulnerabilidad y la fuerza; la cicatriz y la belleza; imágenes de mujeres que mostraban sus heridas, físicas o emocionales; pero también su orgullo y su dignidad. Mujeres que se abrazan, se apoyan, se cuidan, se aman. Mujeres que desafían las normas, los estereotipos, las imposiciones, las violencias. Mujeres que celebran sus cuerpos, sus identidades, sus diferencias, sus historias. Retratos que hablan de lo que significa ser mujer en un mundo que, a menudo las margina, las silencia, las lastima. Retratos tan hermosos, lo único que podía sentir hacia el final de la clase era un enorme hueco en el pecho. Su trabajo me interpeló y me hizo pensar en las miles de batallas que he surcado: la gordura de la infancia y la adolescencia; mi miedo a engordar en los embarazos; las palabras feas que me dije frente al espejo. Me di cuenta de mi propia represión al pensar en mi cuerpo. En la anulación que hice de mí, en mi falta de capacidad para romper con los estereotipos impuestos.

Sandy fue la primera alumna (incluso mayor que yo) que creyó en mí como docente. Ella confió en mis conocimientos y en mi capacidad para acompañarla en su dirección de tesis, aún antes de que yo lo hiciera. Yo dudaba de mí porque sentía que me faltaba experiencia; sin embargo, de su mano, aunque ella no lo sabe, con muchísima paciencia, ambas concluimos su pro-

ceso. Sandra me regaló la primera tesis dirigida por mí y, junto con ella, el puntaje necesario para ser perfil PRODEP en 2013.

Karla fue mi alumna en la universidad, luego en posgrado y mi primera dirección de tesis de maestría. Ella era una chica sencilla, muy hábil para hacer entrevistas y trabajo de campo. Dirigirla fue un reto complicado, tenía dificultad para redactar, dialogar con autores, construir el marco teórico. Para ella el proceso de la maestría fue difícil, más por la tesis. Enfrentó este desafío con un bebé de dos años que requería de su atención y cuidado. A pesar de las dificultades, logró culminar su proyecto con éxito, gracias a su esfuerzo y dedicación. Yo tuve el honor de acompañarla en este proceso, brindándole apoyo, orientación y paciencia. Ambas éramos madres de infantes y sabíamos lo complicado que podía ser conciliar la vida académica y familiar. Karla me demostró que es posible superar los obstáculos con voluntad y perseverancia. De ella aprendí mucho sobre la comprensión y el respeto por los procesos individuales de cada persona.

En 2022, tuve la oportunidad de colaborar como profesora e investigadora invitada en los posgrados en Investigación e Intervención Feminista del PEIF-CESMECA. Mi tarea consistía en dirigir dos tesis, una de maestría y otra de doctorado. Así conocí a Rosario y a Mitzi. Me resulta interesante cómo la vida nos lleva a encontrarnos con lugares y personas que nos plantean nuevos desafíos. Mi formación se centra más en las teorías, métodos y técnicas de la antropología urbana, la antropología de las artes y los estudios culturales y regionales, que en el Feminismo y sus propuestas teóricas, metodológicas y prácticas. A pesar de ello, por un

interés temático y el acercamiento a temas transversales de las tesis, tomé la dirección de las investigaciones.

Dirigir estas dos tesis, asistir a las estudiantes en sus propios procesos de investigación, relacionarme con ellas en el ámbito académico, leerlas, acompañarlas y, sobre todo, escucharlas hablar sobre teorías, autoras, procesos, sentires políticos; hablar sobre aquello que las interpela, las oprime, las condena fue lo que me hizo dar un paso hacia la temática de la que ahora hablo.

Su voz y su escritura han resonado fuerte en mí, quizá ellas no lo saben, pero leer sus propios entramados teóricos, las discusiones desde su *locus*, me abrió el panorama hacia interrogantes que me interpelan. Mitzi me mostró el camino para entender las luchas colectivas que se gestan en la calle como procesos de sanación, vías que pueden llevar a desarticular la culpa. Recuerdo que mientras leía me pregunté si era posible desarticular la culpa; pensé en mis propios pesares, en las condenas que me he impuesto bajo la creencia de que es mi deber cumplir con ciertos roles e imposiciones que he naturalizado y que devienen de un sistema patriarcal que se ha encargado de imponerle a las mujeres las buenas costumbres: mujeres que crían a sus hijos sin quejarse, muchas veces en el seno de una familia convencional que margina su voz y su actuar; mujeres empoderadas que aportan a la economía y que pueden con su trabajo, las labores de la casa y la crianza, todo al mismo tiempo, en el mismo lugar. Buenas mujeres que aguantan el cansancio, el maltrato, el desamor, porque el amor es sacrificio y hay que luchar una y mil veces.

Mitzi me ayudó a reflexionar sobre la culpa y a rechazarla como el concepto, la palabra más horrible que hay en el lenguaje.

Todo lo que implica es dolor, asfixia, temor. Y sí, las mujeres, cuanta más culpa llevemos en el corazón, menos nos movemos, más obedientes somos, menos oportunidades hallamos para liberarnos de los mandatos y las ataduras. Mitzi es una mujer que (sin proponérselo) me mostró otra forma de ver las cosas, y ver las cosas de otra manera supuso para mí una revolución que ha puesto en duda mi propia existencia porque, por muchos años, la culpa me ha roto, anestesiado e inmovilizado.

Rosario es una mujer dulce, con ella compartí el proceso de su investigación, muchas charlas y un café. Hemos transitado por las teorías de la ciudad y los estudios culturales (feministas), conversamos sobre las mujeres artesanas con las que trabaja en su investigación y disertado (con sentir) las condiciones a las que se enfrentan. Pasamos de pensar en sus realidades, problemáticas, avatares a intentar dilucidar cuáles son las formas más comprensivas y empáticas para trabajar con ellas (tan silenciosas y medrosas; pero valientes).

En medio de las asesorías han florecido pláticas mucho más personales que profesionales. Pláticas íntimas de diván que me hacen pensar que, más allá de la academia, las mujeres buscamos comunidad, apoyo y reconocimiento. Buscamos espacios donde podamos compartir nuestras experiencias, miedos, sueños y luchas. Buscamos crear redes de solidaridad y sororidad que nos permitan crecer juntas y enfrentar los retos que se nos presentan en el ámbito académico y en el personal. En esas conversas, Rosario me ha platicado del patriarcado, las violencias simbólicas; del privilegio de ser mujeres blancas con títulos académicos; pero, también, con necesidades de cambiar y trascender. Su escucha atenta, su

empatía y corazón me han salvado, más de una vez, del desasosiego y la desesperanza, cuando, en un día común, mis problemas y emociones me engullen.

Con ella y con todos mis estudiantes recobré la esperanza en la docencia como ese lugar donde los aprendizajes son múltiples y multi direccionales. Todas estas experiencias vividas en el ámbito educativo y académico han sido de gran utilidad en distintos momentos, ya que proporcionaron una reflexión profunda sobre mi identidad individual y mis relaciones humanas. En particular, he reflexionado acerca de temas como la violencia, la empatía, el amor, el cuerpo, la poesía y la pintura, los cuales han sido una fuente de salvación frente a mis propios conflictos internos. Recientemente, mi atención se centró en el feminismo, la toma de conciencia, la desarticulación de la culpa y la importancia de formar parte de un entorno conformado por mujeres que se cuestionan y reflexionan.

Estos temas también han sido abordados en el dibujo y la pintura, que constituyen mis lenguajes naturales de expresión, más recientemente con la investigación. En su conjunto, todas estas experiencias resultaron ser lecciones que me permitieron acoger una mentalidad más abierta, flexible y expansiva, a fin de comprender y comprenderme a mí misma desde mi perspectiva como mujer.

Ser mujer implica enfrentarse a desafíos y obstáculos que pueden generar una sensación de fatalidad. No obstante, estas experiencias también ofrecen una perspectiva más amplia y crítica de las problemáticas que se viven. Con este conocimiento, se puede asumir cada día con más firmeza y decisión.

Entonces, ¿qué aporta este relato a la investigación académica?, ¿qué sentido tiene hacerlo? Una de las tareas de la investigación es generar conocimiento, difundirlo y dialogar con otros y otras a través de las publicaciones, las líneas de investigación y la enseñanza. Al difundir el conocimiento, este se comunica, se cuestiona, se contrasta, se materializa. Los y las estudiantes (a quienes formamos, quienes nos leen, nos oyen, nos reconocen) son quienes —pienso— desde su posición, nos brindan (aunque no lo sepan) experiencias que nos invitan a revisarnos en nuestro rol como investigadoras, docentes, como mujeres. Porque no somos solo nosotras, somos nosotras compartiendo parte de lo que somos y hacemos.

En mi caso un poco de los cuadros que he pintado, de las cosas que he escrito, un poco de cada joven al que le he enseñado y cada maestro del que he aprendido, un poco de la guitarra cuando suena y canta canciones de protesta, trova y canto nuevo, una síntesis de las charlas bien acompañadas, de las discusiones en clase que dejan algo al final, o una sonrisa, o una lagrimeada, o algo en qué pensar, o simplemente una dulce sensación de tiempo bien aprovechado.

¿Cuál es el verdadero valor de mi experiencia como académica?, ¿mi enunciación tiene valía frente a las muchas mujeres, allá afuera, en situaciones verdaderamente desfavorables? Mi experiencia como académica me llevó a cuestionar el valor de mi voz en un contexto de desigualdad y exclusión de muchas mujeres. Sin embargo, encontré en la narrativa personal, la autobiografía o la autoetnografía —según el término que se prefiera usar según el círculo o el público al que se

dirija este texto— una forma alternativa de hacer investigación, más libre, más personal y posiblemente más potente.

Enfrentarte como investigadora a otras maneras de investigar y escribir implica un reto que te dispone no sólo a deshacer los cánones establecidos y la rigurosidad que implican ciertos campos de la investigación, sino también romper con modos y formas del lenguaje, de la escritura, de la enunciación. En otras palabras, te orilla a salir de la zona de confort para encontrarte con puentes más dúctiles, más personales e introspectivos, con otras pedagogías que, en mayor o menor medida, pueden funcionar como vetas de aprendizaje para otros y para una misma.

Aún no sé si mi enunciación pueda cambiar algo del exterior, probablemente seguirá siendo una de tantas historias contadas desde un espacio laboral de privilegio que se suma al cielo pletórico de experiencias que viven tantas otras mujeres académicas; sin embargo, como lo he dicho antes, pese a estos grandes privilegios que nos regala la academia (como lugar, espacio, institución), vale la pena nombrar, también, ese otro lado que esconden los grados académicos, las plazas y las pertenencias a sistemas de investigación: ese lugar hostil, agridulce, lleno de competencias desleales y carrera contra reloj; ese espacio donde las mujeres estamos en desigualdad, no sólo de condiciones físicas, sino salariales y, sobre todo, de oportunidades.

Este es un debate pendiente desde las políticas educativas e institucionales, instancias para las que, quizá, estas experiencias autobiográficas de enunciación podrían abonar discusiones centrales, que son necesarias e imprescindibles para repensar las políticas educacionales, para que fueran más justas y

equitativas: ¿qué se podría hacer para que las instituciones de educación superior y los centros de investigación fueran lugares más conscientes de las realidades de las mujeres? Es una pregunta pendiente.

Consideraciones finales

En conclusión, este texto demuestra la relevancia de explorar otras formas de generar conocimiento y de presentar los resultados de la investigación en el campo de las ciencias sociales, la antropología y los estudios feministas.

Se ha defendido una praxis interdisciplinaria que reconozca y valore la diversidad epistemológica y metodológica, sin despreciar los aportes de las tradiciones convencionales. Se ha propuesto la autoetnografía y el relato autobiográfico como métodos que permiten incorporar la voz de la investigadora y de las participantes en la investigación, creando un diálogo más horizontal y comprensivo. Finalmente, se ejemplificó esta propuesta con una narrativa personal que refleja la experiencia de la investigadora en el ámbito académico, como parte de una investigación más amplia que busca recoger las voces de mujeres académicas noveles o en formación.

La exposición de estas alternativas de trabajo no pretende excluir los protocolos y herramientas de investigación tradicionales, ya que es imprescindible familiarizarse con las teorías, técnicas y protocolos convencionales que, desde siempre, permiten comprender cómo se genera la investigación y el conocimiento científico-social desde diferentes perspectivas. No obstante, la finalidad es experimentar con nuevas vías, abordar

diferentes metodologías, herramientas y formas de presentar los resultados. La inclusión de quien investiga como participante en la investigación puede contribuir a establecer formas más comprensivas y horizontales de trabajar con las voces de las colaboradoras y participantes en la investigación.

Es importante mencionar que este trabajo se enmarca en una investigación más amplia que busca recopilar las voces de mujeres académicas noveles, o en proceso de construcción de trayectoria, que recoja sus experiencias a través de la autoetnografía y el relato autobiográfico como métodos; ello para analizar tanto los niveles microsociales como las macroestructuras presentes, e identificar los ejes comunes que las atraviesan, las afectan y que compartimos como una forma de resistencia.

Finalmente, es importante resaltar que la implementación de esta metodología no resulta sencilla en primera instancia, debido a la necesidad de estar dispuestos a permitirnos ser afectados por aquellas experiencias ajenas que muchas veces nos atraviesan. Asimismo, implica, para aquellos que investigamos desde el ámbito de las ciencias sociales y otras disciplinas, desarticular los patrones académicos que hemos naturalizado, lo que no es una tarea fácil. Sin embargo, también es necesario reconocer que esta metodología nos ofrece la posibilidad de generar conocimientos más profundos y significativos sobre las realidades que estudiamos, al permitirnos establecer vínculos más horizontales y empáticos con los sujetos que participan en nuestras investigaciones. De esta manera, podemos contribuir a la construcción de una ciencia más humana, crítica y transformadora, que no se limite a describir o explicar los fenómenos sociales, sino que también busque incidir positivamente en ellos.

REFERENCIAS

- Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía?. En: *Desacatos*, vol. 38., pp. 169-178. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2012000100012&lng=es&tlng=es.
- Ellis, C. (2009). *Revision: Autoethnographic reflections on life and work*. New York: Routledge. Taylor & Francis Group.-
- Ellis, C. (2004). *The ethnographic I: A methodological novel about autoethnography*. Reino Unido: Altamira Press.
- Ellis, C.; Adams, T. E., y Bochner, A. P. (2015). "Autoetnografía: un panorama". En: *Astrolabio*, vol. 14, pp. 249-273. Disponible en <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n14.11626>.
- Foradada Villar, M. y López Ruiz, S. (2023). El relato autobiográfico como método docente feminista. En: *Educación 2023*, 1 (59), Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 83-97. Disponible en <https://educar.uab.cat/article/view/v59-n1-foradada-lopez>
- Gago, A. (2015). *Prosas de pan*. Castilla: La meseta. González Marín, A. B.; García Sánchez, A. M. V., y García Saldívar, I., et al. (2022). *Etnografías afectivas y autoetnografía. Tejiendo Nuestras Historias desde el Sur*. Textos del Primer Encuentro Virtual 2022. Primera Edición, Oaxaca, México: Investigación y Diálogo para la Autogestión Social/ Serie de publicaciones autogestivas. Disponible en <https://generoymetodologias.org/media/publicaciones/archivos/EtnografiasAfectivas.pdf>.
- Herrera, C. (2018). *Mujeres que ya no sufren por amor. Transformando el mito romántico*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Hill Collins, P. (1990). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. New York y London: Routledge.
- Hill Collins, P. (2012). Truth-telling and intellectual activism. En: *Contexts*, vol.12,-1, pp. 36-41.

- Hill Collins, P. (2004). *Black sexual politics: African Americans, gender, and the new racism*. New York y London: Routledge.
- hooks, b. (1982). *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*. Pluto Press
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing Libros, p.240
- hooks, b. (1989). *Talking back: Thinking feminist, thinking black*. Boston: South End Press.
- hooks, b. (1994) *Teaching to transgress: Education as the practice of freedom*. New York London: Routledge.
- hooks, b. (2000). *Feminism is for everybody: Passionate politics*. New York: Pluto Press.
- Juliao Vargas, G. (2021). El relato autobiográfico: narrar la experiencia como ejercicio de escritura de sí mismo y construcción social de la realidad. En: Revista filos [online]. vol. 78, pp. 79-95. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-43602021000100079&lng=es&nrm=iso.
- Lamas, M. (2018). *El género : la construcción cultural de la diferencia sexual* (2da. ed.). Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores. Disponible en <http://digital.casalini.it/9786078560578>.
- Lastesis Colectivo; López Carmona, A. (2021). *Quemar el miedo. Un manifiesto*. Barcelona, España: Editorial Planeta.
- Mazariegos Herrera, H. M. C. (2022). Si no me narro no existo y una parte del mundo desaparece: la autoetnografía. En: *Feminopraxis. Mujeres accionando feminismos. Revista digital*. Publicado el 10 de abril 2022. Disponible en <https://feminopraxis.com/2022/04/10/si-no-me-narro-no-existo-y-una-parte-del-mundo-desaparece-la-auto-etnografia/>.
- Mohanty, C. T. (1988). Under Western eyes: Feminist scholarship and colonial discourses. En: Mohanty, Chandra Talpade; Russo, Ann y

- Lourdes Torres (eds.), *Third world women and the politics of feminism* (pp. 51-80). Bloomington: Indiana University Press.
- Mohanty, C. T. (2003). *Feminism without borders: Decolonizing theory, practicing solidarity*. London: Duke University Press.
- Mora-Martínez, M. (2011). Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza² de Haraway, Donna J. (1995). Reseña. En: *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 33 (IV), Universidad de Guadalajara, pp. 334-344.
- Planas Díaz de Cerio, R. (2015). *Conversar la memoria: Una mirada subjetiva sobre la enfermedad desde la práctica artística*. Tesis de maestría. Universitat Politècnica de València (UPV) RiuNet. Repositorio Institucional de la Universitat Politècnica de València. Disponible en <http://hdl.handle.net/10251/62725>.
- Preissle, J. y DeMarrais, K. (2019). Enseñar la reflexividad en la investigación cualitativa. Acoger un estilo de vida de investigación. En: Benárd Calva, Silvia M (comp.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 83-93). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis.
- Satta, P. (2022). "Investigar desde la corazonada. Una propuesta de investigación-emoción autoetnográfica en pandemia Investigar desde la corazonada". En: *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 1 (7). Disponible en <http://www.scielo.edu.uy/pdf/ruae/v7n1/2393-6886-ruae-7-01-31.pdf>.
- Segato, R. L. (2006). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. México: Universidad del Claustro de Sor Juana. Disponible en <https://www.repositorio.ciem.ucr.ac.cr/handle/123456789/149>.
- Segato, R. L. (2007). *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo Libros Editorial.

- Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en <https://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/jspui/handle/123456789/156>.
- Singer, M. (2019). La autoetnografía como posibilidad metodológica (y ético-política) para el abordaje situado y en clave feminista de experiencias de exploración con la corporalidad. Reflexiones a partir de un caso de estudio Millcayac. En: *Revista Digital de Ciencias Sociales*, 11 (VI), Universidad Nacional de Cuyo Mendoza. pp. 109-1



BLANQUITUD
O SOBRE CÓMO INVESTIGAR UN COLOR SIN COLOR



BLANQUITUD

O SOBRE CÓMO INVESTIGAR UN COLOR SIN COLOR

María Teresa Garzón Martínez
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
UNICACH

Introducción

La blanquitud, como yo prefiero llamarla siempre desligada de la connotación eurocéntrica que le otorga Bolívar Echeverría, ya no es un tema nuevo en nuestras coordenadas geopolíticas. De hecho, desde hace casi diez años se construye una gama interesante, desde diferentes disciplinas y campos, de propuestas académicas que piensan de forma crítica la blanquitud, sus genealogías en la Abya Yala y las formas en las que aún opera en nuestras realidades contemporáneas. Veo con gran beneplácito esta “salida del closet” de la blanquitud (LASA, 2023), aunque hace ya mucho tiempo no comulgo con las agendas LGBTIQ+, porque yo misma estoy inscrita en este campo de producción de conocimiento. Sin embargo, también existe en mí una mirada de sospecha, pues que los temas de investigación se pongan de moda no siempre habla de una conciencia

crítica o una irrupción rebelde en lo que es la academia occidental, y puede denotar simplemente eso: un tema que da visibilidad a quien investiga, dota de capitales académicos que no siempre se traducen en capitales económicos y, en medio de todo, se banaliza al perder contenido político.

Ojalá este no sea el caso, en especial si se parte de la premisa de que: “el estudio de la blanquitud propone un cambio de perspectiva que implica que las personas blancas o blanqueadas investigan los procesos, los aspectos culturales, históricos, sociológicos y las condiciones por las cuales son construidas como blancas, su identidad, los ‘privilegios’ que ello supone” (Garzón, 2017, p. 77). En efecto, si el estudio de la blanquitud tiene dimensión política, o compromiso político, o sentido político es porque la misma está agenciada principalmente por personas *blancas* o *blanco mestizas* que se ubican a sí mismas en las genealogías de la colonialidad de los Sures globales, para indagar sobre la constitución histórica de un régimen de poder complejo, que se configura en el siglo XVI, y que aún tiene vigencia, cuya base de operación es la clasificación racial de los cuerpos y lo que ello implica en términos de dominación y subordinación, pero también de resistencia y transformación. En otras palabras, las personas blancas se están preguntando por ser sujetas de la historia, pero ya no desde el llamado “ojo de dios” o desde la aspiración de la “hybris del punto cero” (Castro-Gómez, 2010) o desde el halo de culpa blanca (Shannon, 1998), sino desde una deconstrucción profunda que implica al *yo* y al *nosotras* en un escenario de imposiciones racistas y luchas antiracistas que exceden el color de la piel. Por lo anterior,

no se puede comprender la blanquitud por su apariencia, sino por su historia. Una historia en la cual la blanquitud se transforma en relaciones de poder, dominación y hegemonía que no están “marcadas”, son invisibles, parecen “naturales y puras”, son “omnipresentes” y normativas, para formular desde allí una interpretación del mundo como la única posible. De lo anterior se deriva que la blanquitud, además, pueda entenderse como una “mitología blanca”, una estrategia retórica, una formación discursiva, una construcción narrativa a través de la cual Occidente da cuenta de sí como el principio y el fin de lo humano (Garzón, 2017, p.78).

En mi propia experiencia, la pregunta por la blanquitud emerge pronto en la vida. Cuando era una niña pude percibir cómo mi abuela materna, Tita, se sentía orgullosa de la blanquitud de sus nietas, en particular, de las *gemelas* (Garzón, 2020). Nací en la ciudad de Bogotá, Colombia, y crecí en un contexto blanqueado donde se hablaba de mestizaje, de la desaparición de los grupos originarios a raíz de la brutalidad de la colonización y poco se referencia a las personas afro, negras y raizales. Además, en un país inmerso en el conflicto armado y desde la centralidad de la capital, por aquella época parecía que los temas importantes eran los de la violencia histórica, las guerrillas y el narco. No obstante, mi blanquitud estaba ahí naturalizada, aunque explícita. La pregunta por la blanquitud poco a poco se fue despertando cuando empecé a trabajar en las teorías descoloniales de la mano de Santiago Castro-Gómez y en el feminismo descolonial de la mano

de Ochy Curiel, Mara Viveros, Yuderkys Espinosa y María Lugones. Sin embargo, fue por efectos de mi propia deslocalización geográfica como migrante en México que pude hacerle frente del todo a mi blanquitud y construir la conciencia de que yo habito mi propia pregunta de investigación.

En ese sentido, soy una feminista blanca descolonial que investiga la blanquitud desde *sí misma* y la polifonía de voces de un *nosotras* que hacen parte del archivo de la cultura popular, situada siempre en la plataforma de los estudios culturales feministas, las teorías descoloniales y la genealogía. Lo hago porque comprendo que, como lo advierte Francoise Vergés, “una mujer blanca es la que ocupa una posición de privilegio y de poder y se niega a investigar las causas” (2021, p.68). Yo ocupo un lugar de privilegio relativo porque mis enunciaciones salen del mundo académico occidental, en donde me desempeño como docente e investigadora, me ubico en un lugar de saber y poder el cual, a diferencia de otras, no me ciega, sino que me obliga a *investigar las causas*, a comprender cómo llegué a ser lo que soy ahora en los términos concretos de las relaciones de poder y qué puedo hacer con ello en esos mismos términos. Así, mi trabajo suele ser reiterativo, autobiográfico, creativo, carente de conclusiones, nunca completamente singular y, seguramente, pertinente para el momento histórico que habitamos. Bajo ese tenor, para mí es importante proponer una reflexión de cómo he investigado aquel “color que no posee color —sólo es visible para algunas— y que, por lo mismo, no se muestra tal cual es” (Garzón, 2017, p. 75), por medio de volver a visitar lo que ya he puesto en publicaciones, en las aulas y en la misma vida cotidiana, estas letras, entonces, van de eso.

El lugar de lo blanco: cartografías en construcción

Hace varios años publiqué un pequeño ensayo titulado: “El lugar de lo blanco. Cartografía de una pregunta” (*Veredas*, 2013) que es el resultado del estado del arte de mi tesis doctoral. En ese entonces, necesitaba situarme urgentemente en un campo de producción de conocimiento completamente desconocido para mí y porque, como lo dije:

hablar de lo blanco como experiencia racial, en nuestra región, es una tarea urgente, porque del tema casi no se ha producido nada. Como afirma Mara Viveros (2010) o Aníbal Quijano (2000), la experiencia racial blanca ha sido olvidada de nuestros análisis. Cuando se intenta hacer un ejercicio interseccional, el panorama es más desolador, pues hay poquísimas experiencias que dan cuenta del cruce entre raza, género, nacionalidad y clase social con referencia a lo blanco (2013, p. 84).

En sólo diez años este horizonte ha cambiado de forma radical por lo que la cartografía que inicié a ciegas, dibujando mapas nocturnos como un guiño al maestro Jesús Martín-Barbero, se enriqueció, cuestionó, deconstruyó y vuelto a construir al punto de convertirse en una tarea en permanente de(re)construcción que ahora presento solo con la intención de situar el campo y situarme a mí misma en él, entre otras, porque a veces mi cerebro *electrochoqueado* olvida que mi trabajo político intelectual ha ayudado a esa misma construcción.

La blanquitud no es un tema nuevo de estudio como lo anota JM. Persánch en su artículo: “(Preámbulo) De Whiteness a Blanquitud y Branquitude” (2020). En efecto, es posible ubicar primeros intereses en el tema en proyectos panafricanistas y anticoloniales enmarcados en el mundo anglosajón como los de W. E. B. Du Bois, James Baldwin, Aimé Césaire o Frantz Fanon que, de algún modo, se vieron absorbidos por los sistemas categoriales de las teorías poscoloniales en los Estados Unidos, Reino Unido, Australia y Sudáfrica. Como un campo de estudio interdisciplinar, asegura Persánch, los estudios de la blanquitud —*Whiteness Studies*— emergen en ese mismo mundo anglo con los trabajos de Theodor Allen y Richard Dyer, en las décadas de setenta y del noventa del siglo XX respectivamente, separándose de explicaciones biologicistas e incluyendo nociones de opresión y discriminación racial. Con este giro, la blanquitud deja de ser un asunto de genética y fenotipo y se transforma en un fenómeno social urgente de ser estudiado, una categoría analítica de opresión con gran potencial explicativo y un campo de estudio en seria expansión.

Actualmente, Persánch ubica cuatro olas en el desarrollo del campo. La primera incluye la indagación de Theodor Allen sobre la blanquitud estadounidense, en especial, la pregunta sobre cómo los irlandeses se convirtieron en blancos (*White Supremacy in United States History*, 1973; *Class Struggle and the Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race*, 1975; *The Invention of the White Race*, 1994 y 1997). Una segunda ola es inaugurada por las preguntas de Richard Dyer sobre el sujeto blanco, su invisibilidad y sus lugares de privilegio (*White: Essays on Race and Culture*, 1997) y por las preguntas de Geor-

ge Lipsitz a propósito de cómo opera la blanquitud en las esferas públicas y privadas (*The Possessive Investment in Whiteness: How White People Profit from Identity Politics*, 1998). Una tercera ola emerge con aportes como los de Fyre Jacobson respecto a la blanquitud como una categoría maleable donde se cruzan historia, política y cultura (*Whiteness of a Different Color: European Immigrants and the Alchemy of Race*, 1998). Por último, una cuarta ola se configura tras la elección del presidente Donald J. Trump en los Estados Unidos, cuando formas de racismo y xenofobia que se creían superadas reaparecen en la escena social, y por el estudio de la blanquitud en contextos hispanos y lusófonos.

En efecto, al empezar la segunda década de los años dos mil del siglo XXI, es posible apreciar un florecimiento del interés de pensar la blanquitud desde contextos no anglos y, por extensión, no marcados por las campañas imperiales británicas. El trabajo del mismo Persánch (*Blancura situacional e imperio español en su historia, cine y literatura (S.XIX -XX)*, 2016) se ubica aquí, al igual que trabajos pioneros como los de María Aparecida Silva Bento (*Pactos narcísicos no racismo: branquitude e poder nas organizações empresariais e no poder público*, 2002), Jerry Dávila (*Diploma of Whiteness: Race and Social Policy in Brazil, 1917-1945*, 2003), Alfred López (*Postcolonial Whiteness*, 2005), María DeGuzmán (*The Black Legen, Off-Whiteness, and Anglo-American Empire*, 2005), Mara Lovema (“Whiteness in Latin America: Measurement and Meaning in National Censuses 1850- 1950”, 2009), Lourenco Cardoso (*O branco ante a rebeldia do desejo: um estudo sobre a branquitude no Brasil*, 2014), Lea Geler (“Categorías raciales en Buenos Aires. Negritud,

blanquitud, afrodescendencia y mestizaje en la blanca ciudad capital”, 2016), y Adolfo Bejarano Aguado (“La blanquitud y la representación de lo originario en Colombia. Reflexiones sobre las violencias epistemológicas hegemónicas”, 2017).

El trabajo representativo de esta cuarta ola, más por su importante difusión que por su contenido, es el ensayo inacabado: “Imágenes de la blanquitud” (2007/2010), del filósofo Bolívar Echeverría. Siguiendo a Max Weber con su *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), en particular el uso de la palabra *espíritu*, Echeverría entiende la blanquitud como la condición de la humanidad moderna, que es poseedora de ciertas características como, por ejemplo, hacer de la vida centrada en la producción de riqueza económica una práctica ética. Sin embargo:

ese tipo especial de humanidad continúa Echeverría, no se da en términos abstractos, al poseer cuerpos hay una traducción y una encarnación. Por lo tanto, ese espíritu del capitalismo necesita tener una perceptibilidad sensorial, ser visible, tener una apariencia: una apariencia física del cuerpo, no siempre necesariamente blanca, pero sí ser limpio y ordenado, tener buenas maneras de expresarse, positividad discreta en su actitud y mirada y mesura de gestos y comportamientos. No obstante, ese espíritu tampoco puede ser independiente de un contexto social más específico y ese es el de las naciones y las identidades que las mismas poseen. Así pues, con un tinte de casualidad, porque la vida económica moderna de corte capitalista puritano tuvo lugar como vida concreta en una entidad estatal

sobre la base de entidades humanas blancas del nordeste europeo, se asoció la santidad capitalista a lo blanco, al punto que en naciones del trópico la blanquitud, descrita en estos términos, es también una aspiración identitaria en la tarea de ascenso socio-racial (Garzón, 2020, p.28).

En su ensayo Echeverría parece afirmar que es posible asociar la santidad capitalista a lo blanco porque el capitalismo moderno tuvo lugar como vida concreta sobre la base de entidades humanas blancas del nordeste europeo. En consecuencia, la blanquitud se construye, ya a un nivel global, como condición y cualidad del orden civilizatorio moderno capitalista. Tal hipótesis, no obstante, no provee de suficientes herramientas para pensar la blanquitud en la Abya Yala en comparación con las premisas presentadas por los estudios sobre la llamada *limpieza de sangre*, mito nacido en la Edad Media que se ve actualizado por los Estatutos de limpieza de sangre, instaurados por el Consejo de Toledo, en 1449, para migrar a nuestro territorio y dar sustento a la clasificación racial de las personas (Böttcher, Hausberger y Torres, 2011; Garzón, 2020) y que también podrían ser parte de esta cuarta ola de los estudios de la blanquitud.

Las mujeres de la ciudad letrada

La veta descolonial en los estudios de la blanquitud es constitutiva de un giro en el interior del campo en su cuarta ola y representa un paradigma más cercano a la configuración de la colonialidad y los intentos de perpetuarla en las coordenadas

geopolíticas del Sur. A propósito, los trabajos pioneros de: Vron Ware, Natalie Zemin Davies, Jane Haggis, Ien Ang, bell hooks, Hazel V. Carby, publicados en el libro: *Feminist Postcolonial Theory. A reader*, bajo la coordinación de Raina Lewis y Sara Mills (2003) abren brecha, como también lo hacen los trabajos de: Sirin Adlbi Sibai (*La cárcel del feminismo*, 2016), Houria Bouteldja (*Los blancos, los judíos y nosotros*, 2017), Françoise Vergès (*No todas las feministas son blancas*, 2021), y Francisco Godoy Vega (*Usos y costumbres de los blancos*, 2023). Sin embargo, arribadas a este punto se hace preciso destacar que desde la imaginación literaria es donde se ha hecho un aporte amplio a este cruce entre historias coloniales en la Abya Yala y blanquitud, ya que la creación y la crítica literaria son espacios de lucha por los significados de la blanquitud al punto que,

en la actualidad, muchos de los análisis producidos desde la literatura son considerados precursores del “boom” de los whiteness studies (Roediger, 1998; Engles, 2006b). Aquí es muy importante el aporte de escritores de color, afro y negros de Estados Unidos, el Caribe y África y, en especial, el aporte de escritoras racializadas de las Américas, en cuyas obras se da cuenta del racismo que experimentan las mujeres, lo complejo del orden racial, el deseo por lo blanco, el cruce entre racismo, clasismo, sexismo y la heterosexualidad como sistema político, y las posibles formas de resistir (Garzón, 2017, p. 81).

En ese sentido, obras escritas por mujeres negras o con protagonistas negras como *The Father of Désirée’s Baby* (1893), de

Kate Chopin; *Passing* (1929), de Nella Larsen; *La Negresse blanche* (1950), de Mayotte Capécia; *The Bluest Eye* (1970) y *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination* (1992), de Toni Morrison, son referencias obligatorias. En nuestro territorio son representativas novelas como *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y *Sombras de pueblo negro* (1940), de Irma Pedroso, de las cuales profundizo en el capítulo: “Blanquitud. Apuntes preliminares”, del libro *Solo las amantes serán inmortales. Ensayos y escritos en estudios culturales y feminismo* (2017).

Yo me ubico en este horizonte, en principio, con mi libro *Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo descolonial* (2020) que nació en el año 2015 y tuvo que esperar cinco años para ser publicado, pues no entraba en la línea editorial de ninguna editorial académica, ni en México ni en Colombia, hasta que *en la frontera*, la editorial de Glefas (Grupo latinoamericano de estudio, formación y acción feminista), aceptó el reto al lado de *Abuelita Ceci editorial e Invertidas*, todas proyectos feministas independientes. Al parecer, su tema y tono no eran de interés o, es posible también, llegaban a ser superfluos como superflua podría ser la política del trabajo intelectual que habita el libro: tomar responsabilidad histórica y asumir la *traición* que eso implica. Bajo este horizonte,

si mi situación es la de una mujer que intenta desaprender para deshacer desde una posición geopolítica específica, teniendo en cuenta su propia paradoja al respecto —hablo desde una mirada privilegiada, en términos raciales, educativos y de clase, pero es una mirada subordinada, en términos geopolíticos, de diferencia sexual y de sexualidad—, está cla-

ro que la política de este trabajo intelectual es la traición. Traición pensada como la oportunidad que mis mismos privilegios me han brindado para contar otra historia crítica sobre aquello que pareciera no verse, no tener un lugar de enunciación, ni una perspectiva humana, ni una historia, ni un cuerpo que hable de sí mismo [...] En consecuencia, aquí traición es traducción: acción de comprender el significado de un discurso, de un mundo discursivo con impacto en lo real, no para dar un significado similar o equivalente, sino como forma de intervenir el código para contar otras historias en otra lengua. Historias que hablan del lado “claro” y “femenino” de la modernidad, que en últimas, también hace parte, en palabras de Walter Mignolo (2011), de su lado “oscuro” en tanto elemento fundamental de la colonialidad de género (Lugones, 2008) (Garzón, 2022, p. 24).

Blanquitud representa para mí eso: verme al espejo y preguntar a la historia de colonialidad por mi ser y mi hacer, produciendo conocimiento sobre ello desde lo que las diosas pusieron en mis manos, esto es, cuatro novelas escritas por mujeres colombianas: *Dolores* (Soledad Acosta de Samper, 1869), *Bogotá de las nubes* (Elisa Mújica, 1984), *En diciembre llegaban las brisas* (Marvel Moreno, 1987) y *No give up, maan! ¡No te rindas!* (Hazel Robinson Abrahams, 2010). En efecto, cuando salí de Bogotá solo me llevé mis cuatro novelitas y con ellas empecé a trabajar, en el marco de un programa de doctorado en la Universidad Autónoma de México- Unidad Xochimilco, en un tema que para entonces no tenía nombre certero —blancura, blanquitud, procesos de racialización, limpieza de sangre, criollismo—, desde un campo

de producción de conocimiento que se decía estaba de moda –los estudios culturales– y desde un feminismo ciertamente desconocido –el descolonial–. Tal triangulación era la única manera que en ese momento tenía de hacer las cosas, porque no me importaba la obra literaria en sí, sino las historias que me regalaban y cómo a través de esos universos narrativos podía descubrir la manera de operar de la blanquitud en toda su complejidad, desde la única base epistemológica, ontológica y política que tienen sentido para tal fin: lo descolonial.

Ahora bien, en mi caso no se trata de cualquier literatura, sino de una escrita por mujeres en el siglo XX, donde existe la tendencia de representar procesos de concienciación en las protagonistas que les permiten, o no, romper las reglas; que se ubica en lugares semi marginales del mundo literario al, por ejemplo, no ser parte del canon, pero tener algo de visibilidad; y que tiene como agentes escritoras mayoritariamente blancas. En otras palabras, trabajo con novelas de escritoras colombianas que habitan un lugar paradójico, de inclusión y exclusión, en la ciudad letrada (Garzón, 2007). Con estas consideraciones presentes planteo un análisis crítico del contenido de las historias que leo, diseñando una línea histórica que va desde finales del siglo XIX al 2010 –fechas de publicación de las obras–, incluyendo un análisis de las trayectorias de las escritoras y sus contextos. Así, amparada en un sistema categorial que incluye *la limpieza de sangre*, *la decencia*, *el intercambio de mujeres* y *el mestizaje*, en palabras de mi maestro Castro-Gómez:

Analiza cuatro novelas escritas por mujeres colombianas en las que se escenifica el drama de la nación criollo-blanca.

Las cuatro novelas enfocan este drama desde cuatro perspectivas diferentes, pero siempre mostrando la “imposibilidad de la blanquitud”, es decir, evidenciando el modo en que la escritura de las mujeres, tal vez sin pretenderlo, desestabiliza el proyecto desde adentro. Esta es, en esencia, la apuesta central del libro. Mostrar que esos “cuerpos otros” arruinan de algún modo el proyecto de la nación y lo llevan al fracaso. Hay, por tanto, una grieta fundamental, una anomalía constitutiva en el proyecto, que impide su propia realización. El sueño de la blanquitud se ve perturbado por sus propios fantasmas, vale decir, por los cuerpos que él mismo ha dejado por fuera. La escritura hecha por mujeres, opera de este modo como lo “otro” del proyecto de la nación criollo-blanca que se devuelve contra él para castigarlo. Los cuerpos que “no importan” terminan importando, y mucho, en la medida en que consolidan su venganza sobre aquel dispositivo que los excluyó. Con singular maestría, casi con una perversa sonrisa dibujada entre los labios, María Teresa nos deja ver cuál es la falla inherente que arruina el dispositivo colonial de la blancura en Colombia e interrumpe su funcionamiento (Garzón, 2020, p. 17).

Pero este no es el aporte real de *Blanquitud*, o no del todo. Ningún análisis feminista puede ser ajeno a la experiencia propia y a la experiencia de otras cuyas existencias son la condición de posibilidad de las nuestras. ¿Cómo escribir *Blanquitud* sin narrar la vida de Tita, la vida de la abuela Ceci y la mía? Tita se sentía orgullosa de mi piel blanca —la “raza” se mejoró— y Cecilia hablaba de un *negro inmundo* que al parecer era esposo de la bis-

abuela Patrocinia. En consecuencia, el universo narrativo más importante en mi primer acercamiento sistemático al tema de la blanquitud es el mío: una configuración de hechos reales e imaginarios propios de mi genealogía familiar que me dieron claves para avanzar en un camino que suele tornarse circular. Fue entonces cuando la palabra *genealogía* empezó a tornarse cada vez más importante, pero no por la genealogía familiar pensada como un árbol de ramas y raíces frondosas, sino por la herramienta valiosa –de origen foucaultiano– para pensar el mundo:

el cambio en el código se da cuando ya no se propone una historia de las ideas o los objetos, para adentrarse en el rastreo de la emergencia, en el pasado, de formas de la experiencia que continúan vigentes en el presente, constituyendo a las/os sujetos. Por ello, la propuesta genealógica no se remite a construir una historia de lo que se cree que se piensa, se siente o se hace, sino a lo que efectivamente se hace en un momento histórico, siguiendo ciertas reglas, relaciones de poder, efectos de universalización y luchas por la hegemonía, configurando condiciones de posibilidad y su propia racionalidad (Garzón, 2015, p. 224).

La genealogía de la experiencia

La genealogía de la que abrego puede entenderse como:

un método y una apuesta de la política del trabajo intelectual acordes a las preguntas por la configuración del

presente a través del examen de las condiciones de posibilidad, las relaciones de poder y los discursos de ‘verdad’ que hacen viable que algo o alguien exista bien en el marco de las coordenadas de ese poder o bien en resistencia a ese mismo poder (Garzón, 2021, p. 213).

No obstante, en esa versión, la genealogía tiene una limitante ya que su fuente primigenia es el archivo. El archivo, pensado de manera tradicional, puede definirse como un acervo de documentos que están autorizados para guardar cierta memoria, pero también como el mismo proceso que le da sustento. Hablamos, entonces, tanto de libros, manuales, documentos históricos, prensa escrita, en suma, todo aquel documento que pueda tener interés histórico, como de los procesos de organización y edición guiados por la lógica de la colonialidad del saber, en donde la función metonímica del archivo se vuelve prioritaria. Es decir, los contenidos del archivo deben ser idénticos a la versión *oficial* de la historia: “los hechos que han consolidado el Estado-nación; las representaciones que se pueden plasmar sin duda del suceso ocurrido; en suma, con lo pedagógico de las versiones oficiales (Bhabha, 1997)” (Garzón, 2016, p. 79).

En este preciso momento juega el silencio como condición de posibilidad del archivo, pues a través de lo que calla el archivo es posible su propio hablar, dibujando una dinámica similar a la que describe Gayatri Spivak con relación al hablar del subalterno (2010). Buena parte de ese silencio del archivo es habitado por las mujeres, así, a secas, como bien lo dijo un día Virginia Woolf cuando se pregunta, frente al anaquel de una biblioteca donde su presencia ha sido prohibida, cuántos

de aquellos nombres que aparecen en las obras serán realmente seudónimos que esconden la obra de una mujer (Garzón, 2016). Empero, el silencio no implica un borramiento radical del archivo —muchas escritoras entraron a los archivos con seudónimos—, más bien configura una pregunta que ha sido respondida desde apuestas subalternas: ¿pueden existir otros archivos? Este cuestionamiento fue la materia de una conversación entre Yuderkys Espinosa, Statham de La Cruz Garzón Bauer Wick H —mi perro y marido que en aquel entonces era un cachorro— y yo (Garzón, 2019).

En aquellos años remotos ya para la memoria, deseábamos dar cuenta del ahora del movimiento feminista y de su dependencia a la razón feminista moderna eurocentrada, pero no siguiendo una historia de las ideas, sino desde algo más cercano y encarnado: la experiencia, ese magma que constituye al sujeto y es la materia de aquello que debe ser explicado desde su propia voz (Scott, 2000). En esa conversación nos parecía que la genealogía era la herramienta; sin embargo, aún quedaba por resolver el problema del archivo y la borradura de las mujeres. Frente a ello, pensamos que la experiencia de las mujeres es ya un archivo sobre el cual trabajar, pero cuando consultamos con expertos escuchamos voces que nos decían lo contrario. Ese “no” fue la clave, pues sabemos que cuando nos dicen “no existe”, existe; “no se puede”, se puede; “no importa”, importa (Garzón, 2023b). Por lo demás,

el ladrido irrumpe en la conversación intelectual. El cuerpo y sus experiencias retan los haceres de la producción de conocimiento y demandan ser explicados. La risa termina

por descolocar los fundamentos del archivo y nos invita a trabajar con la presencia de una ausencia. Entonces, se formula la pregunta obligada: qué tipo de archivo se edifica desde la experiencia feminista (Garzón, 2019, p. 265).

Así, acudiendo de forma apasionada a la imaginación epistemológica y en medio de los ladridos del pequeño Statham, nace la genealogía de la experiencia en la cual se exige: “articular tres pilares fundamentales a la hora de producir cierto tipo de conocimiento, en este caso, feminista y descolonial: la experiencia [...], el conocimiento situado –relevancia visceral y geopolítica del para qué producir conocimiento– y las prácticas concretas de la acción política “los haceres desarrollados desde las apuestas de lucha” (Garzón, 2021, p. 213). Con el objetivo de indagar, principalmente, sobre: “¿cómo llegué a ser esto que soy ahora? Y ese llegar a ser, ¿es meramente individual o implica algún tipo de colectividad, una especie de nosotras político en un yo que también es político? ¿Por qué importa esto?” (Garzón, 2021, p. 212).

Bajo ese tenor público “Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala” (*Descentrada*, 2018) y “La Chava Bipolar. Ensaio genealogia da experiência de uma feminista branca da Abya Yala” (*Revista de Estudos e Pesquisas sobre as Américas*, 2021), donde en clave personal, pero también acudiendo al arte y al feminismo descolonial, reflexiono sobre el hacer político y reflexivo de una feminista blanca de la Abya Yala que se inscribe dentro del proyecto descolonial y que estudia la blanquitud desde el campo de los estudios culturales. En específico, en “Oximoron”, siguiendo de cerca a val

flores (“Escribir contra sí misma”, 2010), indago acerca de si es posible escribir contra sí misma, pensando ese *sí misma* como un producto de una subjetivación política que excede los límites del *yo* al mismo tiempo que extendiendo una invitación para asumir de forma más decidida en nuestros feminismos de la Abya Yala el debate con relación a la blanquitud. En ese momento concluyo que:

En el mundo donde el Yo feminista está muerto, en un terreno de lucha descolonial, producir conocimiento feminista crítico de la blanquitud, ubicándose en la blanquitud misma, es un reto necesario en la producción de nuestros propios andamiajes conceptuales, en aquellos dispositivos que explican nuestras genealogías y apuestas políticas, siempre situadas y siempre en tensión. Aquí, sólo he intentado aportar a la construcción de un espacio de debate y lucha política polemizador, que no parte de una idea de superación de las diferencias, o de apuestas simples por el uso estratégico de las identidades políticas, o de lugares sin ira, sin rabia, sin coraje o de una mera implicación como blanca, o de una plana noción de articulación, sino de las desconfianzas, de lo que he visto y aprendido y dialogado, de mis propias obsesiones intelectuales, de lo que me persigue como sombra, de los motivos que me han hecho renunciar, de las apuestas que me han hecho volver [...] En cierto sentido, entonces, intentar construir respuestas e historias feministas en nuestras coordenadas geopolíticas siempre aspirará a ser un proceso de creatividad valioso, riguroso y necesario. Tan necesario como el escribir contra

sí misma, en este instante eterno, en estos proyectos feministas descoloniales, donde seguramente una feminista como yo está llamada a no habitar, a no visitar y donde el oxímoron igual de litigante como figura retórica podría ser condición de posibilidad del hacer (Garzón, 2018, p. 15).

En la “Chava bipolar” voy un poco más hacia el fondo de la herida y errando por la memoria personal, la cultura popular, el mundo de los textos académicos feministas y la clave narrativa de la comedia; ensayo una especie de autobiografía con miras a recoger las huellas propias, identificar continuidades y discontinuidades en las mismas genealogías y construir horizontes de sentido para un pensar y actuar crítico de la blanquitud. En esta ocasión, cierro diciendo que:

De esta manera, paso a paso, se va tejiendo un ensayo de genealogía, con aciertos y errores, entre el yo y el nosotras, desde la experiencia, el conocimiento situado y las prácticas concretas de la vida cotidiana, como un flujo constante de quién sabe qué. Tal vez, porque este es un trabajo sin garantías, la importancia de hablar desde el yo genealógicamente o contragenealógicamente, desde los feminismos descoloniales, radica en reconocer y reconocernos como sujetas de la historia que nos ha sido negada para hackear el código y abonar a una transformación real que es a la vez discursiva, material y carnal, vital, política e intelectual. O, simplemente, se trate sólo de dejar una huella, un pequeño tatuaje en la piel de las luchas (Garzón, 2021, p. 230).

De amores y martirios

Deseo terminar este ensayo exponiendo otro de los aspectos que forman parte de mi trabajo con la blanquitud, el feminismo descolonial y los estudios culturales, no de manera detallada, puesto que es un trabajo aún terriblemente incipiente y de difícil concreción, pues su fuente principal, su archivo originario, son los fantasmas. Los fantasmas, en la Abya Yala, son presencias fundamentales porque:

Así como la historia de colonialidad en la Abya Yala se encuentra rebosante de procesos de resistencia y transformación, también esa historia está plagada de fantasmas. “¿No vivimos rodeados de fantasmas acaso? Los muertos, los desaparecidos, pero también los proyectos, las ideas, los programas” (Parrini, 2006, p. 31). Fantasmas: almas errantes que se manifiestan ante los vivos para reclamar su atención, conjurar el olvido y saldar deudas, que evitan ser exorcizados, procuran justicia y asedian toda forma de razón occidental. Los fantasmas no son una experiencia aislada, sino colectiva, pues ningún espectro puede existir de manera radical por fuera de un contrato social, de unos mapas conceptuales que interpreten la presencia de la ausencia y de un contexto cultural que regule esas interpretaciones (Hall, 1997). Por ello, los fantasmas devienen en puente entre mundos y tiempos, sobre todo, entre pasado y presente, ya que el pasado en sí mismo es un fantasma y el presente es el mapa conceptual a través del cual la memoria, la escritura de la historia, opera (Garzón, 2023b, p. 79)

Se dice que hay vidas y fantasmas que se enlazan las unas a las otras a través del tiempo (Garzón, 2018b). A propósito, existe un fantasma que no me deja y se ha transformado en mi compañera de ruta... Una compañera bastante terca, por cierto:

terribles son las cosas que se escuchan de ella, por ejemplo, que ha matado a sus hijos ahogándolos en el río. Sin embargo, nadie nunca ha encontrado evidencia de esto. Aunque se afirme que su leyenda está basada en hechos reales, sus huellas se difuminan en la historia allá en los tiempos de Cihua-cóatl. Su lamento, no obstante, sigue presente cobrando cada vez más fuerza [...] Va vestida de blanco, sus cabellos son oscuros, camina despacio y, aunque su presencia intimidada y vuelve tóxico el ambiente [...] Ella es la mujer que llora, la Llorona [...] Es esta una presencia viva y constante en el cotidiano de la gente y en la cultura popular en México y el resto de la Abya Yala. En otras palabras, estamos hablando de un símbolo nacional y un ícono regional el cual, sin embargo, es principalmente un fantasma mexicano cuya historia ha sido reescrita y actualizada cientos de veces (Baxmeyer 2015) (Garzón, 2020b, p. 71).

Como fantasma la Llorona reta a la genealogía y hasta la genealogía de la experiencia, puesto que estamos ante un *ser* que ya *no es* o sólo *es* como espectro de una existencia pasada. La cuestión del *ser* se vuelve más complicada con la Llorona, pues su acto criminal cometido contra sus hijos la expulsa del universo de lo humano y la posiciona en el espacio del no ser y de lo monstruoso (Garzón, 2016). En consecuencia, si es

cierto que la genealogía de la experiencia comparte con la genealogía foucaultiana el principio de la existencia, es del *ser* y del *estar siendo*, dado en circunstancias específicas y localizadas en términos de tiempo, espacio y poder (Castro-Gómez, 2012), ¿qué le pasa a este principio cuando debe vérselas con el *no ser*? ¿Puede existir una genealogía del *no ser* dada en circunstancias específicas y localizadas en términos de tiempo, espacio y poder? Son preguntas que emergen casi siempre a medianoche y hacen que mi trabajo se despabile, pues además de soñar genealogías ahora es preciso asumir el reto contragenealógico que implica la Llorona:

si la pregunta que anima la genealogía no es por el ‘llegar a ser’, sino por el ‘no llegar a ser’, esto es por las condiciones de posibilidad que producen la imposibilidad, la no existencia, la división ontológica entre el ser y el no ser, entre el archivo y su silencio, entre la huella y su borradura, entonces [...], tal vez, el método feminista para encontrarnos a nosotras mismas, para escribir nuestras contra-historias haciendo correr la sangre en busca del más allá de la justicia es, más bien, contragenealógico (Garzón, 2019, p. 258).

El *contra* puede señalar varias cosas: una genealogía que es contraria a la genealogía; una genealogía que se diseña a cambio de otra genealogía; incluso una genealogía que es conjuro de los maleficios de la colonialidad. Lo mismo podemos decir del contra-archivo apelando a la idea del archivo como talismán de Achille Membe (“The Power of the Archive”, 2002). Lo cier-

to es que para construir un archivo que me ayude a caminar por la contragenealogía de la Llorona, en las coordenadas de la blanquitud, me he visto obligada a trabajar con cine no porque yo lo haya elegido, sino porque la Llorona lo quiso así:

En el cine, existe una importante lista de producciones audiovisuales que hacen referencia al fantasma quien, en palabras de García Riera, es la: “única contribución del todo mexicana a la galería de espantos del cine de horror” (1992, p. 82). La presencia de la Llorona ha sido constante desde la década del treinta del siglo XX, época del cine de oro mexicano, cuando se estrena: *La Llorona* (Ramón Peón, 1933). En adelante, la Llorona protagoniza un número importante de películas nacionales como extranjeras fantásticas, de ciencia-ficción y de terror, en donde su representación varía según las tendencias cinematográficas así como la normativa moral de cada periodo y las tendencias del mercado cultural en el nivel internacional (González, Manrique 2013) [...] A esto se debe sumar esa escena inmortal de la película *Frida* (Taymor, 2002), donde Frida Kahlo –Salma Hayek– se sienta a tomar tequila junto a Chávela Vargas mientras ésta entona la Llorona (Garzón, 2020b, p. 72).

En particular, para pensar la contragenealogía, me centro en la película: *J-Okel* (2007), escrita por Jeremy Svenson, dirigida por Benjamin Williams y filmada en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Esta película no es una gran película; no obstante, forma parte de un renacer del interés por la figura de la

Llorona en el cine contemporáneo, sumando un giro interesante a la historia: en este drama, la Llorona es una mujer blanca, una inmigrante estadounidense viviendo en San Cristóbal, ¿qué significa esto? En el cine, la Llorona suele ser identificada con una mujer mestiza o indígena, aunque su representación, en el amplio universo cinematográfico habitado por ella, acuda mayoritariamente a la blancura, estos son rasgos fenotípicos asociados a la blanquitud. Pero es con *J-Okel* la Llorona es una mujer blanca y doblemente blanqueada, pues se trata de una migrante estadounidense que se ve investida en su totalidad por la blanquitud en aras de su movimiento migratorio. Aquí, al parecer, no se trata de una simple usurpación, sino de un desplazamiento mimético que parece desorganizar las partes de la ecuación colonial —la *gringa* imita el lugar de la *indígena*— sólo para que el resultado sea el mismo: la mujer muere y se condena, mientras que el fantasma emerge y en ese tránsito la historia de la Llorona se vuelve a reducir al de la madre que mata a sus hijos deviniendo un monstruo (Garzón, 2020).

Como he dicho en otros lugares (Garzón, 2016), la condición de posibilidad para la existencia de la Llorona es la ocupación imperial, el despojo que ésta implica y las herencias coloniales que hoy experimentamos como colonialidad, pero también las resistencias y respuestas históricas de transformación. Por eso es necesario retornar a los territorios de la Llorona, “esta vez guiada por un camino de flores de Cempasúchil, para seguir preguntando a ella, sobre ella, por ella, y sus representaciones en el cine y la manera [de] cómo la blanquitud juega aquí un papel determinante como su condición de posibilidad” (Garzón, 2020b, p. 71). Por estos moti-

vos, y otros más, me encuentro desarmando buena parte de lo que he armado, reconstruyendo mi método genealógico de manera radical y pensando el fracaso como fundamento esencial de la investigación, sin perder de vista que, es posible, La Llorona sea una respuesta en clave feminista descolonial que aún no hemos leído a cabalidad y de allí su importancia. Por eso, ella, necia, se nos sigue apareciendo:

Fantasmas, insisto, almas errantes que se manifiestan ante los vivos para reclamar su atención, conjurar el olvido y saldar deudas, que evitan ser exorcizados, procuran justicia y asedian toda forma de razón occidental, incluida la blanquitud. Por eso es estratégico y urgente seguir representando, infiltrando los dispositivos letrados, escribiendo contra una misma, construyendo genealogías y contragenealogías del nosotras, desde una perspectiva descolonial, para que ese algo, que no termina de morir en las letras, se transforme en la huella de los fantasmas y en un plan de pelea para seguir traicionando a la blanquitud y confrontar a la vez al amor y al martirio (Garzón, 2023b, p. 98)

REFERENCIAS

- Böttcher, N; Bernd, H. y Torres, H. (2011). *El peso de la sangre. Limpios, mestizos y nobles en el mundo hispánico*. México: El Colegio de México.
- Castro-Gómez; S. (2010). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Garzón Martínez, M. T. (2013). El lugar de lo blanco: cartografía de una pregunta. En: *Revista Veredas, 13* (número especial), pp. 83-104. Disponible en <https://veredasoj.s.xoc.uam.mx/index.php/veredas/article/view/507>.

- Garzón Martínez, M. T. (2015). Seguir al conejo blanco: Santiago Castro-Gómez y el oficio del genealogista. En: *Nómadas*, 43, pp. 217-229. Disponible en <https://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/inicio/2217-capitalismo-contemporaneo-y-crisis-civilizatoria-nomadas-43/procesos-de-creacion/852-seguir-al-conejo-blanco-santiago-castro-gomez-y-el-oicio-del-genealogista>.
- Garzón Martínez, M. T. (2016). Nunca regalé el llanto. Lamento, silencio y re(ex)istencia en la Llorona. En: M. Cejas (editora), *Feminismo, cultura y política: practicas irreverentes* (pp. 78-98). México: UAM-X, Ítaca.
- Garzón Martínez, M. T. (2017). *Sólo las amantes serán inmortales. Escritos y ensayos en feminismo y estudios culturales*. Chiapas: Cesmeca-Unicah.
- Garzón Martínez, M. T. (2018). Oxímoron. Blanquitud y feminismo descolonial en Abya Yala. Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género, 2 (2), pp. 1-17. Disponible en <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe050>.
- Garzón Martínez, M. T. (2019). Contragenealogías del silencio. Una propuesta desde los estudios culturales feministas. En: Calle 14: revista de investigación en el campo del arte, 14 (26), pp. 254-268. Disponible en <https://doi.org/10.14483/21450706.15002>.
- Garzón Martínez, M. T. (2020a) *Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo descolonial*. Bogotá: Editorial en la frontera.
- Garzón Martínez, M. T. (2020b). ¿Escuchas el susurro?... tras las huellas de la Llorona blanca en *J-Okel*. En: *The Journal of Hispanicand Lusophone Whiteness Studies*, vol.1, pp. 70-83.
- Garzón Martínez, M. T. (2021) La Chava Bipolar: Ensaio genealogia da experiêcia de uma feminista branca da Abya Yala. En: *Revista De Estudos E Pesquisas Sobre As Américas*, 15 (1), pp. 211-234. Disponible en <https://doi.org/10.21057/10.21057/repamv15n1.2021.38844>.

- Garzón Martínez, M. T. (2023b). La que no sabe de amores no sabe lo que es martirio: fantasmas, representación y blanquitud en la Abya Yala. En: L. Vargas-Monroy y M. Pujal i Llombart (eds.), *Género y poder. Exploraciones situadas en el sistema colonial-moderno* (pp. 79-101). Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Garzón Martínez, M. T. (editora) (2023a). *En tiempos de pandemia. Ser, hacer, sentir feminismo*. Chiapas: Cesmeca-Unicach.
- Garzón Martínez, M.T. (2015b) En el mundo de las hackers: Discurso, literatura escrita por mujeres y los trazos de la mano zurda. En: M. Rufer y M. Peza (eds), *Estudios culturales y nación. Debates desde la poscolonialidad* (pp. 229-248). UAM, Ítaca.
- Garzón Martínez, M.T. (2018). *Hacerse pasar por la que una no es. Modernización, criminalidad y no mujeres en la Bogotá de 1920*. Chiapas: Cesmeca-Unicach.
- Persánch, J.M. (2020) (Preámbulo). De Whiteness a Blanquitud y Branquitude. En: *Journal of Hispanic and Lusophone Whiteness Studies*, vol. 1, Article 1.
- Scott J. W. (2000). Experiencia. En: *Revista La Ventana*, 13, pp. 42-73.
- Shannon, J. (1998). White Noises: On Performing White, On Writing Performance. En: *TDR/The Drama Review*, vol. 42, 1 (157), pp. 49-65. Disponible en <https://doi.org/10.1162/105420498760308670>.
- Spivak, G. Ch. (2003). ¿Puede hablar el subalterno?. En: *Revista Colombiana de Antropología*, 39, pp. 297-364.
- Vergés, Françoise (2021). *No todas las feministas son blancas*. Santander: La Vorágine.



SOBRE LAS AUTORAS



SOBRE LAS AUTORAS

Mónica R. Aguilar Mendizábal

Se inició en el campo de la antropología social al migrar a Chiapas y realizar estudios en la Universidad Autónoma de Chiapas. Es maestra en Antropología Social por el CIESAS Sureste y doctora en Ciencias Sociales, por el CIESAS Occidente. Actualmente es profesora investigadora en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, adscrita a la línea Culturas Urbanas y Alteridades y colabora en el núcleo académico de los posgrados en Estudios e Intervención Feministas. Sus áreas de especialización son las religiosidades y espiritualidades contemporáneas; los estudios sobre cultura y procesos creativos, antropología del cuerpo, género y feminismos. [Https://cesmecha.mx/maguilar](https://cesmecha.mx/maguilar). Correo electrónico: monica.aguilar@unicach.mx.

Delmy Tania Cruz Hernández

Doctora en Antropología Social por parte del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Sureste). Maestra en Ciencias en Desarrollo Rural en la

Universidad Autónoma Chapingo (UACH-sede Chiapas). Maestra en Ciencias Sociales con especialidad en Género y Desarrollo por parte de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador). [Https://cesmecha.mx/delmy-cruz](https://cesmecha.mx/delmy-cruz). Correo electrónico: delmy.cruz@unicach.mx.

Karla Lizbeth Somosa Ibarra

Doctora en Ciencias Sociales (UAM-Xochimilco). Actualmente labora como coordinadora de los posgrados en Estudios e Intervención Feministas, del CESMECA-UNICACH. Correo electrónico: karla.somosa@gmail.com.

Marcela Fernández Camacho

Marcela Fernández Camacho es doctora en Estudios e Intervención Feministas de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), maestra en Derecho Constitucional y Amparo, maestra en Derechos Humanos y profesora investigadora del Programa Investigadores e Investigadoras por México del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología CONAHCYT, comisionada a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP). Código ORCID: 0000000237744543. Correo Electrónico: marcela.fernandez@uaslp.mx. Este texto se produjo en el marco del desarrollo del proyecto titulado “Justicia Feminista: una apuesta por transformar la vida de las mujeres desde un enfoque crítico de derechos humanos” del Programa de Investigadores e Investigadoras por México del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología.

Marcia A. Pertuz

Mujer colombiana-caribeña, cocinera y geógrafa feminista. Ha desarrollado investigaciones en el campo de los estudios agrarios. Actualmente se interesa por los procesos organizativos de mujeres defensoras de la vida, tierra, agua y territorio en Brasil y Colombia. Magister en Geografía por el Programa de Desarrollo Territorial de América Latina y el Caribe por la Universidad Estadual “Júlio de Mesquita Filho” (UNESP), Campus São Paulo. Candidata a doctora en Geografía por la UNESP, Campus de Presidente Prudente. Becada por la Fundación de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (FAPESP). Correo electrónico: marcearteaga1982@gmail.com; arteaga.pertuz@unesp.br.

María de Lourdes Morales Vargas

Doctora en Estudios Regionales con especialidad en Comunicación, Cultura e Historia por la Universidad Autónoma de Chiapas. Maestra en Mercadotecnia, línea de investigación Marketing cultural, por el Instituto de Estudios Universitarios (IEU). Actualmente trabaja como profesora-investigadora del CESMECA-UNICACH. <https://cesmecca.mx/mlvargas>. Correo electrónico: maria.morales@unicach.mx.

María Teresa Garzón Martínez

Instructora de defensa personal por amor, feminista por necesidad y académica y escritora por estrategia. Fundadora del Comando Colibrí escuelas de defensa personal feminista

y coordinadora de Comando Colibrí Lacandona. Doctora en ciencias sociales, maestra en estudios culturales, maestra en estudios de género y crítica literaria, trabaja como investigadora en el Cesmeca-Unicach, donde cofundó un posgrado en estudios e intervención feminista. Autora de los libros de ensayo: *Solo las amantes serán inmortales. Ensayos y escritos en estudios culturales y feminismo* (2017); *Hacerse pasar por la que una no es. Criminalidad, modernización y no mujeres en la Bogotá de 1920* (2018) y *Blanquitud. Una lectura desde la literatura y el feminismo descolonial* (2020). También, es autora del libro de relatos cortos: *Palabras Clave* (2022). Bordadora amateur, madre de dos gatas y una perrita y esposa de un chihuahua chiapaneco. <https://cesmeca.mx/mgarzon>. Correo electrónico: maria.garzon@unicach.mx.

En este libro, hablamos de la experiencia investigativa situada, de la trayectoria académica y/o militante, de la experiencia en la docencia y en el acompañamiento de las investigaciones que conforman ahora la historia joven, pero comprometida, audaz e innovadora de los Posgrados en Estudios e Intervención Feministas, abriendo también un espacio de reflexión hacia lo que las metodologías feministas han aportado y están aportando en ese mismo Posgrado. De esta forma, deseamos sumar más hilos para el tejido de la epistemología feminista y para nuestras propias reflexiones pensando el feminismo en Chiapas junto los retos de hacer investigación corazonada y comprometida con mujeres organizadas en el sureste mexicano; los desafíos que implica actualizar los andamiajes conceptuales y de datos para el observatorio de violencia contra las mujeres en el Estado junto a las heridas que deja vivir la experiencia de construir una metodología militante feminista; y, por último, los caminos seguidos en la investigación feminista sean éstos geopolíticos, subjetivos o de método o todos al mismo tiempo.

